

38

JORDI PASCUAL MORANT

*A la Mixa, per la seva ajuda, companyia i revisió dels textos
durant el procés creatiu*

38

© Jordi Pascual Morant 2024

Texto, dibujos y música: Jordi Pascual Morant

Diseño: Jordi Pascual Morant

Edición del texto: Laura Gomara Panadero

1ª Edición.

Castelldefels 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un medio informático, ni su transmisión en cualquier forma o mediante cualquier otro medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otras) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<https://www.pascualmorant.com>

38
RELATOS,
ILUSTRACIONES
Y AUDIOS.

JORDI PASCUAL MORANT

ÍNDICE DE RELATOS

	pag.		pag.
CARLA (2007)	8	LA ÚLTIMA LLAMADA DE LA NOCHE (2017)	72
SONATA 111 (2007)	10	CUENTO DE NOCHE (2017)	76
EL PINTOR TERMINÓ SU RETRATO (2007)	12	AVARO DINERO (2009)	78
LA GRAN ESFERA (2008)	14	FRUSTRO RESENTIDO (2009)	80
LÁGRIMAS DE LLUVIA (2007)	16	FUNCIO DE LA NÓMINA (2009)	82
LA HORMIGA, LA RANA Y EL CAMALEÓN (2007)	18	ESCALÓN DE ALCOLEA (I) (2009)	84
LOS LLANOS (2007)	22	ESCALÓN DE ALCOLEA (II) (2009)	86
LOS ÁTOMOS HUMANOS (2007)	24	LOS MÓVILES DE LUIS Y ANA (2007)	90
AURORA (2007)	26	BIENVENIDO HAMBA GHALE (2009)	94
LA SOMBRA DEL PINCEL (2023)	28	EL MUNDO DEL DOCTOR ADVENTO (2009)	98
INTIMISSIMO (2007)	32	EL ASESINATO DE Mr. BLOG (2009)	103
EL ZORRO Y EL JILGUERO (2007)	36	LA ESPIRAL (2011)	108
QUINCY (2007)	38	EL MÉTODO SUICIDA (2012)	110
SILENCIO (2006)	40	ANIMALES O MASCOTAS (2010)	114
LA NAVIBLIOTECA (2007)	42	UNA VEZ FUI MILITAR (2009)	118
LA ISLA MÁGICA (2009)	46	JUICIO A UNA MAESTRA (2024)	123
EL HOTEL (2007)	52	LA CÁMARA, EL LADRÓN Y UNA CHICA (2017)	126
LA VIDA DE FRANCISCO ARÉVALO BERMEJO (2017)	62	EL 7 (2008)	130
JUAN NADIE (2017)	66	LA FOBIA DEL TENISTA (2011)	132

Estos relatos son parte de mi trayectoria artística entre los años 2006-2024.

LISTADO DE AUDIOS

- | | |
|-----------------------|--------------------------|
| 1. Tema de Hiroshi | 20. Estudi 11 |
| 2. Greu per violoncel | 21. Estudi 12 |
| 3. Harpo Voice | 22. Estudi 13 |
| 4. Percusió i veu | 23. Estudi 14 |
| 5. Sol de veus | 24. Estudi 15 |
| 6. Sprint | 25. Autògraf |
| 7. Tristesa | 26. Quiet Piano |
| 8. Variacions finals | 27. Sonatina |
| 9. Veus d'hivern | 28. Sonata d'un fragment |
| 10. Estudi 1 | 29. Blues 1 |
| 11. Estudi 2 | 30. Blues 2 |
| 12. Estudi 3 | 31. Blues 3 |
| 13. Estudi 4 | 32. Blues 4 |
| 14. Estudi 5 | 33. Improvist 1 |
| 15. Estudi 6 | 34. Improvist 2 |
| 16. Estudi 7 | 35. Improvist 3 |
| 17. Estudi 8 | 36. Improvist 4 |
| 18. Estudi 9 | 37. Llàgrimes de pluja |
| 19. Estudi 10 | 38. Cristalls |

Los audios del CD son creaciones musicales realizadas durante los años 2021 al 2023 a excepción de *Tema de Hiroshi*, *Llàgrimes de pluja* y *Cristalls* que son del año 1999.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

pag.

Carla. Dibujo digital, 2022	9
Sonata 111. Dibujo digital, 2022	11
El pintor terminó su retrato. Dibujo digital, 2022	13
La gran esfera. Dibujo digital, 2022	15
Lágrimas de lluvia. Dibujo digital, 2022	17
La hormiga, la rana y el camaleón. Dibujo digital, 2022	19
Los Llanos. Dibujo digital, 2022	23
Los átomos humanos. Nebulosa XXII, 120x100 cm. RS (Resina sintética) y luz, 2008	25
Aurora. Dibujo digital, 2009	27
La sombra del pincel. RS y mixta, 21x34x20 cm. / 90x14x23 cm. 2022	31
Intimissimo. Dibujo digital, 2023	34, 35
El zorro y el jilguero. Dibujo digital, 2023	37
Quincy. Dibujo digital, 2020	39
Silencio. Dibujo digital, 2023	40
La Navibiblioteca. Dibujo digital, 2024	43
La isla mágica. Lápiz sobre papel, 21x30 cm. 2007	47, 51
El hotel. Dibujo digital, 2023	53, 61
La vida de Francisco Arévalo Bermudez. Dibujo digital, 2023	63, 65
Juan Nadie. Dibujo digital, 2024	67, 69, 70, 71

Las ilustraciones de este libro pertenecen a diferentes épocas de mi trayectoria artística iniciada en 1972.

	pag.
La última llamada de la noche. Dibujo digital, 2024	73, 75
Cuento de noche. Dibujo digital, 2024	76, 72
Avaro Dinero. Lápiz y acuarela sobre papel, 21x29,5 cm. 1973	79
Frustrado Resentido. Lápiz sobre papel, 21x29,5 cm. 2017	81
Funcio de la Nómina. Lápiz sobre papel, 21x29,5 cm. 2017	83
Escalón de Alcolea (I). Fotografía, 2014	85
Escalón de Alcolea (II). Dibujo digital, 2024	88, 89
Los móviles de Luis y Ana. Dibujo digital, 2024	92
Bienvenido Hamba Ghale. Dibujo con lápiz de cera, 32x40 cm. 1993	97
El mundo del Doctor Advento. Dibujo digital, 2024	99
El asesinato de Mr. Blog. Dibujo digital, 2009	102
La espiral. Dibujo digital, 2009	109
El método suicida. Collage digital, 2009	112
Animales o mascotas. Lápiz sobre papel, 21x29,5 cm. 2017	117
Una vez fui militar. Collage sobre papel, 12x18 cm. 1975	119, 121
Juicio a una maestra. Dibujo digital, 2024	125
La cámara, el ladrón y una chica. Dibujo digital, 2024	127
El 7. Dibujo digital, 2024	131
La fobia del tenista. Dibujo digital, 2024	135

CARLA

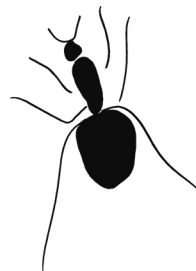
Andaba despacio, con sigilo y mucho esmero para no pisar ninguna de las hormigas que cruzaban por su camino. Se detuvo y, agudizando el oído, le pareció oír: ¡Carla, Carla! El eco se llevaba su nombre, lejos, muy lejos.

En ese espacio de tiempo, una hormiga distraída había subido por su zapato y alcanzó los calcetines, a punto de cosquillar sus piernas. Carla se agachó. Puso un dedo delante de la hormiga para alzarla más cerca de sus ojos y así poderla contemplar mejor. Pero el insecto se resistía, desvió su trayecto para evitar el dedo de Carla, que insistía en vano.

La hormiga consiguió esconderse entre las ropas de la joven, que se incorporó para levantarse la falda y localizar aquel insecto huidizo y aventurero. Del muslo pasó al entremuslo, de allí enfiló al glúteo y siguió por la aterciopelada y suave piel de su espalda.

8 | Carla abandonó su falda para desabrocharse la camisa que escondía a la intrusa, pero esta seguía subiendo por su dermis hasta alcanzar la larga cabellera. Sacudiéndola, logró por fin desprenderse de aquella atrevida hormiga. Luego se quedó inmóvil y observó la erizada sensibilidad que el paseo de aquellas insignificantes extremidades del insecto había provocado en su piel.

Sintió añoranza por la osada viajera. La buscó, pero solo vio una hilera de hormigas que dibujaba su nombre: C a r l a.



SONATA 111

Caían las notas de la partitura cada vez que el muchacho intentaba tocar la música que leía. Las recogía sobre las teclas y las volvía a colocar en el pentagrama. Luego, pasaba los dedos para asegurarse de que no sobresalían del papel y que habían quedado integradas. Sacudía las hojas para comprobar que estaban fijas.

De nuevo iniciaba la melodía. Y otra vez iban cayendo. Harto de perder el tiempo recogiendo y pegando las fusas, semifusas, negras, blancas, tresillos, redondas y corcheas, empezó a tocar desde el principio sin ellas, las recordaba, pero al llegar a los nuevos compases se repetía el desastre.

La sonata para piano número 32, opus 111, de Beethoven, contiene tal cantidad de notas que, pronto, todos aquellos símbolos musicales amontonados sobre el teclado impidieron al chico continuar pulsando las teclas. Así que, resignado, las recogió y las volvió a colocar en su lugar. Luego ingenió un sistema de visera para que al caer no cubrieran el blanco marfil y la negra caoba.

Con perseverancia, el joven reinició aquella sonata que tanto le gustaba, y otra vez caían y caían del pentagrama. El ingenio del chico evitaba que el teclado quedara cubierto por la fugitiva escritura musical, pero transcurrido un buen rato, al comienzo de aquella estrofa donde la música de Beethoven se avanza en ochenta años al Ragtime de Nueva Orleans, su peso sobre la bandeja la hizo ceder. Una montaña de signos negros se desparramó sobre el teclado.

Desesperado y al límite de su paciencia, se propuso un nuevo intento de voluntad y persistencia. Volvió a colocarlas en el pentagrama y sujetó la bandeja con unas abrazaderas al soporte de la partitura. Aquel sería su último intento.

Más inspirado y concentrado en expresar lo mejor de aquella música, inició la lectura pianística con entusiasmo. De nuevo, las notas iban cayendo sobre la bandeja, esta vez capaz de soportar todo su peso.

Amontonadas sobre el soporte, construían una pirámide que crecía hasta llegar a impedir la visibilidad de la partitura y el cambio de página. En uno de esos movimientos, el brazo del muchacho derrumbó el montículo negro que, como un *jenga*, se esparció una vez más sobre el teclado.

Para mayor desconsuelo, una ráfaga de viento entró por la ventana y se las llevó. Ahora tenía el teclado al descubierto y el resto de la partitura que aún quedaba por interpretar.

Había repetido tantas veces el inicio que ya había memorizado su música, así que empezó sin necesidad de leerla. Al llegar a las últimas páginas, las notas finales se fueron desprendiendo sobre la bandeja, pero eran tan pocas que tuvo tiempo de terminar la sonata sin más contratiempos.

La opus 111 había quedado grabada en su memoria para siempre. Aun así, cada vez que la tocaba colocaba la partitura en el atril con sus páginas en blanco, como muestra de su esfuerzo, voluntad y persistencia en conseguir aquello que más deseaba en su vida. Cualquier obstáculo que se nos presenta y nos hace caer, cuando lo superamos, su recuerdo hará sentirnos más seguros.



EL PINTOR TERMINÓ SU RETRATO

El pintor contemplaba su obra. Aquel retrato se parecía tanto a ella que creía oír su voz. Tardó mucho tiempo en realizarlo. No deseaba terminarlo para no dejar de mezclar en su paleta los colores que acariciaban el dibujo de su piel: el blanco con un pensamiento de carmín y un toque algo más generoso de siena tostada para las sombras, insinuando pliegues sinuosos aún más seductores que el resplandor de sus hombros desnudos. Y qué decir del negro intenso que usaba para los ojos despiertos, afectuosos y profundos.

Nunca posó para él, pero tanto la imaginaba al detalle que no descuidó ninguno de sus lunares, incluso aquellos que escondían sus intimidades. Famosos son los labios de «La joven de la perla», de Vermeer, pero os asombraría cuánta belleza supo expresar él en los de su amada. Desde la primera pincelada de escarlata mezclado con blanco y amarillo, el artista sintió fuertes impulsos de acercarse y besar aquellos labios. Su impaciencia fue tal que, sin esperar a que secaran los pigmentos, los besó una y otra vez con aliento de vida.

12 |

Quiso pintarla desnuda, con las manos cubriéndose los pechos y dejando asomar oscuros pezones de un rosado marrón. Cada pincelada que depositaba sobre el lienzo era una caricia al cuerpo que aparecía lentamente en la tenue luz de su estudio.

Mientras pintaba lo que serían lacios cabellos negros, su pincel, hecho de pelo de marta, se expandía milagrosamente. De su raíz crecían largos filamentos que se adherían sobre la superficie de la tela transformándose en hermosa cabellera.

En otoño, la protegió del cercano invierno colocándole en verde esmeralda un manto de terciopelo sobre los hombros, pero deseaba que llegara la primavera para pintarle con gran riqueza de color un racimo de flores sobre el pubis, que iría deshojando pétalo a pétalo, flor en flor hasta el cálido verano.

Sus amigos, con inquietante curiosidad, querían ver aquella obra maestra. Llamaron muchas veces a su puerta, pero nunca respondió; siempre concentrado en su tarea.

Pasaron los meses y, temerosos de algún infortunio, decidieron

romper la cerradura. El impacto de lo que vieron les sumió en un profundo silencio. Había restos de pintura por todas partes, incluso en el techo. Parecía que la Capilla Sixtina de la ONU, de Barceló, hubiera llegado hasta allí. Cerca del espejo que colgaba en la pared, las manchas de óleo reproducían accidentalmente todos los matices de un tapiz de Miró, mientras que en el suelo, cubierto con todos los colores que había usado para pintar el retrato de su amada, yacía el cuerpo de su amigo, desnudo e inerte.

El lienzo resplandecía como la nereida Galatea, en blanco lácteo.



LA GRAN ESFERA

Un día apareció un extraño objeto semejante a una esfera en la cima de una montaña llamada Tibidabo. De dimensiones colosales, su diámetro sobrepasaba los quinientos metros. Su aspecto era pulido y translúcido, parecido al de las medusas. No se apreciaba ninguna unión ni relieve en toda su superficie. Era invierno y la salida del sol competía en majestuosidad con ella.

Las gentes que allí vivían lo observaban desde cualquier punto de la ciudad. Muy pronto se acercaron equipos de investigación, reporteros, grupos de seguridad civil, divisiones militares y, por supuesto, miles de curiosos mantenidos a distancia por un gran número de policías.

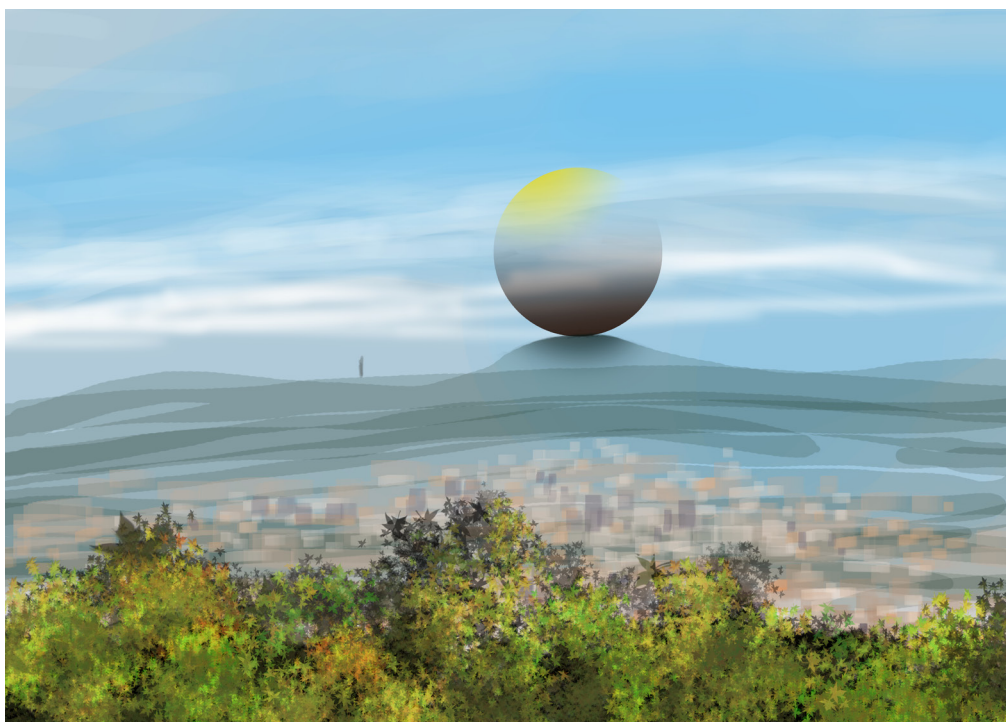
Su peso le confería una aparente estabilidad, aunque la base esférica hacía pensar que cualquier movimiento de tierra lo haría ceder ladera abajo de la montaña.

14 | Y así sucedió. Una ráfaga de viento desequilibró aquella gran esfera. Parecía que una mano invisible la empujara con fuerza y empezó a rodar aplastando todo lo que encontraba a su paso. En un segundo devastó un museo que estaba dedicado al conocimiento de las cosas por sus causas. Toda la ciencia acumulada hasta ese momento se conservaba en aquel edificio. No quedó ni rastro. La Esfera había destruido el lugar donde se hubiera podido averiguar el enigma que ocultaba su construcción.

En su camino se encontró con una iglesia de estilo modernista, muy imaginativa aunque nada funcional. También aniquiló el largo trabajo de creación de aquel monumento a la espiritualidad iniciado en 1882. La Esfera había barrido en un instante la ciencia y la religión. Ahora, su rumbo ya no obedecía a las leyes de la gravedad, su trayectoria cambió a capricho propio dirigiéndose hacia la montaña opuesta de dónde venía: Montjuïc. La fuerza giratoria la llevó directa al mayor almacén de obras de arte de la ciudad. El románico y el gótico compartían las grandes salas de exhibición con otras obras contemporáneas. Lo que el tiempo hubiera destruido en miles de años quedó aplastado en milésimas de segundo. El arte se sumó a la desaparición de sus dos compañeras: la ciencia y la religión.

Al llegar a la cima de Montjuïc la ley de la gravedad impuso su orden. Descendió de nuevo, ahora le tocaba el turno a la música. El centro musical más importante de la época construido por la burguesía local, donde se representaban los acontecimientos relacionados con el ballet y la ópera, también sucumbió. Un estruendo sería la última de las notas musicales allí oídas. Otros espacios representativos de la vida cultural y social de la ciudad se desvanecieron.

La Esfera siguió rodando hasta situarse en el centro de una gran plaza llamada Plaza de Catalunya, que ahora es conocida como Plaza del Óbito. Y allí se quedó, inmóvil hasta nuestros días. La ciudad se rehízo poco a poco, y cuando se tuvieron los medios para conocer las causas del fenómeno, se llegó a la conclusión de que el sueño compartido por toda la población en el transcurso de aquella noche había creado una nueva realidad física que apareció de la nada, fruto del deseo de renovación de una sociedad que estaba harta de proclamas religiosas, adoctrinamientos culturales, derroches económicos, guetos urbanos y obscenidades arquitectónicas. En definitiva: una población que anhelaba una verdadera ciudad.



LÁGRIMAS DE LLUVIA

Estaba de pie, con las palmas de las manos abiertas recogiendo la lluvia. Las lágrimas caían de sus ojos mezclándose con el agua. Se preguntaba por qué se encontraba otra vez solo, sin la compañía de la mujer a la que tanto amaba. Supuso que no era el hombre que ella quería para sí. Les separaba aspectos importantes: ella era mucho más joven, le gustaba ir de fiesta con sus propios amigos, sin él, que no compartía su afición a evadirse mediante las drogas.

Era evidente que la relación no tenía el equilibrio necesario para prosperar. La belleza, la simpatía y la atracción que ejercía sobre otros hombres le otorgaba la arrogancia de saberse deseada y tener el privilegio de elegir. Pero, ¿qué le hizo creer que él era el escogido? Casi nunca le mostraba su afecto y a menudo le humillaba con sus desaires.

16 | La situación de aquel hombre enamorado era de abnegación y entrega absoluta a los caprichos de ella. La peor de las estrategias para seducirla. La conocía bien: su pasado sin cariño, sus acciones huidizas, sus inseguridades, eso le hacía ser comprensivo, la quería ayudar. Al inicio de la relación él había recibido su amor, sus muestras de estímulo hacia su trabajo artístico y la admiración por sus cualidades creativas. Pero todo eso se había diluido en el escaso tiempo que llevaban juntos. Ya no recibía mensajes o llamadas de añoranza. Ella, se había retirado, su inseguridad la obligó. Se separaron.

Mientras reflexionaba, con las manos llenas de lluvia y llantos, los lanzó a la cara. Se quedó inmóvil cubriéndose el rostro. En ese momento sintió acariciar sus manos, eran otras más suaves que reconoció al instante, las de ella, que lo abrazó por detrás diciéndole: «Te quiero». Él se giró para besarla. Pero no había nadie, era una ilusión. La lluvia cedió y unos pequeños rayos de sol aparecieron entre las nubes grises que se iban dispersando.



LA HORMIGA, LA RANA Y EL CAMALEÓN

Se despertaron en una situación extraña. Los dos estaban desnudos, echados en el suelo sobre una alfombra de colores verdes y ocres, con las manos atadas a la espalda. No entendían por qué ni cómo llegaron allí. Quincy, sorprendido, miraba a Anaïs. La había conocido hacía poco y aún no habían intimado lo suficiente como para encontrarse desnudos y maniatados uno frente al otro.

De repente, Anaïs observó una pequeña hormiga negra con alas, posada sobre la uña de uno de sus pies. El himenóptero empezó a recorrer su piel. Las cosquillas eran insoportables. Aunque Anaïs movía las piernas, la hormiga seguía su camino. Se acercaba a sus muslos sin prisas, insistiendo aún más en el cosquilleo, mucho más soportable en esa zona del cuerpo.

Pero la situación cambió cuando se aproximó a las ingles y quedó enredada en su pubis negro y rizado. El insecto, en lugar de salir de allí en dirección abierta a la superficie corporal, se adentró aún más en los labios vaginales. Anaïs lanzó un lamento suave que no pasó desapercibido a Quincy. Desconcertado, la miró, recorriendo su cuerpo desnudo para detenerse en los pechos ligeramente ladeados, que se abrían generosos.

Al llegar su mirada al pequeño jardín de Anaïs bajo su ombligo, examinó todos sus detalles excepto el que más le preocupaba a ella, la hormiga indiscreta. Al fin notó que algo se movía entre los labios de la vulva. Entendió que el nerviosismo en el rostro de la chica se debía a las cosquillas obscenas que producía aquel insecto. Quincy se incorporó como pudo y acercó su rostro intentando ahuyentar a la hormiga. Con la lengua contorneaba los pliegues húmedos de Anaïs, pero la hormiga parecía jugar al gato y al ratón. Por un momento, desapareció de la vista de Quincy, que introdujo aún más su lengua en la cavidad lubricada. A Quincy, parecían agradarle todos esos jugos salidos del interior de aquella fruta.

Su pene se alzó, y en el puntal apareció una sustancia líquida blanquecina que se deslizaba por la suave curva de su glande. Quincy seguía su búsqueda zoológica con ardor, el mismo que sentía Anaïs, que llegó al clímax cuando el himenóptero y la lengua



de él se encontraron en la pequeña protuberancia en lo alto de la vagina. Anaïs se estremeció de placer. Ahogó sus gritos, mientras las convulsiones de su sexo hicieron retirar la lengua de Quincy con la hormiga adherida en sus papilas, que llegó a escupir.

Él se quedó incompleto. Envidiaba el orgasmo de aquel cuerpo desnudo y voluptuoso, lo que le impulsó a buscar a la hormiga. Al fin vio cómo se acercaba hasta sus caderas. Sin posibilidad de liberar sus manos se ladeó para ofrecer su pene, aún erecto, que la ayudara a subir. La hormiga se desplazaba entre los pliegues carnosos y rosados del prepucio de Quincy, que empezaba a mostrar inquietud. El cosquilleo se volvía difícil de soportar y mirando a Anaïs le lanzó una súplica desesperada.

Ella, aún bajo los efectos de su orgasmo, quiso mostrarse tan solidaria como lo había sido él. Se inclinó sobre el miembro relajado de Quincy abalanzándose como la lengua de un camaleón. Le pareció fácil atrapar a la hormiga a pesar de estar maniatada. Quiso entretenerse lamiendo aquel sabroso apéndice sin importarle que sus manos no pudieran participar en ello. Quincy empezó a excitarse. Ella notaba como iba desarrollando mayores proporciones, obligándola a abrir aún más la boca, que subía y bajaba rítmicamente a lo largo y ancho del pene.

Los ojos de Quincy se cerraron, los labios prietos acompañaban las muecas de su rostro. Por fin eyaculó un torrente de esperma que a medida que salía era tragado por Anaïs. Sus testículos se habían hinchado como la garganta de una rana, y la hormiga desapareció arrastrada por la riada seminal. Anaïs se acostó sobre las caderas de Quincy. Se quedó mirándolo, contemplando su expresión dulce y relajada. Luego se desplomó sobre su pecho acercando los labios para besarle.

De repente, el beso los transformó en rana y camaleón. Y así despertaron, cada uno en sus medios naturales. Ella, la rana, en el pequeño estanque del jardín, y el camaleón, que la observaba, sobre la rama de un árbol junto al estanque.

LOS LLANOS

La rana y el camaleón volvieron a soñar. Convertido en Quincy, el camaleón cabalgaba sobre la moto que conducía la rana Anaïs. Iban por una carretera conocida en el lugar por Los Llanos. Era un extenso altiplano. El horizonte, en cualquiera de sus puntos cardinales, se recortaba sobre el cielo cuya escenografía se rellenaba de nubes: rasgadas aquí, en espiral allí, estriadas más allá, escultóricas por doquier, de color Vermeer en las cercanías, Canaleto a los lados, Tiziano en el centro, Ruisdael en las lejanías.

Se dejaban llevar libres por aquel ingenio veloz que los deslizaba sobre la carretera para sentir así las caricias del viento y, muy pronto, las de Quincy a Anaïs. Desde lo alto, un pájaro los contemplaba. Quincy rodeaba con sus brazos la cintura de Anaïs.

Mientras, ella seguía sujetando las riendas del equino mecánico, dejándose llevar por la velocidad de su caballo y la excitación del semental. Notaba el exceso de volumen al final de su espalda. Las manos de Quincy subían con suavidad hacia sus senos, que llevaba ceñidos en la blusa de licra. En su inspección táctil notó los pezones erizados tras el tejido sintético. Los pellizcaba provocando los primeros efluvios vaginales de Anaïs.

Quincy dejó los pechos para entretenerse en el largo cuello de la amazona. Chupaba y mordía, mordía y chupaba. Levantó la blusa de Anaïs para que el viento acariciara su piel cálida. Dejó uno de los pechos para desabrocharse la bragueta y sacar su miembro erecto. Se masturbó como sólo él y Anaïs, sabían hacerlo; con el pulgar en el glande, y el índice, medio y anular, sobre la vena situada en el dorso del pene hinchada por la excitación. Anaïs, en un gesto de osadía y riesgo, abandonó el manillar para quitarse la blusa y esperar a sentir el caliente líquido que Quincy iba a proyectar sobre su espalda.

La mano que apretaba el pecho de Anaïs decidió abandonarlo, para deslizarse con decisión bajo la falda. Separó las bragas que cubrían el lubricado sexo, e introdujo sus dedos en movimientos circulares unas veces y laterales otras. El vehículo seguía rodando, pero desviándose del cinc de la carretera para entrar en el ocre oro del campo. Atravesaban la alfombra de hierba seca con la velocidad

con que su orgasmo se avecinaba. El clítoris de Anaïs envió las señales oportunas para provocar el éxtasis que anunciaba a los cuatro vientos el grito de su garganta. Notó, al mismo tiempo, como una caliente sensación líquida bautizaba su espalda.

La moto que los llevó al cenit del placer esquivó a un camaleón que había en medio de su camino, para zambullirse en un charco extenso y profundo que encontró en su brusco desvío. La rana, impasible sobre unas cañas, los miraba complaciente.



LOS ÁTOMOS HUMANOS

Andro IA 25 se dispuso a mirar a través del microscopio atómico. Cuando consiguió enfocar, observó el núcleo de neutrones y protones, envueltos por electrones que giraban a su alrededor. Aumentando el zum apareció una imagen que le sorprendió. Vio a un humano-mujer, que creía extinguida, sentada sobre un objeto que no reconocía, con las piernas dobladas en equilibrio y gesticulando nerviosamente. El átomo-mujer vibraba como ninguna otra partícula conocida. Andro IA 25 siguió aumentando la precisión del aparato a través del soporte informático adosado al microscopio. La imagen mejorada mostraba a otro átomo con una composición diferente, mayor número de electrones que de protones, un anión. Este átomo también aparecía en forma humana, de aspecto *punsetiano*, término que procedía de un filósofo catalán del siglo XX, por su frente despejada y sienes canosas.

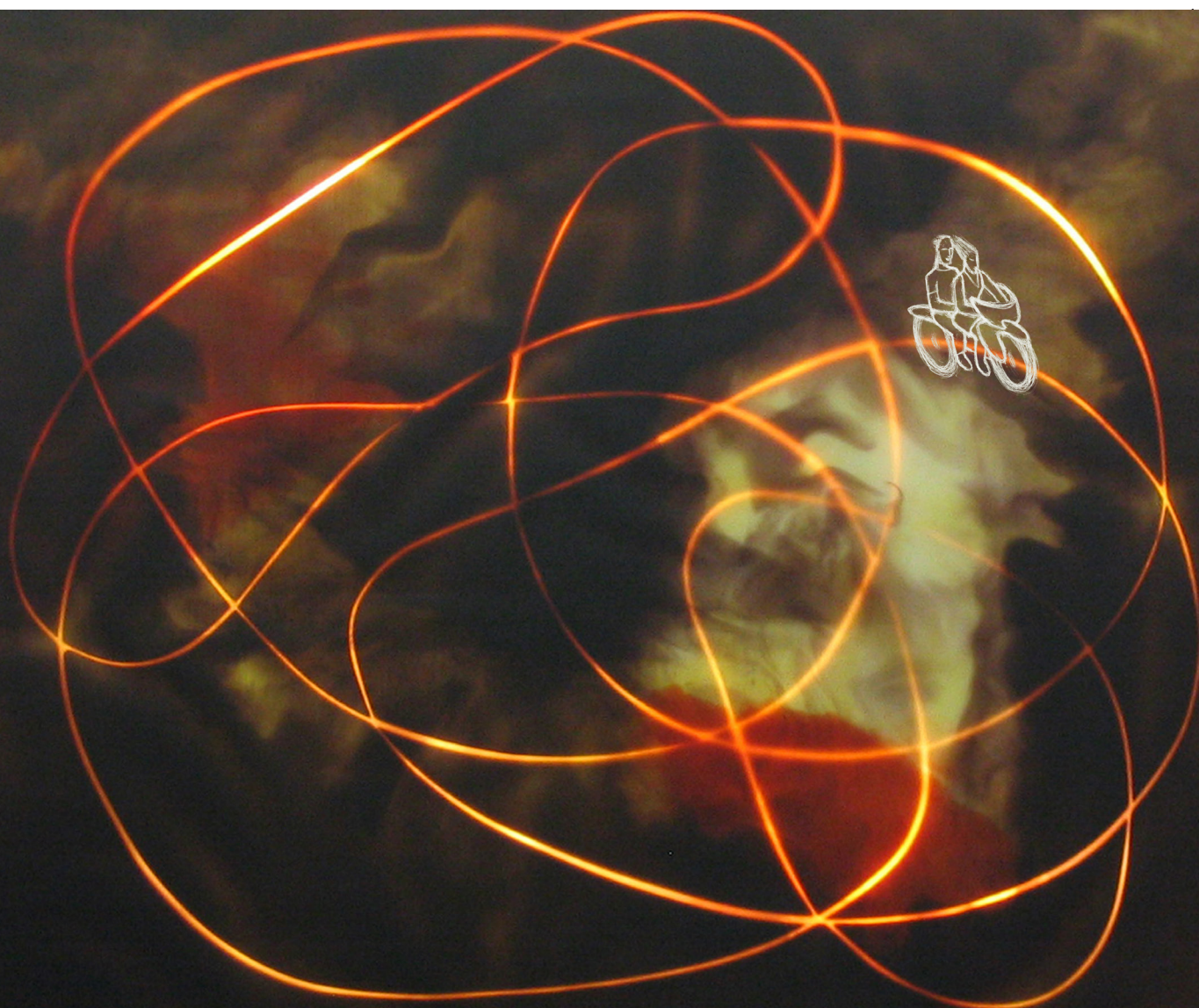
24 | En algunos momentos, el roce de aquellas dos partículas provocaba una energía desconocida y muy elevada. Las repetidas fricciones de los dos átomos generaron una nueva molécula. El análisis informático mostraba un cuerpo mecánico hoy en día desaparecido, también del siglo de nuestro filósofo catalán, la llamaban: Moto-Honda.

El androide llamó a sus compañeros de laboratorio. Observando el microscopio, pudieron ver a aquellos dos átomos-humanos montando sobre la molécula-mecánica que los proyectó a una larga distancia, viajando de un lugar a otro del espacio. Al detenerse, los átomos-humanos se separaron de la molécula-mecánica. Sus movimientos mostraban —para llamarlo en términos comprensibles— pasión. Tras mucho intercambio energético volvieron a unirse al elemento-mecánico, para reiniciar lo que parecía un vuelo nupcial. Pequeños elementos unidos al bolido serpenteaban en el zigzag de sus trayectorias.

Se repitió la fusión humana-mecánica por tercera vez. Se desplazaban y descendían de la Moto-Honda en repetidas ocasiones. Los átomos-humanos cuando se unían, con cierta impaciencia en sus movimientos, generaban una energía aún más potente. Los físicos robóticos la llamaron Ansia Mayor de Orden Radial. Sus siglas,

AMOR, expresan un deseo de proyección de la energía en todas direcciones. Tras la última fusión de las dos partículas se originó una nueva molécula. Tras una observación más precisa la describieron como humana-bebé.

La necesidad de unión de esas partículas asombró a los robots-científicos, que desconocían los motivos que las hacían unirse con tanta intensidad. Ellos, vacíos de sentimientos, reproducidos en laboratorios, asépticos en sus relaciones, solo creados para la observación de las partículas más pequeñas del universo, se contagiaron de aquellas pasiones humanas, al notar por primera vez ternura al ver aquel bebé.



AURORA

Cuando voy a la residencia para visitar a mi padre, Ovidio, que era profesor de literatura en una escuela de los años cincuenta, siempre me narra la misma anécdota. Se ríe mientras lo dice y yo me enternezco.

—¿Te he contado alguna vez la historia de Aurora, hijo?—No, papá, cuéntame.

—Aurora era la niña más admirada de sus compañeras de colegio. Siempre sonreía. Tenía ojos grandes, como queriendo observarlo todo en este mundo y una pequeña nariz, para acercarse a las esencias de la vida. Sus discretas orejas querían oír nada más que lo necesario. A las más entristecidas las animaba, advertía a las que actuaban inconscientes y a las que creía capacitadas les exigía un esfuerzo por superarse. Era agradecida con sus compañeras cuando la ayudaban y ella les correspondía cuando era necesario. Pero lo que más apreciaban sus amigas era su capacidad para imitar la voz de los profesores y maestras de la escuela. ¡Era tan divertida!, a su alrededor las niñas se retorcían en el suelo por las carcajadas.

»Un día la sorprendí imitándome en el patio, a la hora del descanso. Ya conoces mi sentido del humor, así que me reí ante la sorpresa de todas las niñas que sostuvieron sus carcajadas por unos instantes, presas del pánico. Aurora enrojeció, pero enseguida comprendió que mi actitud era una muestra de complicidad a su inocente travesura. Viendo sus cualidades para la imitación le propuse gastarle una broma a Milagros, la maestra de religión. Aurora aceptó la idea.

»Al día siguiente, durante el descanso de mis compañeros, me dirigí a Milagros y le dije que había experimentado cómo me apareció Dios para dotarme de la capacidad para desdoblarme en un espíritu flotante. Ella se rio con desprecio. De repente, escuchó mi voz en la sala contigua. Sorprendida, corrió para abrir la puerta pero no vio a nadie.

»Volvió a la habitación donde me encontraba y, de nuevo, escuchó mi voz en la otra sala. Era Aurora que me imitaba, escondida detrás de unos abrigos que colgaban de unas perchas en la pared. Milagros se arrodilló ante mí y se disculpó por reírse de mi divino don. La ayudé

a levantarse cariñosamente, diciéndole que la fuerza imaginativa de la literatura había vencido la frágil superstición de la religión.

—Qué pillos erais en aquellas épocas, papá, hoy Milagros te hubiera denunciado —le digo y sonrío.

—Hijo, tengo que dormir, mañana empezamos el curso en la escuela y tengo muchas ganas de volver a ver a mis alumnos. Descansa tú también, no hagas esperar a mamá.

Cuando cierra los ojos le beso en la frente y le dejo la cartera de sus libros a la vista para cuando despierte.



LA SOMBRA DEL PINCEL

La luz le despertó. Se incorporó sobre una extensa superficie blanca y plana. Al iniciar el andar, un trazo negro se proyectaba tras él. Giró sobre sí mismo, pero el trazo giraba con él. Era su sombra con una forma que desconocía. Así que viendo que no se desprendía de ella, siguió su camino dispuesto a conocer el inmenso plano blanco en el que se encontraba.

Al rato, vislumbró unas siluetas reconocibles, eran figuras parecidas a él: un pincel hecho de madera y pelo de cerda. Todos ellos con su sombra personal que proyectaba números y signos. Con esos gráficos: el más y el menos, el por, la división, una raíz cuadrada, paréntesis y otros más, aprendían a medir las cosas. A él su sombra le parecía un cuatro, pero una brocha corpulenta y altiva como una raíz cuadrada le dijo que su cuatro estaba al revés y no servía para sus cálculos. Decepcionado, siguió su camino, alejándose de aquel grupo de calculadores, orgullosos de sus resultados matemáticos.

28 |

Al cabo de un tiempo la luz empezó a disminuir y su sombra también. Se hizo oscuridad absoluta y durmió. Volvió a despertar con la aparición de la luz que todo lo ilumina. Se incorporó y empezó a andar. Pero esta vez el trazo negro que se formaba tras él mostraba una sombra distinta a la del día anterior. Sorprendido, emprendió una nueva aventura en busca de su significado.

A lo lejos, vio un grupo de pinceles que venían veloces hacia él, al tiempo que aparecían unas manchas de salpicaduras negras en el suelo caídas del cielo. Todos querían refugiarse en su sombra, mientras seguían cayendo proyectiles de manchas tras ellos.

Al preguntarles qué sucedía, le contaron que les estaban atacando y su sombra, la de él, era un castillo y eso les daba mayor protección. Se sintió aliviado, pues esta vez no lo rechazaron por no ser útil, así que permaneció con ellos hasta que dejaron de caer salpicaduras explosivas.

La luz menguó, y también su sombra-castillo, que desapareció al llegar la noche. Qué extraño lugar en el que despertaba y dormía cada día : un plano infinito dominado por el horizonte en todos

sus costados. El blanco de la superficie mudaba según la luz solar y su vacío desaparecía con la inesperada presencia de otros como él.

A la mañana siguiente, contemplando ese monótono escenario blanquecino, reflexionaba en qué dirección debía seguir. De repente, se dio cuenta de que no había mirado con qué nueva sombra le había vestido el Sol ese día. Se giró y le desconcertó la forma que vio proyectada tras de sí. No llegaba a entenderla, así que comenzó a andar hacia una respuesta.

No tardó en ver un pincel, como él, que se le acercaba. Su paso era decidido, y seguro de la dirección en la que iba. Era esbelto, con lo cual su sombra alargada era muy evidente. La sombra finalizaba en forma de flecha, parecida a la de él, solo que la suya formaba un ángulo de 45 grados. Eso le extrañó. Después de saludarle le preguntó por el significado de su flecha.

—Verás —le contestó el otro—, indica la dirección que debo tomar. Me da seguridad, impide que pueda equivocarme. En cambio, tu deberías cambiar de dirección, no es una línea recta, como la mía, el ángulo que forma tu flecha te está advirtiendo de ello.

La respuesta lo convenció y, tras agradecer la aclaración, dio un cuarto de vuelta y cambió de dirección. Pero al poco rato se encontró con una brocha, también de sombra recta, indicando un único camino. Esta le aconsejó que hiciera caso de la sombra que le indicaba un cambio de dirección. El pincel se giró, y modificó la orientación que había tomado hacía pocos instantes.

La situación se repitió en diversas ocasiones. Otras brochas en el camino le insinuaron que no hacía caso de su sombra, así que una y otra vez el pincel rectificaba su camino. Se repitió la misma escena todo el día. Solo la puesta de sol le salvó de trastornarlo. Exhausto, no tardó en adormecerse.

Al despertar, reflexionaba buscando un sentido a ese escenario confuso que le acompañaba a diario, dejando rastros de sombras pinceladas que variaban en cada jornada de su viaje personal.

Así que decidió madrugar mucho antes de la aurora matinal, para comprobar cómo aparecía y crecía su *alter ego*, la sombra compañera. La luz solar se mostraba tímidamente, mientras él observaba sus pies, o mejor dicho el final de sus fibras. Al cabo de unos minutos empezó a ver cómo aparecía una nueva figura. Crecía una sombra a lo ancho de sus cerdas. No era muy larga, simple, sin cambios de dirección, en diagonal.

Se sintió realizado, esta vez fue testigo de un nacimiento, del parto de una sombra, incluso pensó en ponerle un nombre. La llamaría “Tilde”, como abreviatura de Matilde. La creyó su hija.

La experiencia de los días anteriores le tranquilizaba, sabía que al reanudar el viaje conocería más respuestas. Emprendió un nuevo viaje.

30 | Tardó poco en encontrar otros seres como él, pero con sombras diferentes a la suya. Se acercó a uno cuya sombra tenía forma circular y le preguntó qué significaba.

—Soy la “O”, —le dijo— y tú eres un acento, necesitas encontrar tu vocal. Hay muchas como yo, pero no todas necesitamos de ti. Yo puedo acompañar a otras vocales y consonantes y así formamos palabras. Nos sirve para comunicarnos.

Se llenó de satisfacción: se sentía necesario. Salió veloz en busca de su vocal. Había muchas en su trayecto. Le observaban, algunas con mayor interés que otras, así que no dudó en acercarse a la que le pareció que le daba más confianza.

Era una “e”. Su cuerpo, también de madera como él, tenía un contorno discreto, sin exceso de curva o longitud. Unos pelos lacios y suaves, seguramente de marta. Expresaba toda ella profundidad, por eso la “e” se forma de trazo elíptico.

Se entendieron al instante. El acento encajaba perfectamente con aquella “e”. Pasaron las horas y la felicidad de ambos era máxima. Conversaron, se abrazaron, eran una única sombra: la “è”. Solo había una amenaza a tanta dicha: el paso del tiempo, el ocaso del día, la presencia de la oscuridad.

Llegó lo inevitable y aquella unidad se desvaneció. Ya no eran la “è”, sólo unos seres distintos que debían separarse para refugiarse en la noche y esperar un nuevo amanecer.

Al despertar, le extrañó que aún no hubiera aparecido la aurora de cada día. Todo estaba oscuro. Pero había una diferencia substancial, no se encontraba incorporado sobre su habitual superficie plana. Se sentía flotando en un entorno líquido en el que se desplazaba sin encontrar límite alguno. Era un océano negro en el que naufragaba.

Alguien había enroscado el tapón del gigantesco tintero en el que se encontraba y del que salían sus sombras.



INTIMISSIMO

Joan llega tarde. Mireia está sentada ante la barra del bar, tomando un vodka. Sabe que es la bebida preferida de Joan que se lo toma como una invitación para ir al grano y le dice.

—Me gustaría enseñarte mi colchón de látex, a cambio de ver tus pechos de silicona.

Mireia, después de la sorpresa inicial, le reconoce y le ofrece una amplia sonrisa satisfecha por su invitación. Está contenta de su última operación. Desea tanto enseñar sus nuevos pechos. Considera absurdo habérselos operado -ella diría esculpido- y no mostrárselos.

—Nunca he visto un colchón de látex —le dice.

—Lo que te ofrezco ahora es que lo pruebes —responde Joan.

Mireia, aprovechando el último verbo de la frase, le dice «pruébalos» bajando orgullosa la mirada sobre sus pechos.

32 | Ahora Joan no se precipita, quiere ser cariñoso. No quiere condicionar la opinión de Mireia sobre su colchón de látex por una actitud impaciente. Así que decide ir despacio. Le quita la cinta que lleva en el cabello para ir descendiendo hacia los tirantes del sujetador. El vaso de vodka moja la cinta que ha caído dentro de él. Es lo mismo que siente Mireia bajo sus bragas, pero sabe que hasta que no estén sobre el colchón de látex, Joan no abrirá las ventanas que esconden sus pechos.

Ella lo coge de las manos y se lo lleva fuera del local. En la calle, mientras corren, Joan pisa las chanclas de Mireia que se pierden sobre el asfalto, como en el cuento de Cenicienta.

Bajan las escaleras del metro y saltan por encima de las canceladoras de billetes. Al llegar al andén, Joan toma la iniciativa colocando las manos en la cintura de Mireia y, de un fuerte tirón, le quita la falda que cae al suelo. Es de una tela muy suave, roja, un fuerte contraste con el gris de las baldosas. Joan se inclina. Su cara se detiene ante unos encajes de seda negra. Contempla con satisfacción la marca comercial que tiene ante sus ojos.

—¡Son Intimissimo! —exclama.

Cuando las puertas del vagón se abren, Mireia hace entrar a Joan, todavía absorto en la etiqueta. Al ver que están solos, ahora es él quien facilitará a Mireia un nuevo descubrimiento. Se baja los pantalones y le enseña que también sus *slips* son Intimissimo.

Mireia olvida por unos instantes sus pechos. Cree haber encontrado a su hombre, su príncipe, un príncipe con *slips* Intimissimo, su tienda preferida. Son demasiadas afinidades para ser real.

Se abrazan y le pide que la pellizque, aunque despierte de este sueño tan maravilloso. El pellizco es doloroso, pero le confirma que sigue ante él. Con la euforia del momento Mireia le quita los *slips* que tira al aire. Son como un pájaro amarillo, el color de la línea 4, de Trinitat Vella a Pep Ventura. El vuelo acaba sobre un africano, lo revela el fardo que lleva. Amarillo y negro, otro contraste.

Se vuelven a abrazar. Los *siliconados* pechos de Mireia empujan a Joan hacia la puerta del vagón. Cuando esta se abre, caen sobre el andén. Joan se da cuenta de dos cosas: una, que es su estación, La Pau, ya están más cerca del colchón; la otra, que sus genitales están sobre el suelo sucio del andén. Se levanta inquieto, se limpia nervioso. Mireia le hace lo mismo con más suavidad. Pero la presencia de un vigilante de seguridad los obliga a una rápida huida.

Cuando llegan a casa, Joan recuerda que las llaves del piso están en el pantalón que ya no lleva. El pene de Joan es el reflejo de su ánimo.

El portal, por suerte, está abierto y podrán pasar la noche juntos en el rellano.

Joan se descalza. Deja las zapatillas apoyadas en la puerta, a modo de cartel de aviso: “No molestar”.

Mireia mantendrá ocultos sus pechos. Le dice que «un trato es un trato». Joan, resignado sobre las duras baldosas del rellano, se queda pensando en su colchón de látex.





EL ZORRO Y EL JILGUERO

Había un árbol que destacaba por el fruto que ofrecía. Los jilgueros, a los que les encantaba comerlo, se apresuraban a picotearlo cuando brotaba en verano. Al terminar de saciarse cantaban bellas melodías. Un zorro que los observaba creyó que aquel fruto les daba el don del canto, así que intentó probarlo. Trató de alcanzarlo dando saltos, pero sus esfuerzos fueron vanos. Luego probó a subir por el tronco, mas el árbol era muy alto y no conseguía llegar.

Pero el zorro era muy astuto. Había observado que otros árboles dejaban caer sus frutos al cabo de unos días. Esperó pacientemente. Por fin cayó el primero. Se acercó y lo husmeó por precaución. No le gustó su apariencia, estaba tan maduro que al caer se había deshecho en su propio jugo. Así que siguió pensando cómo podría alcanzar los más relucientes, que todavía colgaban de las ramas.

36 | Estaba absorto, pensando inmóvil bajo una intensa lluvia cuando, de repente, un relámpago cayó sobre un árbol cercano y lo hizo caer sobre el de los frutos cantarines. El árbol herido por el relámpago ofreció al zorro una pasarela hacia el ansiado manjar. Cuando llegó a él volvió a olerlo con cautela y, encontrándolo seguro, empezó a morderlo, saboreando su pulpa con satisfacción.

Esperó unos instantes para ver si notaba algún efecto que estimulara su voz y produjera bellos sonidos. Al rato, al ver que no salía espontáneamente, hizo un intento de cantar. Fue patético, los jilgueros que había por allí se marcharon asustados de tan horrible aullido. El zorro siguió comiendo un fruto tras otro hasta saciarse. El empacho fue tal, que solo sus tripas producían sonidos, pero de dolor. Juró no comer nunca más de aquel fruto cantarín.

Se alejó del lugar para descansar, retorcido del malestar. Medio dormido, oyó cantar a un pajarito. Abrió los ojos y vio, sobre una roca aislada de todo árbol frutal, a un jilguero risueño entusiasmado con sus propios cantos.

El zorro, al ver sólo piedras, le preguntó si había cerca un árbol de frutos cantarines. El jilguero le respondió que hacía mucho que no comía aquel fruto porque no era de su agrado. El zorro, sorprendido,

le preguntó de dónde sacaba entonces su canto. El jilguero se rio diciéndole:

—¿Crees que la naturaleza nos da las virtudes fuera de nuestro ser? ¿Que cualquiera que tome algo de otro, conseguirá lo que hay en su interior?

El zorro se marchó cabizbajo y empequeñecido. De nada le sirvió que la naturaleza le hubiera dotado de paciencia, inteligencia y astucia.



QUINCY

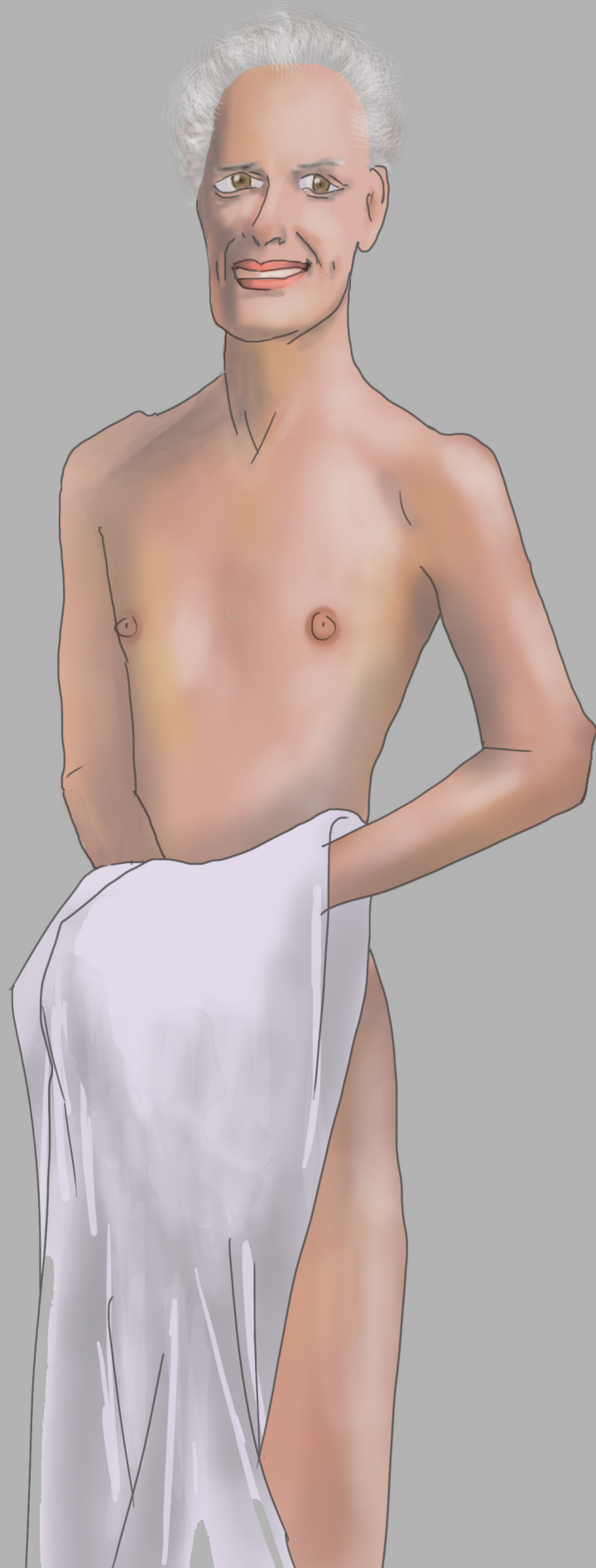
Quincy observa el camaleón en el vierteaguas de la ventana, mientras espera una llamada entre las sábanas revueltas de su cama. Acaba de leer el último sueño de Ágata.

A ella le gustan las piedras singulares, tanto que al nacer deseó tener nombre de una de ellas, la más preciosa. Su deseo fue tal que sus padres decidieron ponerle, sin saber de los poderes mentales de su hija, el nombre que ella quería. Entre muchos de sus poderes está el de convertir en realidad sus sueños. Quincy lo sabe. Por eso se inquieta, está impaciente por entrar en ese cuadrilátero de pasión que ha leído. De usar los guantes hasta que se fundan en su piel, ser golpeado por sus senos, mordido su sexo, sabiendo que sus labios vaginales le envolverán la herida.

Mientras piensa en todo ello, observa que no todos los pliegues de la sábana tienen los mismos relieves ondulados. Bajo el plisado sobresale su excitación. Su mano recorre el cuerpo cubierto aún por las sábanas, buscando el punto culminante donde se concentra toda su sangre convertida en deseo.

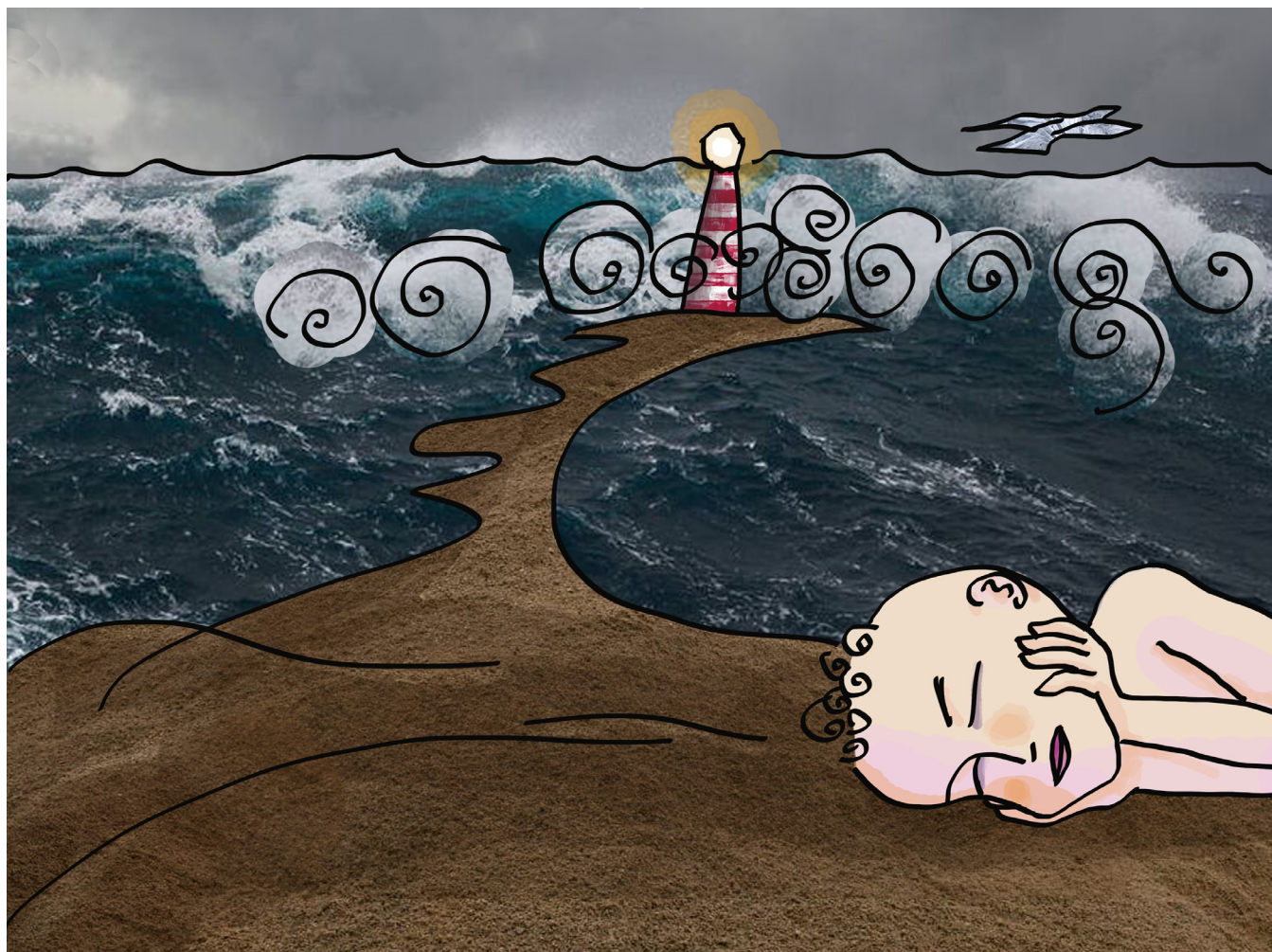
Enfundado su miembro en el tejido sedoso de la tela, siente la presión de su propia mano. En la otra aprieta el móvil deseando que Ágata se decida a llamarle. Sus movimientos rítmicos poco a poco se vuelven ansiosos. Aunque quiere prolongar esos instantes de placer, la imagen que recuerda de los ojos de Ágata, sus labios, su escote, le impiden lo inevitable. Su sudor corporal se ha mezclado con el sudor seminal que aparece alrededor de sus genitales. El móvil siente reducir su estrangulamiento. Sus manos dejan en libertad a su rehén.

Ya en el baño, mientras la espuma del jabón se mezcla y disuelve el esperma que llega hasta su ombligo, y el camaleón ha desaparecido, medita... ¿Seré rehén de los sueños de Ágata?



SILENCIO

Silencio, silencio, silencio. No despertéis a los niños, dejadles dormir, que sigan soñando, que sigan imaginando. Fijaros en aquel de pelo rizado, canoso de tanto soñar, delgado, para ocupar solo el espacio necesario. Ved sus sueños. Su mente frotada como lámpara de Aladino imagina a una doncella de ojos negros, no muy alta, también para ocupar solo el espacio necesario. Dice que la ama, aun cuando la ve volar alejándose de su mirada. Silencio, silencio, silencio. ¿No oís sus gritos ahogados de amor? Sueña de noche, en la oscuridad, para ver resplandecer a su amada doncella a la luz de la luna. No os acerquéis a sus oídos, os puede tentar la sinrazón de despertarlo de su engaño. No desdibujéis sus ojos alegres tras los párpados que los protegen. Duerme en su locura. Estira los brazos hacia el infinito. Tan cerca cree ver a su amada que no hay faro salvador que lo alerte de su inminente encuentro con las rocas. Qué más da, si tan solo es un sueño al que ve volar como una gaviota sobre desafiantes olas en el mar de sus deseos. Aunque crea haber acariciado un día su espalda y notarla caliente como entre las plumas blancas de un cisne, no le digáis la verdad. Silencio, silencio, silencio, que puede despertar.



LA NAVIBLIOTECA

Me levanté de la cama decidido a hacer uso de mis poderes sobrenaturales. Después de un buen desayuno capaz de alimentarme para una jornada intensa, bajé las escaleras de casa para subir otras más elevadas, las de la pasión y la fantasía.

Ya en la calle vi cómo se acercaba mi andar reflejado en el cristal del edificio al que me dirigía: la biblioteca. Entré sin que el detector hiciera ninguna señal –aún no han inventado ninguno que alerte de los secuestradores. Y es que eso iba a hacer yo ese día, apropiarme del edificio y secuestrar a la bibliotecaria: una chica de ojos rasgados y melena azabache, con abalorios de artista en las manos y el cuello que adornaban su escote en uve. Vestía como si un excedente de tela cayera en su pecho, creando pliegues de sensualidad.

La vi como siempre, ofreciéndome su generosa sonrisa de bienvenida tras el mostrador. Mi timidez me impidió decir unas palabras más extensas que un simple «Hola, Anaïs» y me dirigí, huyendo de la incomodidad del momento, hacia las escaleras que daban acceso a la sala de los libros mágicos.

Una vez en el tercer piso, bajo un entramado de vigas de madera parecidas a la quilla de un barco –premonitoria construcción–, me dirigí a la estantería de los libros de navegación. Mi instinto supo encontrar el que buscaba: *Construya su barco con la imaginación*. Lo cogí y me senté en uno de los sillones rojos de la gran sala, acompañado por los ronquidos de un jubilado y una chica que pronto se levantó, molesta por la sonoridad vecinal. Empecé a concentrarme en todas las imágenes que el libro me ofrecía: cuadernas, baos, puntales, rodas, codastes y truncaniles, principales piezas para la construcción del esqueleto de un barco. Convertido en médium, iba trasladando cada elemento a la fachada de la biblioteca y a su interior. El cemento se travestía en horizontales tablas de madera; la verticalidad de las paredes, en curvas adaptadas al deslizamiento entre las olas marinas; las cristaleras en ventanas de ojo de buey.

Todo mudaba con gran rapidez. El hombre de los ronquidos se transformó en motor auxiliar. Los monitores de los ordenadores en sonar, radar, y GPS de alta tecnología. La ropa de los que



corrían, asustados de tan extraordinaria metamorfosis, se descosía separándose de sus cuerpos para elevarse hacia el exterior, confeccionando enormes velas que esperaban el viento inaugural que impulsara a la navibiblioteca.

Las estanterías se transformaron en mamparos estancos, conservando algunos de los libros que necesitaría. Cerré el libro mágico que se había convertido en mi cuaderno de bitácora. El siguiente que busqué fue *Ciclones y oleajes imaginados*. Al abrirlo noté de inmediato la brisa del Mediterráneo. Me concentré profundamente en los dibujos que contenía: grandes oleajes que cubrían ciudades costeras, vientos capaces de impulsar mi navibiblioteca a grandes distancias. Veía cómo mi propia ciudad se escondía bajo las inmensas olas que, al llegar a popa, lanzaban el ingenio y sus velas hinchadas por encima de los enormes edificios que lo circundaban.

En todo momento, la magistral transformación había sido una barrera inexpugnable para los que, desorientados sin entender lo que ocurría, querían salir. Les calmé diciéndoles que les llevaría a los lugares que su imaginación deseara. Se mantuvieron unidos esperando que los bibliotecarios –paralizados–, les indicaran qué hacer. Terminada mi obra fui a buscar a quien había sido estímulo de tanto derroche de creación. Anaïs estaba asustada, por primera vez su sonrisa había desaparecido. La cogí por el brazo y la llevé al puente de mando. Le expliqué cómo y por qué había ocurrido todo, mi intención de llevarla a otros mundos, los que ella quisiera convertir en realidad, impresos en los libros de viajes que ella misma había catalogado. Se sintió desconcertada, me miró tristemente y se confesó.

—¿Recuerdas el día que me preguntaste si tenía pareja y te dije que no? Te mentí. Estoy casada. Tenemos dos hijos, a uno de ellos lo adoptamos hace poco. Nos queremos mucho los cuatro y quiero volver con ellos. Sabes que soy muy bromista y me gustó la idea de confundirte. Quería saber cual sería tu reacción, pero no imaginé que harías una cosa así. Lo siento, debes perdonarme. Deseo tanto volver con ellos.

Me desmoroné ante su tristeza, mucho más que por su engaño. Le dije que solo quería volver a ver su sonrisa y comprendí que la única

manera de conseguirlo sería devolviéndola a su mundo. A nuestro alrededor todos nos miraban con inquietud.

Ahora me hacía falta un libro para poder usar mi poderosa imaginación y transformar el navío de nuevo en biblioteca.

De pronto vi que lo único que no se había transformado del conjunto de materiales, cemento y cristales, era la chimenea de la antigua fábrica de ladrillos anexa a la biblioteca. Permanecía junto al navío.

Me concentré pensando cómo rectificar aquella aventura pasional, de qué manera devolver a la normalidad a los secuestrados y, ante todo, recuperar la bella sonrisa de mi amada.

Me quedé absorto fijando la mirada en la verticalidad de la chimenea, supremo mástil de mi navibiblioteca. Súbitamente, sin necesidad de ninguna referencia bibliográfica, mi mente elaboró una pócima intelectual que resolvió el problema: introduciéndose en el interior de la chimenea todos podrían volver a su propio mundo. Cual túnel del tiempo, entrarían en el agujero negro de hollín y, a través de su oscuridad, volverían a la claridad de los silenciosos espacios de la biblioteca. Anaïs siguió mis consejos y fue quien acompañó a los asustados rehenes hacia la chimenea. Uno a uno subieron al puntal del mástil ayudados por el pescante y se introdujeron por el oscuro hueco. Ella fue la última en marcharse. Me agradeció mi actitud con un beso y sonrió feliz.

Ya solo, sentado a proa, me di cuenta de que mi viaje había sido un naufragio. Mi ilusión, mi pasión, mi entusiasmo, se hundieron en el mar de los deseos que había creado. La sonrisa de Anaïs desapareció junto al mástil-chimenea. La nave, sin recursos de navegación, se fue a la deriva. En ese momento, empecé a escribir en mi cuaderno de bitácora aquella locura de imaginación vivida.

LA ISLA MÁGICA

Anaïs solía ir a la playa después del trabajo con su inseparable compañera de viaje, una Scoopy gris plata que recorría trayectos con suavidad y elegancia. Una vez allí permanecía horas en la arena soñando con enamorarse.

Un día se quedó dormida en la toalla. Al despertar, se sorprendió con un libro en las manos. Lo abrió con curiosidad. Era un relato corto, así que no tardó mucho en leerlo. Le encantó. Por unos instantes se creyó una heroína de carne y hueso recién nacida del cuento mágico que había aparecido misteriosamente. La lectura la había emocionado tanto que deseó ser la bibliotecaria del relato, conocer al apasionado pirata que quiso raptarla para transformar su biblioteca en un navío de ilusiones. Así que abrió el libro por la última página y, cerrando los ojos, entró en aquel mundo imaginario para rehacer la historia de amor interrumpida.

La Naviblioteca navegaba con su patrón sentado a proa, que escribía en el cuaderno de bitácora. El mar bailaba al ritmo acompasado que silbaba el viento. Mientras, nuestra heroína soñaba en la playa con su pirata. De repente, en sus manos, el libro empezó a moverse con intensidad. Una espiral se formó en el aire y un remolino de viento hizo que se elevara de la playa. La proyectó lejos, muy lejos, hasta que sobrevoló la Naviblioteca. Atemorizada, soltó el libro que fue a parar sobre el pirata. Este se giró para levantar su mirada y ver cómo caía Anaïs, a la que sujetó de la mano con rapidez en una reñida lucha entre el viento y el pirata. El navegante logró atraer hacia sí a la mujer que creía haber perdido para siempre. Se miraron y estrecharon sus cuerpos en un abrazo.

De repente, sintieron un fuerte golpe en la quilla del barco, que se alzó sobre el mar elevándose a gran altura. Sin comprender qué ocurría, se asomaron a babor para observar cuál era el misterio. Su sorpresa fue mayúscula. Un animal marino de cuello largo y grandes aletas sostenía el navío sobre su cabeza mientras se deslizaba entre las aguas. El anfibio tenía una gran habilidad para moverse sobre las olas que ponían en peligro el viaje de los amantes. Confiaron en su destreza para alejarlos del temporal. Los llevó a lejanas aguas más tranquilas y amaró el navío cerca de un nuevo continente.



Agradecidos, alzaron sus brazos para despedir a su amigo que se alejaba mar adentro.

Decidieron explorar aquella tierra desconocida, así que anclaron el barco, soltaron un bote y remararon hasta la costa. Se quedaron un buen rato en la playa, observando el horizonte y charlando animadamente. Se contaron sus vidas, alegres y tristes como la mayoría de las vidas, solo que las suyas se habían unido para ser únicas.

Pasado un buen rato, el hambre empezó a estirar de los faldones del estómago, como un bebé impaciente, así que buscaron algo de comer. Por doquier había árboles frutales, verduras, frutos secos y naturalmente, un mar lleno de peces. Tuvieron que aprender el oficio de pescar. Crearon un recurso que consistía en percutir sobre troncos de árboles huecos y soplar en las cañas que nacían cerca de la costa como si fueran los tubos de un órgano. La música que surgía de los instrumentos improvisados hacía asomar a grandes cantidades de peces sobre la superficie del mar, atraídos por la sonoridad. Algunos, llevados por su curiosidad más temeraria, se acercaban tanto a la arena que quedaban anclados en ella. Poco a poco dejaban de respirar y así se convertían en el menú más selecto de nuestros Robinsones enamorados.

Al llegar la noche aparecían escenarios celestes totalmente nuevos para ellos. Puntos de luz lejanos se mostraban ante sus ojos. Las estrellas, aunque inalcanzables, se acercaban a sus corazones. En el transcurso de varios días descubrieron lugares bellísimos, sublimes, como un volcán en erupción que parecía expresar los sentimientos que ambos sentían.

Un día, vieron aparecer infinidad de pájaros que salían de la Navibiblioteca. Tomaron el bote y al acercarse se dieron cuenta de que en realidad eran libros abiertos que aleteaban sus hojas como plumas llenas de letras. Cubrían todo el cielo. Tal cantidad había, que parecían nubes negras, presagio de una gran tormenta. De repente, las letras empezaron a desprenderse de sus páginas y a caer con tal fuerza que tuvieron que volver a la orilla para refugiarse. Se adentraron en la selva bajo una lluvia torrencial que produjo el crecimiento repentino de la vegetación. Esta crecía a cada paso que daban. La red de plantas

parecía querer atraparlos. Se esforzaron por salir de la flora, cada vez más extensa. Llegó un momento en que ya no veían la luz del sol, todo era oscuridad. No podían salir.

Las lluvias hicieron crecer los ríos de las montañas. Se llenaron los valles de lagos que iban cubriendo la creciente vegetación que había atrapado a los viajeros. En pocos minutos el agua les llegó a la cintura. Empezaron a flotar y poco a poco alcanzaron la parte más alta de la espesura. El sol los saludaba. Creían poder salvarse nadando en el mar que lo cubría todo.

Llegaron a unas rocas desde las cuales, con cierta dificultad, consiguieron trepar hasta una altura más segura. No sabían a qué distancia podían estar de la Navibiblioteca, que era su única tabla de salvación. Por fin la divisaron. Pero cuál fue su sorpresa cuando de pronto, vieron aparecer a un grupo de indígenas que se acercaba. Desconocían sus intenciones, así que se escondieron. El grupo pasó de largo sin descubrir su presencia. Entraron de nuevo en el bosque. Al salir vieron una extensa humareda y a continuación, una estruendosa explosión. El volcán que habían visto días antes ahora lanzaba su ira a través de grandes ríos de lava. Llegaron a una pequeña bahía donde se encontraba su bote, por fin podrían acceder al navío. Se subieron y empezaron a remar.

Una vez en la navibiblioteca no quisieron dejar a aquellos hombres y mujeres a merced del fuego que salía del interior de la tierra. Buscaron entre sus libros mágicos uno que les mostrara la manera de hacer crecer el mástil lo suficiente como para poder inclinarlo hasta alcanzar la orilla, a modo de pasarela, de forma que todos los indígenas pudieran subir al barco. Lo consiguieron. Los nativos vieron, sorprendidos, el mágico suceso. Anaïs y su pirata les indicaban con señas que subieran. Parecían hormigas en hilera caminando por el mástil. Mientras iban llegando se mostraban agradecidos, inclinándose ofrecían sus abalorios que tan ricamente decoraban sus vestimentas. El jefe de la tribu se acercó y, haciendo la misma reverencia de gratitud, les entregó su corona de plumas que le distinguía como rey.

Sus miembros más cultos, con conocimientos transmitidos de

generación en generación, les anunciaron un acontecimiento para ese mismo día, el veintisiete de agosto según nuestro calendario solar. La luna tendría a su lado un astro de su mismo tamaño que sería visible al caer la noche. Con rapidez, el pirata buscó en los libros de efemérides las longitudes y latitudes de los planetas para esa fecha. Y efectivamente, la posición de Marte y la Luna provocaría un efecto visual de acercamiento entre ambos, aumentando el tamaño del planeta rojo. Sorprendidos por los conocimientos de aquella tribu, se sentaron a su lado para saber más de su historia y ascendencia. Pasaron horas escuchando a los sabios, mientras el resto cantaba y bailaba en honor al acontecimiento que se avecinaba.

A la hora indicada, el mar permaneció en una quietud extraña. El silencio era total. En el cielo oscuro, solo la Luna aparecía iluminada y un pequeño astro a su lado se le acercaba. Todos se mantenían en alerta, absortos en el fenómeno celeste. Finalmente, los dos astros se mostraron con igual tamaño. La sensibilidad, asociada en astrología a la Luna y la energía a Marte, estaban unidas ese día para señalar que algo mágico estaba sucediendo en sus almas. El pirata y la bibliotecaria se abrazaron y sus cuerpos resplandecieron con la misma intensidad que los astros. Cansados de tantas aventuras y emociones se quedaron dormidos.

Al despertar, Anaïs vio que el libro había desaparecido. Buscó y rebuscó entre la toalla y el bolso, pero no lo encontró. Había sido un sueño. Recogió sus cosas y dejó la playa mientras miraba el mar queriendo ver alguna biblioteca flotando en él. Al dirigirse hacia la Scoopy vio que un joven pirata la contemplaba sentado en ella. Un viaje a lo desconocido les esperaba.



EL HOTEL

La ve entrar al bar del hotel. Observa cómo se dirige a la barra y la oye pedir un Stanley Kubrick, *cocktail* que a él le recuerda momentos de un cierto romanticismo. La mujer, al cruzar una pierna sobre la otra, muestra la belleza de su balanceo, el ligero baile de los hermosos dedos de los pies que sobresalen del calzado; alto talón y estrechas tiras de piel.

Al final de la barra, unas orquídeas lilas lo esconden de su mirada. Ella hace un ligero movimiento de la cabeza para intentar verle, pero no lo consigue.

La llegada del camarero con la bebida que ha pedido la alarma. Se siente sorprendida en su curiosidad. Enrojece, dando a su piel una frescura frutal que llama la atención al misterioso observador. Este decide levantarse y se le aproxima. Se sienta a su lado y pide al camarero un Stanley, justo en el momento en el que ella toma un sorbo del suyo. Al oírlo, se atraganta. Él le ofrece una servilleta. Siente su perfume floral al acercarse. La mujer, tras toser levemente, le agradece el gesto y seca sus labios pintados de carmín.

52 | —¿Conoce la historia de la cola de gallo, Júpiter y la hija del granjero? —pregunta él.

—¿Se refiere a si sé de dónde viene el nombre de la bebida que estoy tomando, *cocktail*? —Esta última palabra la pronuncia con una suave caída de cabeza y elevando sus cejas con cierta picardía.

—Veo que estoy delante de una mujer interesada por el qué, cómo y cuándo de las cosas. Me gustaría saber cómo conoció esa historia del *cocktail*, cuándo empezó a tomarlo y qué le ha traído a este hotel.

Ella sonríe al oír las palabras de aquella voz varonil y segura, al tiempo que desliza sus dedos alrededor del vaso que enfría sus manos. Tras un pequeño silencio, le contesta:

—El “cómo” se debe a uno de los estados más emocionales de mi vida. El “cuándo” forma parte de uno de los momentos más decisivos de mi vida. Y estoy en este hotel para saber qué voy a hacer con mi vida.

Ahora es él quien asume el silencio de la conversación. La respuesta le hace reflexionar. ¿Qué enigma esconde esa mujer tan bella que tiene a su lado?

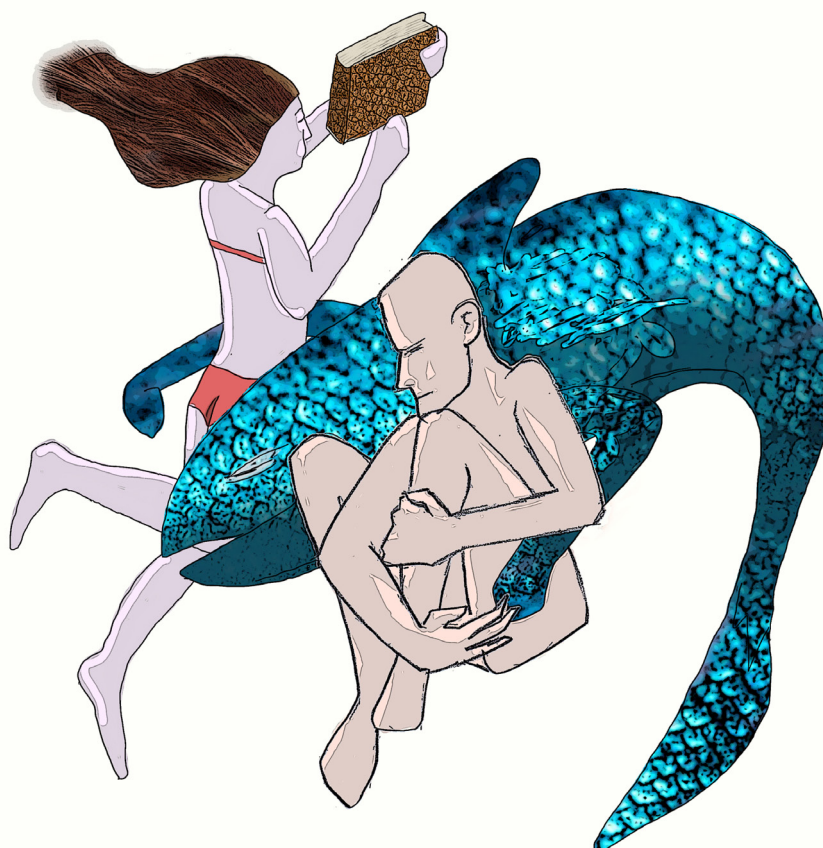
—Me llamo Quincy —son sus primeras palabras tras la breve pausa, a la vez que levanta el vaso para brindar por el afortunado encuentro.

—Anais —contesta ella, participando en el ritual del brindis sonoro que produce el cristal al contacto de sus vasos—. Y usted, ¿está en este hotel para interrogar a los que esperamos saber qué haremos de nuestras vidas?

—Bueno, eso iría bien para mi trabajo, pero prefiero imaginármelas —le responde Quincy.

—Yo soy más pragmática —concreta ella—. Quiero saber qué piensa el otro, si no empiezo a deducir y a suponer infinidad de situaciones que me confunden. Prefiero conocer la realidad de quien tengo delante. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

—Escribo novelas —responde él. Digamos que construyo historias sobre los restos humanos, es decir, sobre las cenizas de sus deseos y sus frustraciones; el poso de sus vidas. De todo ello queda una ficción y de ahí nace el ave Fénix de un nuevo ser, que no exige de la vida, ni proyecta; no hay juicio. Mis personajes viven al día y dejan vivir. Todo es presente. Nacen y mueren en pocas horas, cuando el sol se esconde. Al anochecer aparecen otros seres, son miles de yo, es ahí cuando me interrogo y respondo al desasosiego de mi soledad... Lo siento, la estoy aburriendo. A su pregunta de cuál es mi trabajo le respondo en qué se funda mi existencia.



—En absoluto —responde ella—, encuentro muy interesante lo que dice y tengo curiosidad en conocer sus libros. Me encanta leer, así comprendo más al ser humano y a mí misma. Y por encima de todo, me interesa el nómada que descubre un mundo nuevo cada día. Hoy he tenido un presentimiento, he creído que podría encontrar a alguien especial que diese sentido a mi vida. Por eso estoy aquí. Hace trece años que descubrí qué era el amor en una habitación de este hotel, y esta mañana, en casa, mientras leía *Cyrano de Bergerac*, de entre las hojas del libro se ha caído una tarjeta. Era la del hotel, y he decidido reservar una habitación. El libro de Rostand es uno de mis preferidos y desde ese día no lo había vuelto a leer. Yo no creo en las casualidades, así que el azar se convierte en una premonición y la causa de mi destino. Sé por qué estoy aquí, pero no sé qué me deparará el lugar.

Quincy la observa con curiosidad al escucharla. Con lentitud, abre el ala de su chaqueta e introduce su mano en el bolsillo cercano al corazón y, cual prestidigitador, saca un pequeño cuaderno que se lo ofrece.

—Lo he escrito estos días, imaginando la mujer de mis sueños. Considérelo un obsequio de gratitud, por su sinceridad y confianza hacia mí.

Anais lo coge con delicadeza y se lo agradece sonriendo, mientras observa el título impreso de su cubierta: *La Naviblioteca*.

—Hoy tenía pensado ir a la piscina; me sumergiré en sus fantasías literarias. Si me dice cuál es su habitación le dejaré una nota con mi impresión sobre el libro.

Baja del taburete, como si fuera un carrusel girando suavemente al final de su recorrido. Quincy la ve alejarse, incapaz de decir nada. Le sabe a poco la pequeña conversación. Reacciona: «¡Sesenta, sesenta!», le grita. Anais vuelve la cabeza en un gesto afirmativo. Se dirige a la recepción y pide que le lleven el desayuno a las ocho de la mañana.

—¿Qué habitación? —le pregunta el conserje.

«59», le oye decir Quincy.

Él necesita aire fresco y sale del hotel. Con un cigarrillo en la mano observa a un grupo de chicas que bajan de un autocar. Le parecen hermosas pero después de ver a Anais ninguna otra mujer podría cautivarlo.

Decide almorzar en un restaurante japonés. Sus pensamientos siguen uno a uno los segundos que ha compartido con la apasionada

lectora. Recuerda su perfume y se excita. En la elección del menú decide no incluir almejas con jengibre; «no son necesarios más afrodisíacos», piensa.

Mientras, Anaïs llena su bañera. Prefiere la intimidad de su baño a la concurrida piscina. Se quita el vestido negro y lo deja sobre la cama. Reflejados en el espejo de la habitación sus brazos se esconden tras la espalda y desabrochan el sujetador que desciende lentamente mostrando sus senos. Después se inclina para bajarse las bragas, de esas que apenas existen pero que cubren en apariencia la desnudez. Se contempla satisfecha. Ninguna parte de su piel bronceada hace dudar de que sus playas favoritas son las nudistas.

Entra en la bañera con el pequeño cuaderno, obsequio de Quincy. Se relaja mientras lee cada línea con interés y entusiasmo creciente. El vapor del agua le hace imaginar que está en la zona de máquinas del interior de aquella Navibiblioteca. Cree ser la heroína de la fábula. Durante la lectura, sus lágrimas se mezclan con el agua que la cubre.

En el restaurante, Quincy saborea las trufas de chocolate, acompañadas del sake que aún le queda. Paga la cuenta y vuelve al hotel, ansioso por llegar a su habitación y encontrar alguna nota. Abre la puerta y mira al suelo. Gran decepción, ningún mensaje va a alegrarle la tarde, la noche y más allá. Recuerda el número de la habitación de Anaïs y sale al pasillo. Se detiene ante su puerta. Duda en llamarla. Levanta el puño pero se queda por unos instantes paralizado. Supera la indecisión y golpea por tres veces el obstáculo que le separa de Anaïs. Ninguna respuesta. Insiste, con el mismo resultado.

Piensa que tal vez estará en la piscina, así que regresa a su habitación para cambiar su traje de verano por el bañador. Como si imitara los movimientos que minutos antes había hecho Anaïs ante el espejo, Quincy se desabrocha los botones de la camisa dejando al descubierto el vello de su pecho que, aunque poblado, deja ver unos pezones ovalados y rosados. Echa sobre la cama la camisa y empieza a quitarse los pantalones. El cinturón primero, luego un botón y la cremallera. Mientras se mira en el espejo, pensando en Anaïs, ve crecer el volumen de sus calzoncillos. Se los baja y aparece un falo ancho en vaivén que apunta al techo. Con su mano sujetando el miembro se dirige al armario y de un cajón coge el bañador. Hace un intento de relajar su erección. No lo consigue. Así que entra en el baño y se masturba, eyaculando toda la energía que le ha producido

su imaginación. Se lava y se pone el bañador, sin la incomodidad de aparecer ante Anaïs mostrando su prominencia sexual.

Una toalla y las chanclas completan su vestuario romano que, como Marco Antonio, se dirige a las termas en busca de Cleopatra. Y allí está ella, echada en una tumbona, adormecida. Sus manos sujetan el libro que le está a punto de caer al suelo. Él se acerca, inclinándose para recoger el manuscrito al vuelo, en el preciso momento que Anaïs despierta.

—Quincy, qué sorpresa —dice ella quitándose las gafas negras que la protegen del sol y mira el libro—. Lo he leído varias veces. Gracias, me ha hecho mucho bien. Por favor, me gustaría que se sentara a mi lado. Iba a dejarle una nota pero me he quedado en blanco. Deme un poco más de tiempo, ahora estoy demasiado torpe. Pero cuénteme más de usted, ¿quiere?

—Llegados a este momento ya podemos tutearnos, ¿no crees? —le sugiere Quincy complacido.

56 | —Claro, ya no somos extraños. Te cuento algo más de mí. Soy diseñadora de moda femenina. Es un mundo dominado por hombres, grandes modistos, pero he sabido hacerme un lugar y soy feliz creando belleza y haciendo un poco más bellas a las mujeres que no lo son. Vivo sola, me separé de aquel amor que te decía. Aún ningún hombre ha sabido entenderme. ¿Podría entenderte yo a ti?

Quincy, tras escucharla, siente la necesidad de mostrarse.

—Mi vida se llama cincuenta y un años. Se deletrea: tesón, voluntad, constancia, duda, reflexión, ilusión. Se pronuncia: hombre que se busca a sí mismo. Se escribe con: arte, creación, sensibilidad, expresión. Su idioma: vivir feliz. Empecé a escribir a raíz de una pasión amorosa. Le hablaba a mi amada a través de la prosa, la poesía y la ficción. El animal que soy está protegido por una piel resistente a la agresión exterior que, con el tiempo, se ha hecho permeable a los impulsos internos. Los sentimientos y las pasiones se desataron el día que me embarqué en un navío construido de libros. Mi imaginación navega nómada, pero cuando amarro en tierra firme soy un árbol cuyas raíces no permiten crecer nada a su alrededor. Pero hoy, cuando te he visto, me ha parecido ver caer una semilla junto a esas raíces y, quien sabe si la veré crecer para resistir mejor los vientos que me acechan... Disculpa de nuevo, te he respondido demasiado metafóricamente a lo que era una pregunta muy concreta, ¿verdad?

—Se nota que eres escritor. Muestras seguridad pero al mismo tiempo necesitas que alguien reconozca tus necesidades.

Quincy se levanta al sentirse descubierto para zambullirse en la piscina mientras Anaïs lo contempla. Su cuerpo, sumergido en el agua, parece una pintura impresionista de colores en *collage* de piel y agua azulada. En el interior de la piscina a Quincy le parece ver un mundo mágico. Observa cómo las pequeñas teselas se desprenden de la pared flotando en el agua. Algunas se le adhieren al cuerpo y se convierten en escamas tornasoladas. Sus piernas se juntan para formar una cola vertebrada que lo impulsa en espiral entre las burbujas que provoca su aleteo.

En el exterior de ese mundo submarino, Anaïs no ve la transformación de Quincy. En su inmersión, él descubre restos de un navío verde, aterciopelado por el paso del tiempo. Se introduce en su interior sorprendido por lo extraño de su construcción que se asemeja a la imaginada en su cuento. Encuentra la bitácora del barco, y dentro, el libro de navegación. Lo rescata y abandona los restos de aquel naufragio para subir a la superficie. Anaïs, sorprendida, lo ve aparecer de nuevo con un extraño objeto entre los dientes. Su cuerpo ya no tiene escamas y sus dos piernas se mueven con total libertad en el agua. Ella se acerca al borde de la piscina y toma el libro que se ha conservado milagrosamente del deterioro que supone el paso del tiempo y la agresión marina.

Lo abren. En la primera hoja aparece un dibujo extraño, una especie de delfín mucho más largo que los que se conocen. Presenta un color gris y manchas negras de pequeño tamaño en la zona dorsal. Los ojos rasgados le confieren un aspecto de velocidad en su rostro. Pero lo más extraño son dos brazos y en sus extremos unas manos, con cuatro dedos cada una.

Semejante animal les hace dudar de la veracidad del libro de navegación que se supone debe reflejar las vivencias reales de un viaje marino. Pasan a la siguiente página que está rellena de gráficos y signos irreconocibles. Siguen examinando las hojas sin poder descifrar ninguno de los caracteres que aparecen. Súbitamente, de entre las hojas, cae una fotografía en la que se ve a un hombre y una mujer junto a un simpático caniche de pelaje rizado y hocico puntiagudo. Él, mayor que ella, viste amplios pantalones, abrigo de piel y unas botas. Abraza a la mujer para protegerla del frío que uno

imagina al ver tras ellos unas montañas nevadas. Ella, cubierta con una capa de cuello alto, le rodea la cintura con el brazo. Calza unas botas que se esconden bajo unos pantalones de pana y en su cabeza un gorro de lana la protege. Quincy y Anaïs se miran sorprendidos, reconocen en aquella pareja la imagen de sí mismos.

Le dan la vuelta a la fotografía, donde escrito a mano se lee:

Queridos hijos, como veis, la ropa cubre nuestra cara por el frío que hace. Pero nos alojamos en una confortable casa de madera muy bien acondicionada. Somos felices, nos queremos como el primer día. Yo sigo escribiendo mi libro. A veces es como si mi mano la dirigiera otro escritor más capacitado que yo. No puedo creer que toda esa imaginación salga de mí mismo. Anaïs es feliz terminando sus estudios de historia del arte y, por cierto, está esculpiendo unas figuras hermosísimas. Os queremos. Muchos besos y un fuerte abrazo desde Vancouver.

Con amor, Quincy-Anaïs.

58 |

Después de la lectura, ambos reconocen su propia firma al final del escrito. Y lo más sorprendente, la letra del mensaje también es la de él. Se vuelven a mirar extrañados. No saben qué decir, ni cómo explicar el enigma.

De repente sale propulsado del agua un enorme pez, parecido al dibujo del libro que estaban mirando. Se abalanza sobre ellos y los coge con sus extraños brazos. Atrapados por el animal se elevan por encima del hotel en dirección al mar. Anaïs sujeta el libro, siente que será su salvación. Quincy le dirige una mirada de ánimo y coraje para lo que les pueda deparar la aventura.

En su larga travesía reconocen la isla de Terranova, dejan atrás la Bahía de Hudson y el lago Winnipeg para acercarse a las Montañas Rocosas y llegar en poco tiempo a la isla de Vancouver. Sienten el frío de esos lugares.

El pez volador desciende en un lugar alejado de la isla. Se detiene manteniéndose a poca distancia del suelo para dejar libres a sus rehenes con suavidad. Estos caen sobre una playa de arena fina, mientras su raptor se zambulle en las aguas donde desaparece, dejando un rastro de oleaje.

Desconcertados empiezan a caminar hacia el interior de aquel paraje tan singular, una maleza de abetos, cedros rojos y pinares, plantas exóticas, flores silvestres como el trillium y la camelia

salvaje. De pronto, entre unos matorrales, aparece el hocico de un perro dando muestras de alegría por encontrarlos. Anaïs se le acerca hablándole con ternura, mientras Quincy observa al perro que le recuerda al de la foto.

—Teniente Blueberry —le llama Anaïs.

Este reacciona con entusiasmo, lamiéndole el rostro. Ella, sorprendida con el nombre que acaba de pronunciar, no sabe explicar qué le ha impulsado a hacerlo. Aprovechan el encuentro para hacer un pequeño descanso y reflexionar sobre lo que les ha pasado. Al rato, se levantan y empiezan a andar, con la esperanza de encontrar algún signo de civilización. Detrás, el Teniente Blueberry les sigue fielmente.

No tardan mucho en divisar algunas casas, pero quedan muy lejos y anochece.

—¿Crees que todo esto es un sueño? —pregunta Anaïs.

—Si es un sueño, se ha convertido en realidad. ¿Acaso no esperabas encontrar a alguien especial? Pues bien, estás viviendo algo especial, y te aseguro que aún no tengo poderes mentales para hacer reales los sueños de mis libros. Ya sabes, la realidad supera la ficción.

Teniente Blueberry se da cuenta que sus amigos están desorientados. Se les adelanta en su camino e intenta comunicarles que le acompañen. Confiados en la intuición del animal, le siguen. Al poco rato llegan a una cabaña. Hay luz en su interior y la puerta está abierta.

—Hola, ¿hay alguien? —pregunta Quincy.

—¿Podemos pasar? —insiste Anaïs.

Nadie les contesta, así que deciden entrar. Recorren la casa, que está vacía. Cuando vuelven al salón observan las esculturas que lo visten. Quincy encuentra una papel sobre una mesa que se lo lee a Anaïs:

Queridos hijos, tenéis la habitación preparada para esta noche. Tomad una buena ducha y descansad. Nosotros volveremos mañana. Vuestros padres que os quieren.

Ambos se fijan en que la letra es la misma que en la foto.

—Quincy, todo esto es muy extraño, pero a estas alturas, ¿qué te parece si aprovechamos la invitación, nos aseamos y encendemos la chimenea? Es un lugar acogedor.

—No tenemos mejor opción —le dice él—. Tampoco podemos seguir el camino con los bañadores puestos

Teniente Blueberry se ha quedado dormido sobre una pequeña alfombra mientras ellos se dirigen a la habitación.

Quincy coge unas toallas y entran en el cuarto de baño. Ella abre el agua caliente de la bañera. Necesitan relajarse en un buen lecho de agua que masaje su cuerpo. Quincy se acerca a ella, pone las manos en sus hombros y desliza con lentitud los tirantes del bañador. Ella no se mueve, se deja acariciar. Su piel empieza a erizarse en el momento en que deja al descubierto pechos y nalgas. Quincy acompaña la caída del nailon agachándose mientras acaricia las piernas de Anaïs que levanta los pies para facilitar la salida del bañador.

Él se incorpora y ella se gira para besarle. Poco a poco se desliza sobre el cuerpo de Quincy deteniéndose a la altura del vientre. Pone las manos en sus caderas le sujeta el bañador que se lo quita. Anaïs se inclina hacia el sexo excitado de Quincy. Le sujeta el pene y los glúteos. Baja la piel que cubre el glande rosado y acerca sus labios para besar la cúpula que corona la erección.

60 |

Con suaves movimientos en vaivén su mano aumenta la irrigación sanguínea de aquel músculo, que termina introduciendo en su boca. Las piernas de Quincy se endurecen. Sus manos acarician la cabeza de Anaïs y sus dedos se deslizan temblorosos entre los cabellos. Con un ligero movimiento la hace incorporarse. La abraza y le muerde suavemente el cuello. Sus manos acarician los pezones erectos y acerca hábilmente su pene al pubis que esconde un lubricado sexo para frotar los labios vaginales.

Las piernas de Anaïs ceden de debilidad tras el orgasmo que tiene. Quincy la sostiene, la coge en brazos y la lleva hasta la bañera, dejándola sumergirse en el agua. Se introduce a su lado y ambos descansan.

Entran en un profundo sueño. En la pared, un retrato los contempla, el mismo que encontraron en el interior del cuaderno de bitácora.

Al rato, unos golpes en la puerta los despierta.

—¡Servicio de hotel! ¡El desayuno que pidió! —Anuncia una voz con claridad.

Anaïs y Quincy se despiertan. Se miran. Ella observa que están en la habitación del hotel. Cada uno intenta diferenciar la realidad del sueño. Anaïs recuerda, mientras se bañaba, oír los golpes de Quincy

en la puerta. Ambos visualizan, leyendo en los ojos del otro, cada instante de aquel momento: ella cubierta con la toalla abriendo la puerta, él sonriendo. Cómo se abrazaron y jugaron a desnudarse. Cada caricia, sus besos, el torbellino sobre la cama, sus jadeos y exclamaciones de placer, la pasión de dos seres que se deseaban y terminaron amándose, exhaustos, adormecidos en sueños con extraños animales, países lejanos, personajes familiares, para terminar en un sensual baño y otro sueño y nuevo despertar.

—¡El desayuno! —insiste el camarero.

—Más tarde, por favor.



LA VIDA DE FRANCISCO ARÉVALO BERMEJO

Esta es la historia de un niño al que se descuidó en su infancia, debido a la ignorancia que reinaba a su alrededor y a que no supieron educarlo. Murió a los 40 años, dejando una muestra de sus aptitudes para que otro las calzara.

Francisco Arévalo Bermejo, que así se llamaba, nació en 1898 en un pueblo segoviano adornado con murallas medievales, Pedraza, que fue sitio de paso de grandes personalidades de los siglos XVI y XVII: artistas, nobles y monarcas.

En la época en que creció Francisco los habitantes de Pedraza empezaron a emigrar a la capital, y la población perdió el intercambio intelectual que la había enriquecido en otros tiempos.

Sus padres eran expertos en la confección de tejidos con la lana que producían sus rebaños de ovejas merinas, reconocidas en Europa por su excelente calidad, pero una fatal epidemia se los llevó y dejó a Francisco huérfano de amor y protección.

62 |

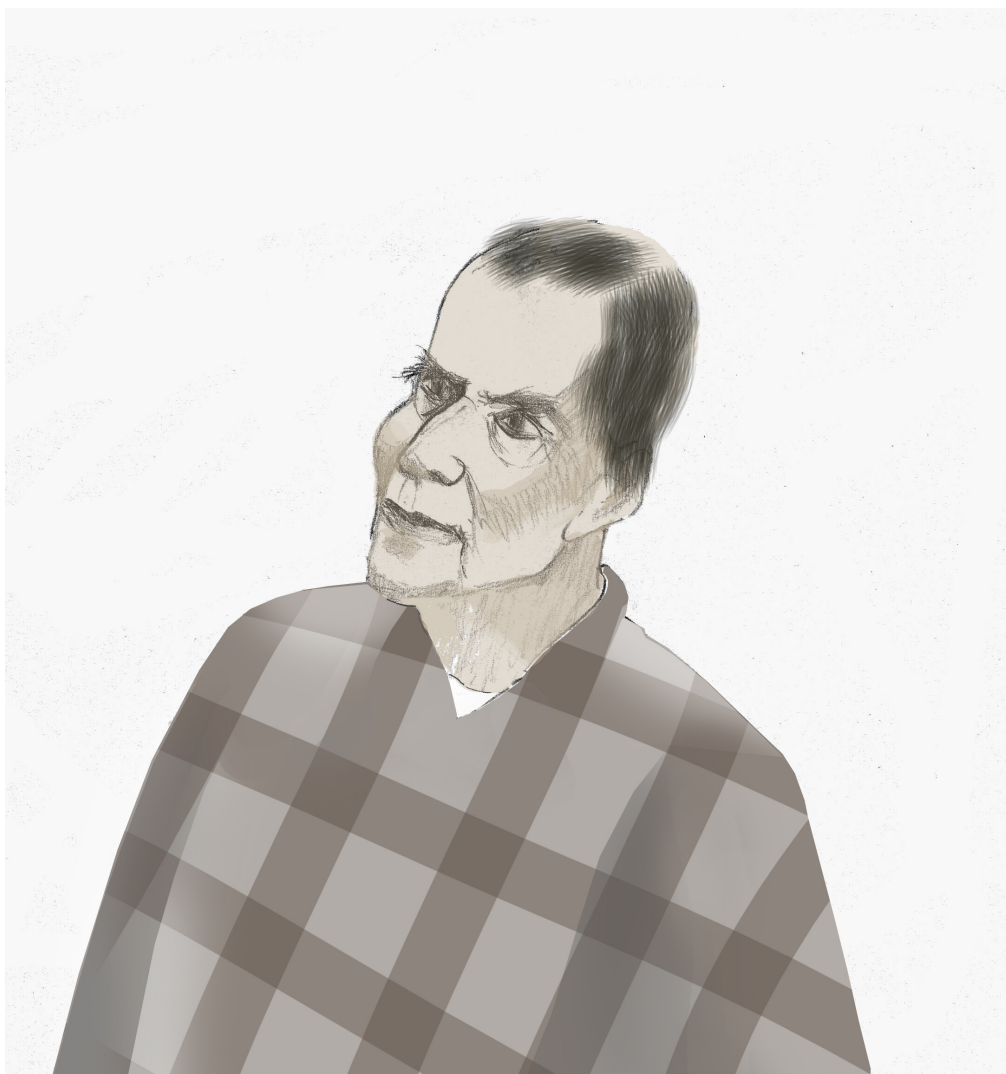
Le enviaron a Segovia, donde vivían sus parientes más cercanos. Así que tuvo que abandonar sus aventuras alrededor de las murallas que cada día recorría con los pies descalzos, como queriendo huir del cerco de sus inquietudes y conocer otros lugares donde alimentar su curiosidad.

Tan sólo tenía ocho años y ya entonces mostraba ciertas habilidades manuales cosiendo y remendando su propia ropa, pero nadie se daba cuenta de su destreza. Solía hacerlo a escondidas y, por eso, todos creían que era cuidadoso con sus vestidos, pues nunca nadie vio un roto en sus pantalones o camisas, como era costumbre en otros niños de su edad.

Sus tíos maternos, los Bermejo, que poseían una tienda de alpargatas en el centro de la ciudad, lo acogieron, lo calzaron y le enseñaron su oficio, del que eran buenos artesanos. Probablemente su ascendencia judía les dotaba de esa habilidad conocida en los gremios obreros. Sin embargo, adolecían de otra cualidad característica de los judíos: su capacidad para los negocios. Transcurrieron varios años en los que no supieron adaptarse a los cambios que la industria del calzado

estaba creando con nuevos materiales, como la goma para las suelas, y terminaron por cerrar la tienda. Francisco se vio obligado a emprender una nueva andadura laboral.

Maleta en mano y alpargatas en los pies, se fue a Madrid. Su aspecto, que delataba su procedencia rural —tez curtida, cejas pobladas cercanas al nacimiento frontal del cabello, las orejas sumisas al límite de inexistentes patillas, nariz de ave salvaje y labios en plegaria silenciosa— lo relegaría a trabajos poco cualificados y mal pagados, por lo que empezó a enmascarar su vida y maquillar su carácter, volviéndose huraño, desconfiado y melancólico.



Deambuló por los núcleos de mayor actividad nocturna iniciándose en los despertares sexuales, turbios y a escondidas, que le ofrecía la ciudad. Vivía en una pequeña estancia que compartía en la casa de unos amigos de sus tíos y sus trabajos no duraban mucho, pues le aburría hacer siempre lo mismo y prefería ir variando de oficios para mejorar sus aptitudes.

En Francisco se escondía una capacidad de análisis rápida, como delataba su mirada certera, que tras una observación atenta y calculada de cualquier situación se abalanzaba decidido a sacar el máximo provecho de ella. En sus salidas nocturnas vislumbró cómo mejorar su porvenir. A altas horas de la madrugada salían de los burdeles los empresarios y hombres de negocios, dejando atrás sus frívolas evasiones para empezar una nueva jornada de aparente rectitud moral. Francisco se dio cuenta de que podía mejorar el aspecto de esos hombres lustrando sus polvorientos zapatos, que al salir de los locales nocturnos habían perdido su aparente dignidad.

64 |

Consiguió con su pericia manual fabricar una caja con *apoyapiés*, complementada con un compartimento para el cepillo y el betún, y se la mostraba al posible cliente ofreciendo su servicio modestamente con una tímida sonrisa, quizá la única que aparecía en su rostro en todo el día.

A partir de su observación diaria de los diferentes personajes a los que lustraba los zapatos fue conociendo el nuevo mundo que se avecinaba, gobernado por las corbatas de Jesse Langsdorf en substitución de las clásicas pajaritas del frac. Estilos muy diferentes al suyo: el botón abrochado al cuello, siempre al límite del ahogamiento, sin un lazo identitario que le distinguiera del resto. Su distinción era poseer una mente con capacidad de comprender el mundo que le rodeaba. Tenía la clarividencia del devenir humano, pero su absoluta falta de autoestima le provocaba un profundo sentimiento de impotencia y temor al juicio ajeno, debido a la descuidada formación en su infancia.

Cuando uno de sus clientes, fotógrafo, se ofreció a retratarle como gratitud a su bien hacer, sintió cierto sonrojo. Temió ser

documentado para la historia y favorecer así los juicios infundados sobre su persona. Finalmente, su amigo insistió y consiguió hacerle el único retrato del que disponemos.

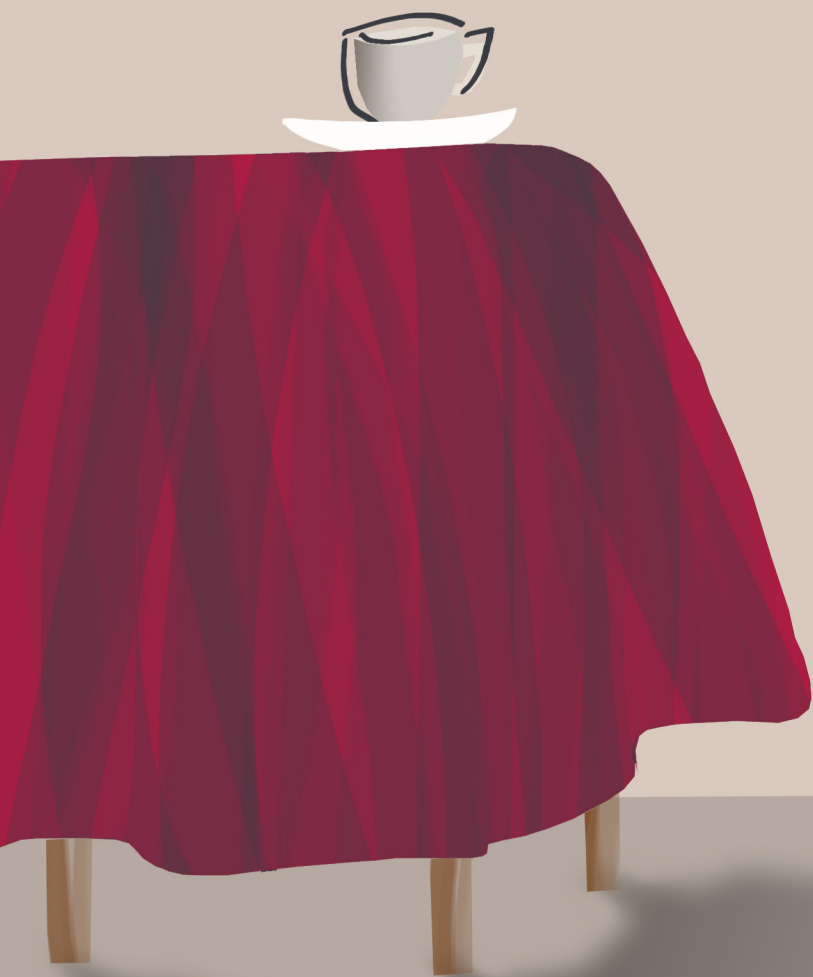
Harto de la gran ciudad, cuando Francisco reunió suficiente dinero se marchó a Mequinenza, en la provincia de Zaragoza, y allí alquiló un local para instalarse como zapatero. Su clientela eran trabajadores y obreros de condición muy humilde a los que les arreglaba el calzado por muy poco y a los que también confeccionaba sus tan añoradas alpargatas. Se sentía a gusto al lado de aquellas personas apacibles y sencillas, y se unió a ellas en sus movilizaciones en asociaciones obreras, como la CNT, para compartir el rumbo de lo que se avecinaría muy pronto: la guerra civil española.

La barbarie es el colofón de muchas vidas literarias, y así fue la de Francisco, que se alistó a la contienda nacional para luchar por sus ideales. No hubo tiempo. El hado le perseguía impidiendo que sus principios se manifestaran. Su destino debía ser breve.

Su vida terminó en las trincheras de la batalla del Ebro. Se le encontró boca abajo, con el barro cubriéndole la cara junto al resto de sus compañeros muertos.

Francisco era el único al que le habían despojado de sus botas, quizás por ser las más relucientes.





JUAN PELAGATOS

La hermana de Juan, Laura, solía desayunar sola, a su ritmo, y el de Glenn Gould interpretando a Bach. Degustaba sus tostadas con miel y bebía el té en una taza estilo raku, que conservaba desde la infancia y que tenía en gran estima. Mientras, su madre, Sofía, salía a la calle con Benja, el husky siberiano que habían adoptado. Laura aprovechaba para sentir esa soledad matinal que tanto deseaba antes de salir para la universidad. Le molestaba compartir los primeros instantes del día con cualquiera que no fuera su discreto y silencioso siamés, Spino, que esperaba pacientemente a que ella terminara su desayuno para tomar su ración de yogur y no molestarla con el ruido de los sorbidos. El nombre de Spino se lo puso Laura, que creyó ver en la filosofía de Spinoza toda la sabiduría que mostraba su gato. Pero la delicadeza del animal servía de bien poco cuando sonaba el despertador de Juan. A la hora precisa en la que su hermana iba a sentir la cálida sustancia del té y el aroma floral que desprendía, su paz era truncada por el estridente despertador del hermano.

| 67

Sin prisas para salir de la cama, Juan esperaba a que el resto de la familia se hubiera levantado, desayunado y estuvieran listos para salir de casa y, así, aprovecharse de las ventajas que suponía encontrarse con los restos del desayuno que su madre y su hermana hubieran dejado en la cocina. Hasta tal extremo se aprovechaba de los demás que no dudaba en beberse el yogur del gato si habían quedado restos en su cuenco. No era realmente pereza lo que le empujaba a ser así, más bien una imperiosa necesidad de utilizar a los demás para su beneficio y creerse más inteligente. Quería sentirse por encima del resto de los mortales.

Lo tenía todo calculado. Instantes antes de que su madre saliera para la oficina, Juan, sigilosamente, buscaba en su bolso el táper que se había preparado para el almuerzo y se lo apropiaba para no tener que hacerse el suyo.

Sofía, que siempre iba justa de tiempo, salía con prisas. Al llegar la hora de su almuerzo y no encontrar la comida nunca recordaba si la había preparado. De ese despiste se aprovechaba Juan la mayoría de las veces.

Hasta tal punto mostraba su desprecio hacia sus semejantes que un día, después de beberse el té que quedaba en la taza de Laura, la dejó al borde de la mesa, muy cerca de la silla donde Spino solía acurrucarse. Esperaba que cuando el gato se incorporara empujara la taza al suelo y se rompiera en pedazos. Afortunadamente el nombre de Spino le hacía honor y un cierto sentido de la prudencia le hizo levantar la cabeza y mirar antes de incorporarse.

Una vez realizado su despreciable protocolo de mezquindad, Juan se quedaba en casa, faltando a sus clases en el instituto, ante el ordenador, desarrollando sistemas informáticos para acceder a las computadoras de sus rivales, encontrar sus puntos débiles y obtener la información que le daría la ventaja necesaria para progresar en su ambiciosa carrera arribista.

A veces, según su buen humor, que coincidía con alguna de sus victorias jaquerianas, hacía aparecer en el ordenador de la víctima uno de sus chistes de mal gusto, como aquel que dice: ¿Que hace una niña palestina columpiándose?... Poner nervioso al francotirador israelí.

Así era Juan, un francotirador, dispuesto a todo para sí mismo, sin importarle cuan ridícula era su codicia y su falta de caridad.

Si bien poco tenía en consideración a sus semejantes, los humanos, si de humano él poseía algún aspecto, despreciaba aún más a los animales. En todo el tiempo que estaba en casa, en ningún momento dedicó unos minutos para alimentar a Spino y a Benja, al que no sacaba a pasear en todo el día. Esperaba a que llegaran su madre o su hermana para que ellas se encargaran.

Así era su vida. Hasta que un día, al levantarse de la cama, vio a su perro Benja erguido que llevaba atada del cuello a Sofía a cuatro patas, que regresaban de la calle. Y a Laura arrodillada ante la mesa, esperando pacientemente a que Spino, sentado en la silla, terminara de tomar el té en la preciosa taza de cerámica raku.

Siguió observando con incredulidad la escena que transcurría ante él: los comportamientos humanos del perro y el gato en contraste con las actitudes animales de su madre y su hermana: Sofía, que descansaba sobre la manta-cama de Benja mientras el perro rebozaba



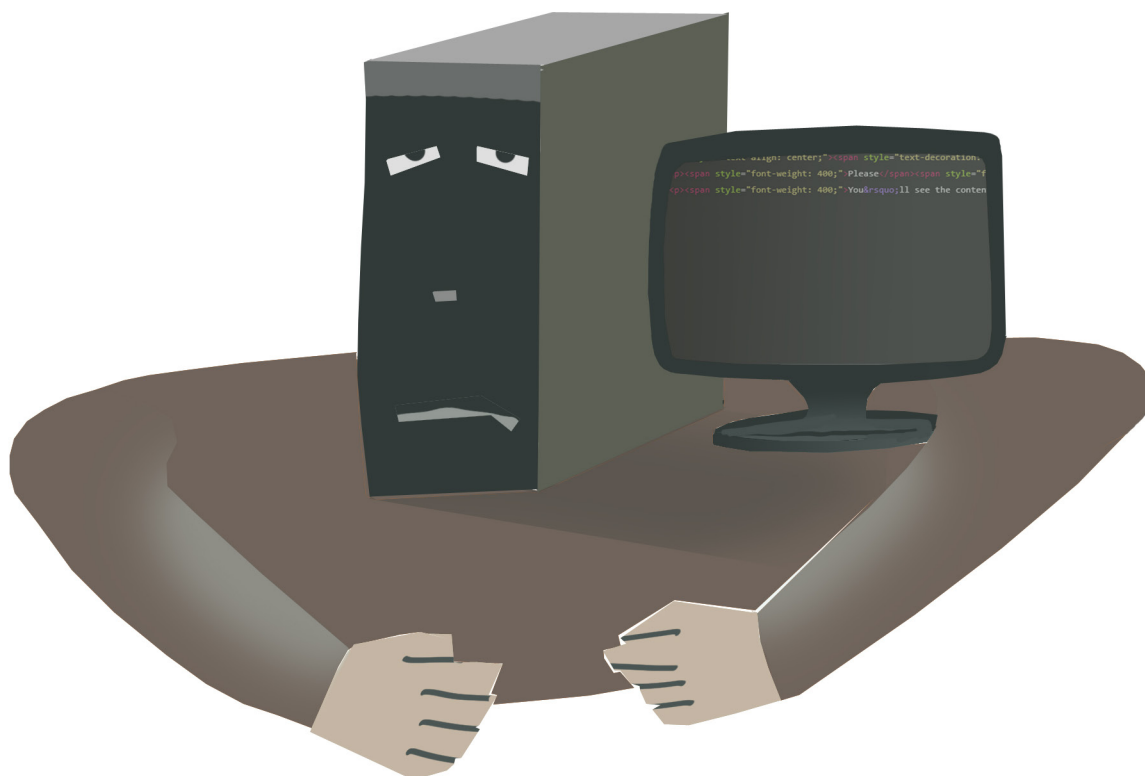


unos huesos de cordero en la cocina. Spino en la mesa, relamiendo restos de pescado sobre unas tostadas de pan y Laura, que, deseosa, hacía recorrer su lengua entre las mejillas esperando un gesto del gato para compartir su almuerzo.

Atónito y frotándose los ojos, Juan creyó que aún dormía y que aquella visión surrealista era producto del eco de una pesadilla suspendida en la vigilia. Mas, por mucho que quiso despertar, el mundo se volvió extraño y excéntrico, ajeno al que él había creado prescindiendo de los demás y que ahora se volvía en su contra, transformándole en una especie de robot de sobre mesa, computarizado y servil. Desde su propia pantalla digital en la que se había convertido, contemplaba día tras día las mismas escenas sin poder evitarlo. Como tampoco pudo impedir que virus informáticos con código malicioso le infectaran. Poco a poco el sistema que le hacía existir dejó de funcionar. Un emoji que representaba tristeza —los dos puntos y el paréntesis— apareció sobre el fondo azul de la pantalla.

Juan no era nadie, como el personaje de una famosa película, *Juan Nadie*, un ser creado por un director de periódico sin escrúpulos para servir sólo a sus intereses comerciales.

| 71



LA ÚLTIMA LLAMADA DE LA NOCHE

—¿Sí?

—Hola, Susan.

—Ah, hola, Albert.

—Tendría que decir que siento llamarte a estas horas. Pero no sería cierto.

—Siempre tan sincero, ¿verdad?

—Sabrás que hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí una notificación del asilo: “Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias”. Pero no quiere decir nada. Quizás haya sido ayer. Tú lo debes saber, yo hace tiempo que no la visitaba.

—Nunca te has interesado por ella. Qué más te da saber si murió ayer, hoy o hace dos semanas.

—Era mi madre, ¿no?

—Ah sí, claro, a la que torturabas con tus desprecios, eras el hijo que acabó desquiciándola. Vivía inquieta por saber dónde estabas, en qué lío te habrías metido. La privaste de su dignidad como madre cuando ingresaste en prisión, y finalmente terminó en un asilo después de la discusión que tuvisteis y que supuso el derrame cerebral que la dejó imposibilitada. ¿Qué hijo haría eso a su madre?

—¿Un hijo que nunca tuvo su amor, su atención, el afecto que me hubiera dado la autoestima suficiente para creer en mí y no tener que buscar en otros entornos aprecio y respeto?

—Claro, tus amigos, la pandilla de degenerados que secuestraron y violaron a aquella mujer que podría haber sido nuestra madre. ¿Era tu revancha? ¿Era a mamá a quien querías humillar? ¿Sentías que te vengabas de ella cuando violaste a aquella pobre mujer?

—Ja, ja, ahora resulta que eres la Doctora Freud. Sabes que nunca se demostró que yo estuviera implicado en ello. Me pasé dos años en la cárcel injustamente. Que fueran mis amigos y compartiera la mayor parte del día con ellos no debió ser nunca un motivo para inculparme. Aunque ellos me respetaran y creyeran en mis decisiones sus actos nacían de sí mismos. Yo era un padre para ellos. Éramos

una familia y como tal luchábamos para sobrevivir unidos ante esta sociedad de mierda.

—Eso no es lo que nos inculcaba nuestra madre. Siempre quiso despertar en nosotros el aprecio por la belleza de la naturaleza, las creaciones del arte, la danza, la filosofía de las religiones budistas. Los sentimientos más puros, la sensibilidad. ¿Recuerdas aquella noche que nos hizo levantar de la cama para mirar por la ventana y observar la delgada curva de la Luna con Venus a su lado? Ella dijo que aquel día la Luna se convirtió en la cuna de Venus a la que el resto de estrellas le cantaban nanas para adormecerla. Y a ti lo único que se te ocurrió decir es que era el pecho de una mujer a la que le brillaba intensamente el pezón. Se te quedó mirando sin decir nada,



seguramente decepcionada por una lectura tan vulgar que ya hacía presentir tus inclinaciones malsanas.

—Esa era mi percepción poética, no una mirada sucia de la mujer, era mi deseo frustrado de no tener un regazo materno.

—¿Quién hace ahora de Freud? Ahora resulta que mamá es la culpable de tu irresponsable vida de callejero delincuente, cuando nunca se cansó de llevarnos a los museos y comentarnos las obras que allí se exponían para que conociéramos otros mundos.

—Lo que yo deseaba era que me hablara con sus brazos, no con palabras, sentirme recogido por su sensibilidad, no mostrármela fuera de ella. Me dolía cuando te cogía de la mano mientras conmigo se limitaba a indicarme a dónde ir. No quería consejos para admirar, quería que me mirara. Pero no, solo tenía ojos para ti, la dulce, comprensiva y atenta Susi. Te he odiado hasta repugnarme a mí mismo de tanto resentimiento. Fuiste el obstáculo que me privó de mostrarle toda la sensibilidad que yo era capaz de expresar. De cuánto vibraba mi alma deseoso de una caricia suya. ¡La necesitaba tanto...!

74 |

—¿Estás llorando, Albert?

—Sí, ¡lloro!, ¡lloro! ¿También quieres ahogar mi grito? Tantas veces he llorado en mi habitación silenciándome con la almohada para que nadie lo supiera. ¡Mamá! ¿me oyes? ¿dónde estás? No vuelvas a ignorarme, ¡te lo suplico!

—Nunca te vi llorar, tampoco ahora, solo escucho tus gemidos, como siempre, sabiendo de ti en la distancia, en voz de otros o a través de las noticias de sucesos. ¡Cuánto daño nos hiciste! Desde que murió papá, la vida de mamá fue un calvario que sólo conseguía calmar a través del arte y la poesía, mientras tú crecías en rebeldía y desobediencia. Éramos muy pequeños para entender la muerte de nuestro padre. Quizás esa sensibilidad de la que tanto hablas ahora fue lo que cambió el rumbo de tu vida: no aceptar que papá se fuera, que mamá no quisiera compartir su amor por nadie más que no fuera él. Así me convertí en su escudo ante el mundo, frente a ti, para renunciar a mis sentimientos. Debes saber, y me duele en el

alma decírtelo, que nunca percibí su amor y, en el fondo, a quien más quería era a ti, porque se daba cuenta de tu profunda delicadeza, tu latente bondad y necesidad de cariño, pero su entrega por nuestro padre jamás le permitió expresar todo el amor que realmente sentía por ti... ¿Estás ahí, Albert?, ¿qué son esos ruidos? ¡Por Dios, Albert! ¿Dónde estás? ¡Albert!

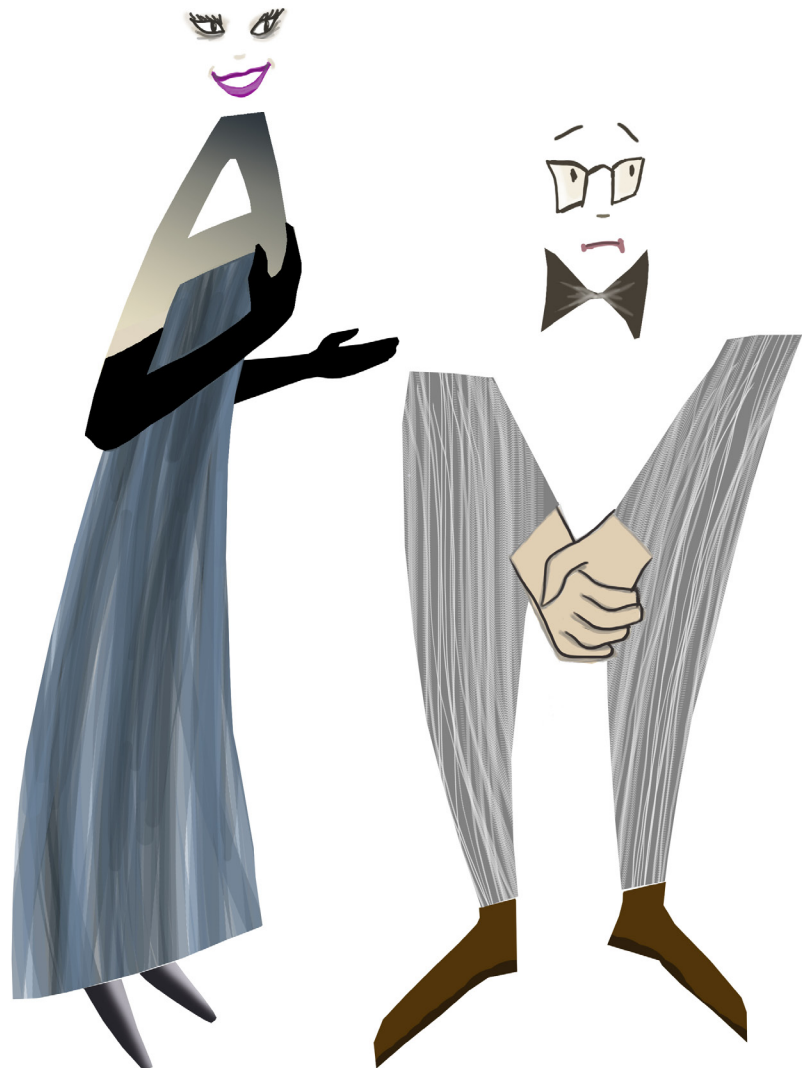
Los gritos y la misma brisa que entraba por la ventana de Albert llegaban como góndola fúnebre llevada por el viento a los oídos de Susan, que sintió cómo un profundo escalofrío revestía su espíritu de una aterradora fatalidad.



CUENTO DE NOCHE

Se encontraron cuatro letras en el cruce de una calle. La A salía de una discoteca sin haber encontrado la letra de su vida. La M bajaba de un taxi, cabizbaja, no había podido dormir en casa de su amante. La O abandonaba el bar, ese día ni la camarera le prestó atención a sus lamentaciones. La R ya estaba en el cruce, había permanecido siete horas de servicio en una de las esquinas dando placer a cambio de algún dinero.

Al verse, sintieron la necesidad de conocerse. A era una letra preciosa, vestía informal y muy seductora, pero nadie le pidió bailar esa noche en la discoteca. M era elegante en su madurez, y volvía de la casa de otra letra de pasar una pretendida velada amorosa que acabó en un fiasco. O andaba tambaleándose, había bebido mucho para olvidar malos recuerdos que parecían estar gravados en su



mente por duplicado, triplicado, cuádruplicado, siempre el mismo recuerdo a pesar de intentar borrarlo una y otra vez con alcohol. Y finalmente R, con sus exuberantes pechos, exceso de maquillaje y ropa ajustadísima. Mostraba lo que la P no tiene. Era todo un travesti.

Se situaron en el centro del cruce de calles. Era una noche solitaria, sin tráfico. Ellas eran las únicas letras que estaban sobre el papel. Se cogieron de la mano. La primera fue la A, M la siguió, ofreciendo su otra mano a O, que a su vez atrajo a R.

La unión provocó en ellas una atracción amorosa. Así que la elegante M se dejó seducir por los encantos de A, que le propuso ir a su casa. Por su parte, O descubrió su inclinación por los travestis y a R no le costó nada hacer un favor más aquella noche.

Qué difícil es hacer coincidir las letras en su sitio, pero en esa ocasión funcionó.



AVARO DINERO

A veces uno quiere cambiar de vida, renunciar a los valores que ha construido desde que se es consciente de sí mismo. Desengañado de las falsedades del mundo se vuelve cómplice de ellas. Alvaro De Niro llevó esa decisión al extremo; radical y drásticamente. Y lo digo así porque su postura me parece de lo más inaudito en un individuo que mantuvo tanta constancia vital en sus principios.

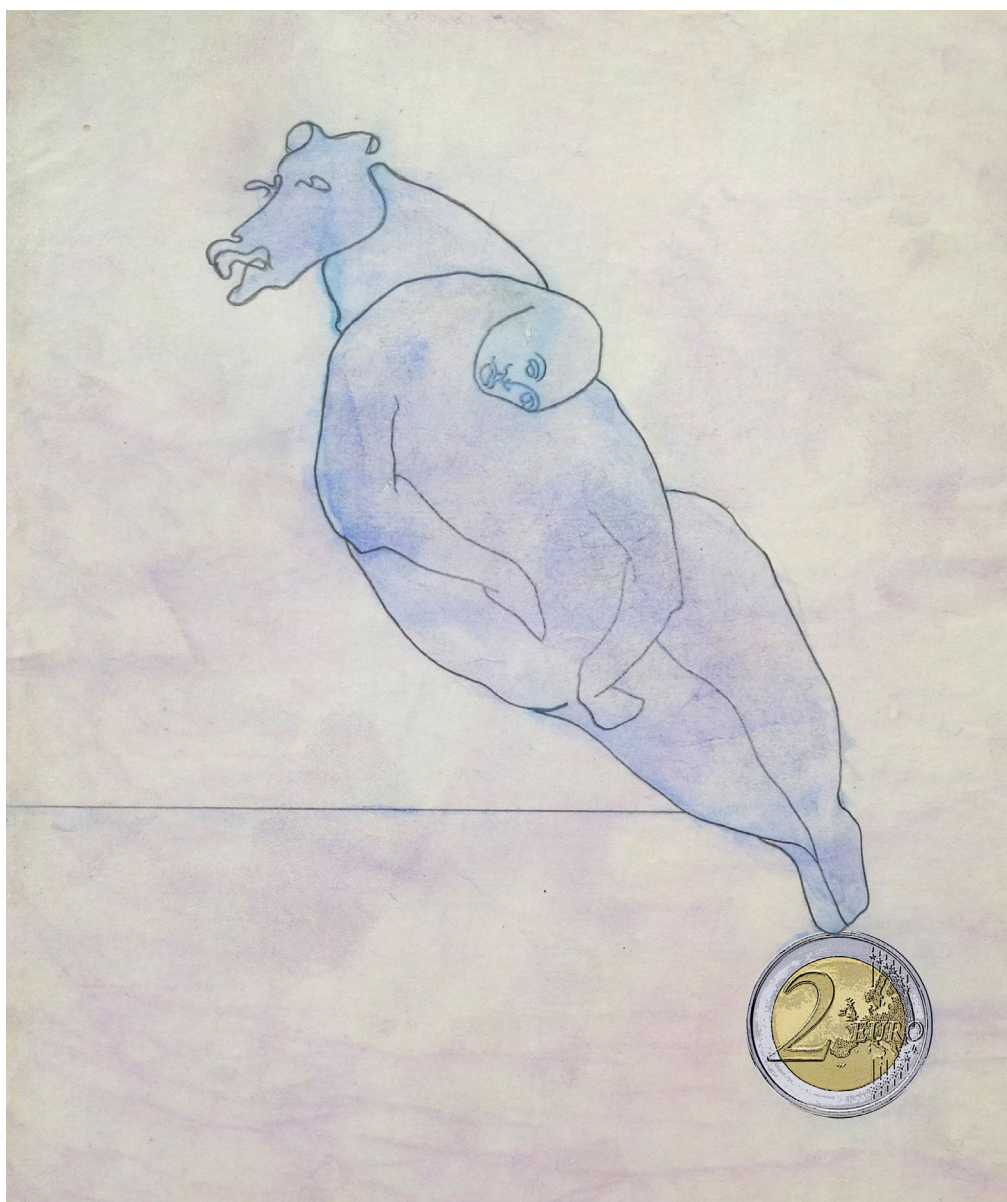
Alvaro se licenció en Historia de la Estética en el Instituto Lorenzo de Medici, en Florencia. especializado en la investigación de los gustos sociales, las modas, el diseño y los símbolos culturales. Huía de los clasicismos para adentrarse en la especulación creativa. Dicho así podrá parecer un poco ambiguo, pero es que de hecho él era así, le podía gustar todo y al mismo tiempo nada. Sus ideas podían cambiar pero no así sus principios. A pesar de esa empatía cultural que mostraba, pocos apreciaban su trabajo y las conclusiones atrevidas de su dedicación seria y profunda. Sus resultados artísticos no conseguían atraer la atención de otros profesionales, amigos y conocidos, sino que solo un pequeño grupo de entendidos, locos obsesionados como él, podían valorar su trabajo.

¡Pero, ay las circunstancias! El mundo en el que vivía empezó a cambiar. La economía equivocó sus estrategias. El trabajo, los proyectos, la alegría consumista, los créditos, las inversiones. Todo se truncó y por supuesto ello le afectó en gran medida. Nunca fue de ahorrar ni pensar en el mañana. Vivía al día, el presente, aunque sus investigaciones ya viajaban hacia el futuro. Crecían sus deudas y también el pánico o quizás sería más justo decir, la duda. Ni su familia le entendió, ni sus amigos le creyeron capaz. Ya no quería pedir ayuda, pensó que tal vez se había equivocado al escoger sus ideales. Sabía que podía atesorar riquezas si se lo proponía y vivir sin limitaciones, a cambio de renunciar para siempre a quien había llegado a ser. Tal reflexión suponía desprenderse de todo y todos los que formaban parte de su personalidad. Dejó familiares, amigos muy cercanos, pertenencias, su laboratorio y la pareja que tanto había significado para él.

Viajó a la India para instalar un taller de recuerdos turísticos. Consiguió mano de obra muy barata, pero especializada. Con todo

su saber sobre los gustos estéticos lo aprovechó para diseñar patrones *kitsch* que se vendían a millares en todo el mundo, seleccionando los más apropiados para cada país: zapatos de mujer con la torre Eiffel invertida, a modo de tacón, las pirámides de Egipto dando forma a un sujetador relleno de arena para adaptarse a los diferentes volúmenes de los pechos (aseguraba que la arena era del mismo desierto), *matrioskas* en forma de penes (el mayor se podía etiquetar con la bandera del país del turista en cuestión), la Torre de Pisa convertida en lápiz, para al escribir, aparentar la inclinación que la caracteriza. Y así una lista interminable de memeces que le hicieron millonario.

Desapareció Alvaro De Niro y nació Avaro Dinero.



FRUSTRO RESENTIDO

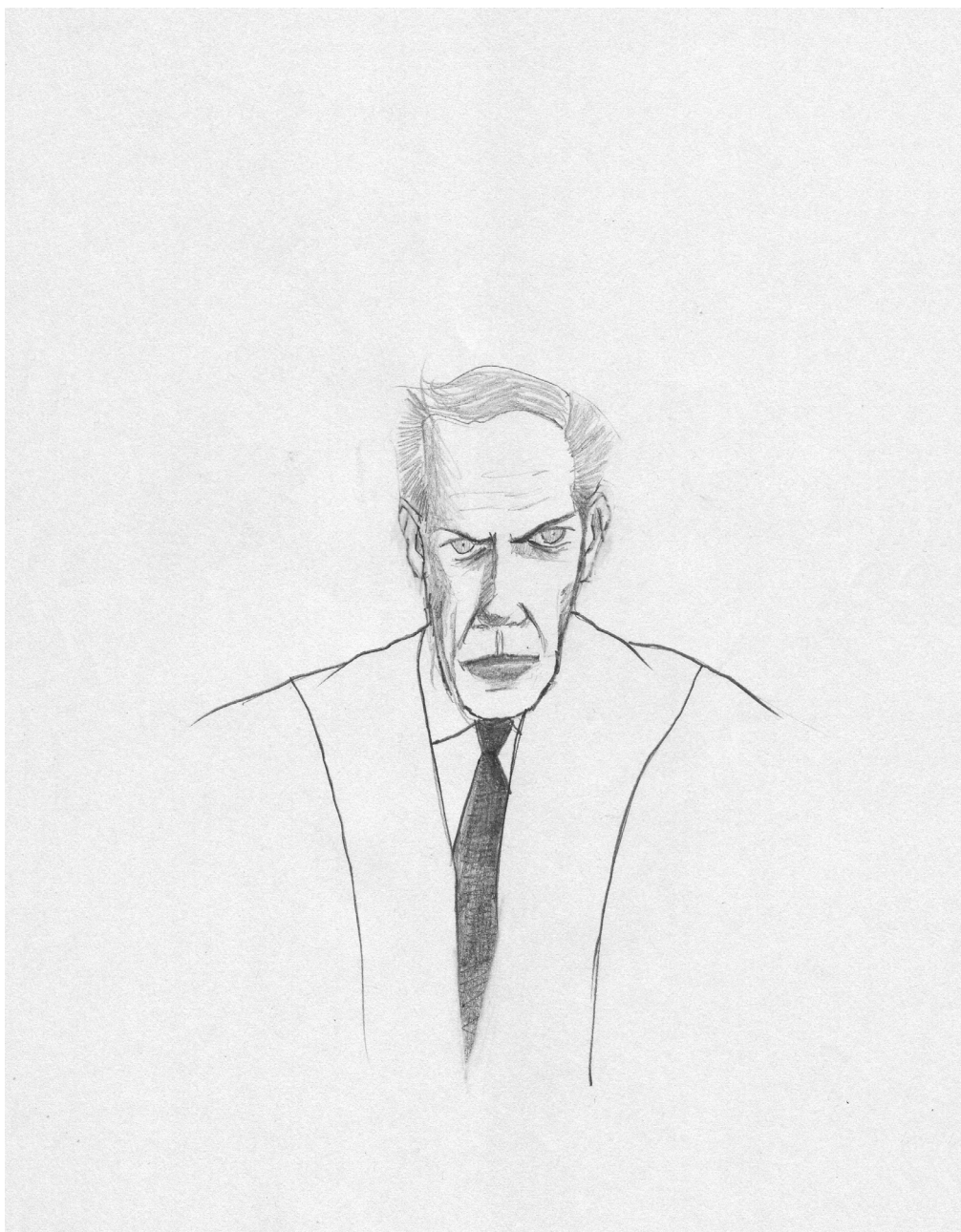
Hay personas a las que les tienes una cierta simpatía y aprecio, aunque te pongan los nervios electrizados. Nunca sabré si la naturaleza, mediante los genes, predetermina las facultades que hacen destacar a unos más que a otros y al mismo tiempo provocar repulsa.

A Frustrado Resentido lo conocí no hace mucho tiempo. Fue en una inauguración de pintura. A él le tocó actuar después de la presentación del evento a cargo de un crítico de arte, un tanto soporífera y en absoluto orientadora de la obra que se exponía. Me impresionó la presencia de Frustrado y la seguridad con la que se dirigió al público anunciando las piezas musicales que iba a cantar: un aria de Pergolesi y el «Suspiro profundo» de Andrea Sorrento. Estuvo impecable, absolutamente perfecto, quizás demasiado. Imposible corregir ningún matiz a su actuación, si dejamos a un lado el sentimiento. Me pareció como el virtuoso al que le falta el defecto que nos permite comunicarnos con él. Al terminar, los aplausos parecieron no importarle. En eso se parecía a un habilidoso prestidigitador que, a sabiendas del engaño, hace como si de magia se tratara. Me acerqué junto a una amiga que me lo presentó. Charlamos de música, por supuesto.

Lo que al principio era una fuente de información inagotable, pasó, al rato, a un creciente catálogo de críticas, reproches, desprecios y juicios de desaprobación a todo el mundo musical: desde los aficionados que hablan sin saber, hasta los intérpretes, a los que consideraba más o menos importantes según su afiliación política y compromiso social, pasando por los críticos que creen saber pero son ajenos a la honestidad profesional y por los promotores, directores de auditorios y, cómo no, los de orquesta, a los que en el fondo envidiaba. El tono de voz iba en *crescendo*, *sostenuto* y *presto*. Era evidente que en su sector no se le apreciaba, tampoco se contaba con él para las grandes actuaciones, aunque se le respetaba por sus conocimientos y argumentaciones.

Nos contaba –ya éramos un círculo importante a su alrededor– que debía dedicarse a la docencia en lugar de la interpretación por culpa de la ausencia total de sensibilidad de los dirigentes culturales.

Tenía gran parte de razón, pero su vehemencia escondía un cierto resentimiento hacia la profesión. Esa frustración tensaba cada una de sus palabras. El *cantabile* de su voz se volvió desgarrado, las disonancias se mezclaban con desafinados gritos y poco a poco sus cuerdas vocales le provocaron una disfonía considerable que lo paralizó dramáticamente. Alguien le acercó un vaso de agua mientras otro le ayudaba a sentarse. Había perdido la voz. Los dolores de garganta, que se dispersaron por el pecho y la espalda, le provocaron un malestar crónico a partir de ese día. A pesar de ser marginado por los promotores, hubiera podido seguir cantando por su propio placer, pero utilizó su voz con tanto esfuerzo para la crítica, que nunca más recuperó el canto y se quedó en un silencioso «suspiro profundo».



FUNCIO DE LA NÓMINA

Cuando uno piensa en esos ciudadanos del ejército estatal: los funcionarios públicos; creemos que son privilegiados al no temer perder su trabajo. Algunos se sentirán tan esclavos como el resto de los asalariados. Otros padecerán las críticas de los que sufren con su burocracia, pero no dejan de ser privilegiados. Yo en cambio me siento afortunado, a pesar de mi precaria situación económica. En mi caso escogí la inseguridad laboral a cambio de tener todo el tiempo libre para escribir, sin horarios fijos ni relaciones forzadas con compañeros de trabajo, ni ser subyugado por el jefe o jefa de turno y soportar sus incompetencias. Esa decisión me ha llevado a trabajos mal pagados que han ido menguando poco a poco.

Un día pude comprobar los privilegios de unos y la fortuna de otros. Funcio de la Nómina estaría en el caso de los primeros. Su nombre denota una procedencia aristocrática, o al menos de familia noble tal vez venida a menos. Nos conocimos de pequeños, éramos compañeros de clase en la escuela, iba a decir amigos, pero nunca llegamos a serlo, teníamos intereses muy diferentes. Mientras yo escribía cuentos, que luego leía a mis compañeros, él servía de ayudante a la maestra en trabajos que iban desde ordenar papeles, archivar exámenes, o hacer recados de emisario entre profesores. Incluso recibía pequeñas propinas para golosinas. Así que no dejaba de ser un privilegiado funcionario ya en sus años escolares. Aún no teníamos ocho años que cada uno ya ocupaba un lugar en la microsociedad de nuestra clase.

Un día me dejé mi libreta de cuentos en el cajón del pupitre. Funcio, que también vigilaba el contenido de los pupitres en las aulas, a veces se entretenía en fisgonear en los cajones, por seguridad, decía él, por indiscreción, diría yo. ¡Menudo cómplice de la seguridad pública! El caso es que al volver del recreo (ese día preferí jugar a fútbol que entretener a mis compañeros con una historia de terror) me puse a escribir en mi libreta mientras el resto hacía sus deberes. La señorita, bueno, la desagradable autoridad de la maestra, se acercó y tomó mi libreta, para después de una rápida ojeada, romperla. Me regañó con la sentencia: «En clase no se pierde el tiempo con esas cosas». Un par de años después cambié de colegio y perdí de vista a De la

Nómina. Así nos llamábamos entre nosotros, por nuestro apellido, eso ya dice mucho de aquella época. Hasta la adolescencia no volví a escribir «esas cosas»: narraba la fuga de unos presidiarios peligrosos vigilados celosamente por “funcionarios” de prisiones. Una metáfora de mi liberación creativa.

El mundo es un pañuelo, dicen, en él todos estamos y a veces coincidimos. Fue seguramente a consecuencia de “un estornudo del azar” que nos sacudió del lugar en el que estábamos para reencontrarnos. Debido a mi precaria situación económica me vi obligado a acudir a un centro de ocupación laboral que era donde él trabajaba.

Allí estaba yo, renunciando a mi libertad de horarios por unos ingresos fijos al mes. Aceptando que no tengo las cualidades necesarias para ganarme la vida con mis creaciones literarias. Resignado, a mi edad, a entrar en la bolsa de empleo, en el saco del miedo. ¿Quizás el hombre del saco consistía en eso? Bueno, Funcio no tiene precisamente un aspecto que infunda terror, de hecho, ya ni me acordaba de su cara, fue él quien me reconoció. Era como si estuviera esperándome desde entonces, abriéndome las puertas del infierno. Sonrió como si hubiera ganado la partida. En ese momento reaccioné. Saqué una libreta que llevo siempre conmigo y anoté la dirección digital de mi Blog literario, se la ofrecí mientras me despedía figurando que me quitaba el sombrero, sintiéndome afortunado por poseer el don de la creatividad.



ESCALÓN DE ALCOLEA (I)

Hace unos días observaba a un anciano que estaba sentado en un banco, con la mirada serena, fija en dirección frontal hacia un punto indeterminado que atravesaba caminantes, automóviles y edificios. Ignoraba qué información procesaba. Me llamó la curiosidad de tal manera que no pude resistir acercarme y me senté junto a él. Su presencia me producía cierta paz y silencio a pesar del barullo de vehículos a nuestro alrededor. Apenas se inmutó. Le miré y disculpándome por si le podía molestar le pregunté si necesitaba alguna ayuda. Se giró lentamente y mirándome con naturalidad sonrió a mi pregunta. ¿Quién de los dos necesita ayuda?, pareció responder con su silencio. Quería saber quién era, oír su voz, así que insistí.

—¿Viene a menudo a este lugar?

—Hoy es el primer día —me dijo—. Hace una semana que cuando llegaba a mi casa contaba los escalones de la escalera. El primer día me fijé en los peldaños, me sorprendió su estado envejecido y deteriorado. También reconocí el ruido que cada día escucho desde mi habitación al pisar en el rellano del segundo piso. Era una baldosa que se había desprendido del pavimento. Cuanto más subía, en peor estado se encontraban las tabicas y las zancas. Nunca antes fui consciente de ello. Al día siguiente volví a contar los escalones mientras observaba las paredes y los desconchados de la pintura. Al llegar a mi rellano su número había incrementado en cinco de los cincuenta y tres del día anterior. Creí haberme equivocado, así que el tercer día los volví a contar. La barandilla en la que me apoyaba estaba llena de polvo y en algunas partes oxidada. ¡Sesenta y tres! ¡Cinco escalones más! Pensé que de nuevo me había descontado.

Toda la escena me la contaba el viejecito sin apenas inmutarse. Yo le escuchaba con curiosidad e inquietud por el desenlace.

—El jueves —continuó—, al entrar en el portal, saqué una libreta y marqué en ella con una línea cada uno de los peldaños que subía. Al pasar por las distintas puertas de mis vecinos intentaba que sus voces, los gritos, las discusiones de los niños, la música y los anuncios en la televisión no me distrajeran de nuevo. Pero, ¡ah, amigo mío!, mi sorpresa fue mayor que en los días anteriores. Setenta y tres fueron los

escalones anotados en mi libreta, diez más que el día anterior. He de decirle que, hace una semana, el día que empecé a contar escalones, cumplía 53 años, hoy tengo el aspecto de un hombre de 73. Así que he decidido no volver a subir más por la escalera de mi casa, esa que estoy mirando fijamente desde este banco. ¿Cómo se llama, joven?

—Ricardo, ¿y usted?

—Escalón de Alcolea, para servirle.

En la casa de la calle Alcolea 49, viví 32 años.



ESCALÓN DE ALCOLEA (II)

El desayuno es importante para mí. Me tomo el tiempo necesario, sin prisas, disfrutándolo. Me ayuda a empezar bien el día. Tras la complacencia de mi estómago, me viene a la memoria la imagen de Escalón de Alcolea sentado en el banco de aquella plaza, casi en trance, mirando fijamente una respuesta sin pregunta. Con tan solo observarlo transmitía la serenidad de haber encontrado la verdad que viene en los estados de lucidez extrema, cuando ya hemos olvidado qué queríamos saber.

—Contar escalones —me decía— me ha abierto el entendimiento que tenía obstruido. Me di cuenta de que las distracciones a mi alrededor eran tantas que no me fijaba dónde pisaba.

Recordar esta frase hace rebobinar en mí situaciones que viví ayer. Fue así: Me desperté buscando una solución a diversos problemas, principalmente el económico y cómo continuar con el último cuadro en mi taller. Pensé que podía con ambos, así que empecé buscando la solución a mi cuadro creyendo que lo económico era mucho más difícil de arreglar. Estaba en ello cuando sonó el teléfono.

—Hola. Sí, sí. ¿Qué problema? ¡Ah! ¿Pero no estaba solucionado? Sí, dime. Tomo nota. ¿Cómo dices? ¡Esto no es en lo que habíamos quedado!

Y así durante trece minutos.

Seguí en mis propias soluciones mientras me vestía para bajar a la calle. Al salir, la vecina del primero llegaba con un carrito y dos grandes cajas de cartón. Me ofrecí a ayudarla. Ya en el rellano de su piso me explicó que en las cajas había pañales para su madre, muy mayor, me contó las dificultades que le suponía su cuidado debido a los dolores de cervicales que arrastraba desde hacía tiempo. Era evidente que necesitaba compartir todas sus desgracias de buena mañana. Así que allí estaba yo, esperando que me salvara la campana, la de la mesita de noche que su madre utilizaba para reclamar la presencia de su hija. El asalto duró trece minutos. Por fin fue el cartero el que me salvó. ¡Divina interrupción! Pude escaparme del servicio terapéutico que prestaba a mi vecina.

Me dirigí a la estación del Bicing. Mientras pedaleo suelo estar con mis pensamientos. Buenas ideas me han surgido de esos viajes

sobre ruedas y algún que otro susto por despistarme. Tuve suerte, quedaba una bicicleta libre. No llevaba ni cien metros recorridos y apenas dos reflexiones esbozadas, cuando una de las ruedas perdió estabilidad y mis pensamientos se desinflaron. Retrocedí andando hasta la estación más cercana para dejar la bicicleta y decidí coger un autobús. Tal vez en él podría reflexionar con más tranquilidad. En la parada había una cola de gente esperando. Bueno, debe estar a punto de llegar, pensé.

Cuando me decidía a retomar la solución estética de mi cuadro, los comentarios sobre la tardanza del autobús empezaron a distraerme. Algunos me dirigían la mirada como queriendo que participara de sus quejas.

Se me ocurrió decirles que algún incidente importante podía haber pasado para que tardaran tanto los autobuses. Hasta que pasó un señor que nos informó de que había huelga de conductores del transporte público. Las lamentaciones aumentaron, los improperios y el mal humor se contagiaban.

—¡No hay derecho, nos tratan como ganado! ¡Ni se nos avisa! ¡Qué cuesta poner un letrero para que no tengamos que perder el tiempo de esta manera! —decían.

Ingenuo de mí, ¿cómo podía explicarles que mis reflexiones podían producirse tanto en el autobús como esperando a que llegara? Dos veces trece minutos fue el tiempo que estuve allí escuchando las quejas que se llevaba el viento.

Seguiría con interminables situaciones que os aburrirían pero no os quiero desviar de la conclusión a que me llevó la crónica de ese día: concentrarnos en algo que nos interesa nos permite progresar en su entendimiento. ¿Nos lo permite la sociedad en la que vivimos?

Después de tantas interrupciones a mis reflexiones, decidí acercarme al banco donde encontré a Escalón de Alcolea, para tener unos momentos de conversación en paz.

Cuando llegué seguía con su mirada lejana, desconectado de todo el bullicio de la ciudad. Me senté a su lado creyendo que no me había visto. Pero sin mover la cabeza y manteniendo la mirada, me saludó.

—Me alegra verte de nuevo, Ricardo.

—Buenos días, señor Alcolea.

—Puedes llamarme Escalón, así te fijarás dónde pisas. Recuerda que no debes distraerte.

Le pedí que me hablara más sobre “la distracción” que tanto le ayudó a entender lo que era importante. Para él, me decía, todo es distracción, incluso las actividades más nobles. Tenía el convencimiento de que la distracción tiene entidad propia, no sólo es un sustantivo, él la considera un ente de energía que se manifiesta de forma diversa según las situaciones. Pero su finalidad siempre es la misma: apropiarse de los pensamientos de los humanos que los considera una interferencia en el equilibrio de la naturaleza, de la



propia existencia del Universo, por su capacidad para transformar y destruir, con sus ideas, imaginaciones y creaciones que van más allá de la propia realidad del individuo. La distracción versus el pensamiento, venía a decir Escalón.

Yo, que me quejaba de las distracciones del día a día, me doy cuenta de que son las que me desvían de otras distracciones en las que tanto insisto: divagar en la creación, entretenerme imaginando, divertirme construyendo, jugando con ideas...

Ahora observo el plato vacío de mi desayuno. ¿También me habrá servido de distracción para no tener pensamientos contrarios a lo que realmente hemos de perseguir? ¿O estaré delirando como Escalón de Alcolea?



LOS MÓVILES DE LUÍS Y ANA

Luis y Ana se conocieron en la universidad y tuvieron una corta relación sexual, sin más. Era lo que tocaba a su edad: estudiar, divertirse, ligar. Tener pareja podía esperar. Eran así, simples, sin prejuicios y prácticos en todos sus actos. Al terminar sus estudios, dejaron de verse. Pasaron cinco años y sintieron curiosidad por saber el uno del otro. Se citaron en un bar. Nunca hubo ningún hecho de importancia que perturbara sus conciencias, pero aquel encuentro sería diferente, las circunstancias pondrían en evidencia sus carencias.

Luis llegó primero al lugar. Esa puntualidad siempre gustó a Ana, que pocos segundos después bajaba del taxi. Le vio de espaldas y le rodeó por sorpresa con sus brazos, sin darse cuenta de que estaba entretenido con su móvil, que le cayó de las manos. Tras la sorpresa, Luis la abrazó. Se sentaron y el móvil descansó sobre la mesa. A ella le llamó la atención aquel modelo de teléfono. Ciertas sinuosidades en sus contornos lo hacían deseable al tacto. Apretó inconscientemente los muslos como sintiendo toda la potencia de ese misil de las comunicaciones.

Luis distrajo la mirada de Ana, fija en el móvil, con una pregunta de rigor:

—¿Qué es de tu vida?

—Bueno, no te lo vas a creer, pero me he casado con Ramón, ¿te acuerdas...?

En ese momento sonó el móvil de Luis. La reacción fue instantánea, ni Clint Eastwood en *El bueno, el feo y el malo* fue tan rápido desenfundando su revólver. Se lo acercó al oído tras ver el nombre que lo identificaba y dijo:

—Silvia, acababa de leer tu mensaje cuando ha llegado una amiga, pensaba llamarte luego.

Tras las primeras palabras de Luis, Silvia le contestó con un largo monólogo olvidando por completo a la amiga que esperaba seguir la conversación con él. Mientras, Luis dirigía atentamente su mirada hacia el móvil que sujetaba Ana, entretenida en teclear. A él le pareció gigante debido a las pequeñas manos de ella. Cuando por fin Silvia decidió despedirse, él se disculpó por la interrupción y luego le dijo:

—Es el primer modelo del nuevo iPhone que veo.

—Precisamente es un regalo de Ramón —respondió ella—, es muy detallista, ¿recuerdas el día...?

Sin poder terminar la frase sus dedos interrumpieron una melodía digital que sonaba desde el iPhone.

—¿Sí? —respondió ella—. Aún no tengo respuesta de la oferta a Gestiones Finam. Marcos te dará los últimos informes que redactamos ayer, de momento tenemos la financiación aprobada por Digital Intercom.

Mientras Luis escuchaba con cierta indiscreción, su teléfono sonó de nuevo. Allí estaban, dos amigos de la universidad impacientes por reencontrarse teniendo conversaciones a distancia con otros ajenos a su encuentro.

Sería muy aburrido seguir con las diversas llamadas que ambos atendieron durante todo ese tiempo. Ni siquiera cuando vino el camarero separaron el teléfono de sus orejas. Se limitaron a indicar con el dedo sobre la carta la bebida que deseaban. Solo algunas miradas de disculpa pueden interpretarse como los pocos signos de comunicación que intercambiaron a lo largo de cuarenta y cinco minutos.

Fue entonces cuando un interlocutor de Luis le llamó para informarle de que Linda Bush, presidenta de los EE.UU., había lanzado un ataque masivo contra Irán, guerra que nunca pudo llevar a cabo su abuelo a pesar de reiterados intentos.

En el mismo momento que Luis dirigió la mirada hacia su amiga para anunciarle la gran noticia, ella apretó con sus manos el móvil, para comunicarle lo que él ya sabía. Ambos continuaron atentos a sus móviles para conocer los detalles del ataque. Sus miradas giraron hacia el resto de los clientes del bar. Todos tenían los teléfonos en las manos y por sus caras de sorpresa parecían leer la misma noticia.

De repente, empezaron a manipular sus *smartphone* intentando recuperar la comunicación. La pantalla del televisor en el bar también se apagó. Las sirenas de los bomberos rompieron el silencio que provocó aquella incidencia. Inmediatamente llegó la policía y los obligó a salir del bar. Al parecer, aviones de caza no identificados sobrevolaban la ciudad. Luis y Ana fueron de los primeros en salir del local. En la calle, la gente corría en todas direcciones, tropezando unos con otros. Los empujones los separaron, mientras los servicios de seguridad dirigían como podían las avalanchas. Ella fue llevada por un agente hasta las escaleras del metro y a él lo subieron a uno de los autobuses preparados para evacuaciones de emergencia que lo alejaba de su amiga. Intentó llamarla con el móvil cuando alguien

le advirtió de que los iraníes acababan de destruir los satélites de comunicación. Quedó abatido, no sabía dónde se encontraba Ana ni cómo estaría. De hecho, no sabía nada de ella desde hacía cinco años y tal vez había perdido su oportunidad.

Mientras el autobús se dirigía a las afueras de la ciudad, Luis se quedó pensativo con la mirada fija en el móvil, intentando recordar algo de aquel Ramón que se había casado con Ana.



BIENVENIDO HAMBA GHALE

A mis cincuenta y cuatro años tengo que decir que no he viajado mucho y esa falta de mundología me aleja de las experiencias para entender mejor al ser humano. Ser experto viajero de la vida te deja la huella de su sentido. Lo comprobé en uno de mis viajes.

Fue en Sudáfrica, cerca de Durban, a donde fui con una de mis mejores amigas, Anet. Ella nació allí, en el seno de una familia de ascendencia inglesa. Su primo tenía como cocinera a Mercy que apreciaba mucho a mi amiga. Por eso nos invitó a pasar un par de días con su familia en un poblado del municipio de Inanda, donde los únicos blancos éramos mi amiga y yo. Nos reservaron una gran estancia para nosotros solos. Era una choza circular, con el techo de paja y hierbas secas. Una cama, dos sillas y una mesita eran lo único que le daba el aspecto de una habitación. El retrete, situado en el exterior, lo compartían unas cuantas familias. Consistía en una cabina que escondía un pozo con cal en su interior. Los familiares de Mercy nos obsequiaron con una comida llena de especias, sin llegar a ser muy picantes, más bien aromáticas, como sus conversaciones.

Uno se da cuenta que los seres humanos tenemos una facilidad de adaptación considerable, pues, aún con pocos recursos –como era el caso de Mercy–, sabemos crear momentos festivos que nos unen. En aquella cena nos mostraron todo su afecto. Una vez avanzada la sobremesa, los familiares y sus amigos empezaron a despedirse. Quedó un reducido círculo de tertulianos y el más viejo del grupo nos contó su largo historial de accidentes, siempre al límite de la muerte. Era un personaje especial, un incansable caminante que endureció su piel como la corteza de un árbol, donde se escondían los círculos concéntricos de una sabiduría que, con el paso del tiempo, había crecido en su interior. Siempre alimentándose de raíces profundas, tan extensas, que llegaban al límite de un núcleo lleno de fuego.

Nos decía que ya en el útero de su madre sufrió el primer peligro de su vida al volcar el autobús en el que ella viajaba. Creyeron que habría perdido al hijo. La cuidaron día y noche. El parto, aunque difícil por la resistencia del bebé a salir, no tuvo mayores consecuencias. Le llamaron Bienvenido, traducido del Zulú, *Hamba Ghale*.

Bienvenido creció con mucha energía. Su curiosidad le llevó a extremos increíbles de temeridad, como intentar acariciar a unas crías de leona un día que se escapó de la vigilancia de sus padres. La madre leona se lanzó sobre el pequeño Hamba Ghale y la madre, “no hay más que una”, sobre la bestia. Pronto llegaron el resto de los familiares que lograron ahuyentar al animal. Bienvenido tenía unas profundas marcas de colmillo y sangraba con abundancia. Su madre presentaba heridas más graves y murió en pocas horas. Él sobrevivió gracias a la valentía de ella que le dio una segunda oportunidad. Mientras nos contaba su relato, los que allí estaban asentían con un fugaz canto de lamentación al final de cada secuencia: ¡*Hamba Ghale!*

Siguió narrando cómo se escapó de nuevo de su entorno custodio. Tenía catorce años y su afán de aventura y riesgo no cesaba, a pesar de recibir más de una advertencia sobre la peligrosidad de perder la vida por la imprudencia en vivirla. Tal vez eso era lo que le atraía. Pero había algo en él que le protegía de cualquier final que no fuera la noche y el dormir, único instante en el que parecía aceptar una tregua al duelo constante en el que vivía. Él, sin armas, más bien sobrevivía porque los otros fallaban su puntería.

Subió a un tren, quizá para aumentar la velocidad de su propia existencia o para llegar antes a su destino, que es el de todos, morir. El tren descarriló. ¡Cómo no! Entre los amasijos de hierro y madera sobresalía una cabeza que aún respiraba. Bienvenido estaba atrapado entre la vida y la muerte, entre aquellos retorcidos materiales férricos y su aliento vital. Estuvo varios meses en el hospital recuperándose de importantes traumatismos. Hasta que finalmente volvió a lidiar con los obstáculos de la vida. ¡*Hamba Ghale!*

Al cabo de un tiempo empezó a trabajar en la extracción de diamantes, no por su cuenta, claro, si no para la empresa Petra Diamonds Ltd. Las condiciones eran muy duras y un día decidió aumentarse el sueldo llevándose una pequeña *piedrecilla* como portador infiltrado de un grupo organizado de ladrones. Lo descubrieron, y en su huida lo persiguieron hasta unos terrenos cercanos a un parque nacional donde vivían animales salvajes en cautiverio. Se introdujo en esa zona de alto riesgo en un intento

desesperado de escapar. Bienvenido se escondió entre la maleza, intentando ocultarse de sus perseguidores y de los depredadores que merodeaban por allí. Cuando creyó que había despistado a los agentes, se arriesgó a salir de su escondite, prefiriendo una muerte salvaje a otra “humana”. De repente, apareció un grupo de rinocerontes blancos, que al verlo, creyeron que sería una amenaza para las crías que llevaban y uno de ellos se lanzó sobre él. Bienvenido no pudo escapar de ese punto de mira prominente del que esos animales hacen ostentación y quedó inconsciente por el impacto. Mientras el animal emprendía la carrera para rematarlo, el ruido de las hélices de un helicóptero le hicieron retroceder en busca de su cría. Bienvenido pudo ser rescatado y detenido al mismo tiempo, aunque no sabían si salvarían su vida. Nuevamente el hospital fue su hogar, del que salió reconstruido para ingresar en la cárcel. *¡Hamba Gahle!*

96 | Le llevaron a la prisión de Robbend Island y allí conoció a Nelson Mandela. Llegados a este punto, mi amiga Anet y yo nos miramos asombrados, pues hacía sólo dos años que Mandela se había convertido en el primer presidente de raza negra de la República de Sudáfrica. Al parecer, según nos contó Bienvenido, la amistad que nació entre ellos fue creciendo a medida que Mandela conocía los detalles de su vida. Le impresionó aquel maltrecho joven, su valentía y arrojo vital hacia la aventura y, por supuesto, la milagrosa capacidad para sobrevivir a tantas situaciones cercanas a la muerte. Bienvenido conoció de primera mano los ideales del hombre que cambió la situación de *apartheid* que vivía su país. Se interesó vivamente y le prometió luchar por esos mismos ideales al salir de la prisión. Fueron dos años de reflexión durante los cuales decidió entregar su vida, esta vez por una causa digna. El día que salía de Robbend Island se fundió en un largo abrazo con aquel hombre que le sirvió de guía para dirigir ese impulso incontrolable que nacía de su interior. *¡Hamba Gahle!*

Se afilió al Congreso Nacional Africano (ANC) y siempre estaba en primera línea de las manifestaciones, que eran reprimidas con disparos aleatorios. Nos mostró algunas cicatrices de heridas de bala, una cercana al corazón. Su posición se volvió más radical y

llegó a formar parte del Umkhonto we Sizwe, “Lanza de la Nación”, el brazo armado del ANC. Viajó a Argelia para recibir entrenamiento en la lucha de guerrillas. Al volver a su país, el avión en el que iba se estrelló al intentar un aterrizaje forzoso. Viajaban cuarenta y cinco guerrilleros más los dos pilotos. Murieron todos excepto él. Estuvo internado más de un año con quemaduras y graves lesiones en el hospital de turno, al que él llamaba: segundo útero materno. Pensó que por más que quisiera dejar este mundo una fuerza misteriosa siempre lo salvaría. Cuando se recuperó ya no estaba en condiciones para intervenir en guerrillas. Dejó la lucha armada y a partir de aquel momento dedicó su vida a salvar a otros suicidas más normales, como los que se cuelgan de los árboles o se lanzan desde los acantilados, seres que en el fondo reconocen imposible su deseo de existir.

Los médicos le dijeron que ese impulso que le hacía perseguir el peligro se debía a la mutación de algún gen, como el que siente la necesidad de escalar montañas casi inaccesibles, de investigar con productos químicos peligrosos, de conseguir récords imposibles en el deporte o viajar en condiciones extremas.

Hoy, recordando aquella noche, me siento resignado a ser lo que mis genes me ordenan: viajar a través de la creación, contando historias como estas que nacen de una necesidad profunda y sanadora.
¡Hamba Gahle !



EL MUNDO DEL DOCTOR ADVENTO

Con el paso del tiempo la memoria del ser humano va reteniendo lentamente las cosas, en contraste con la rapidez con que las absorbemos de pequeños. Aún así, en la niñez se nos borran situaciones de gran importancia y mucho más tarde aparecen de nuevo, como proyectadas ante nuestros ojos adultos y autorizadas a nuestro entendimiento.

Eso es lo que me ocurrió hace unos días. Hasta ahora no me he atrevido a contarlo por lo fantasioso que pueda parecer. Yo mismo me considero desconfiado de las historias que se cuentan respecto a los hechos pasados que se avanzan al futuro. Y de eso se trata, la visión de un mundo aún por aparecer a través de las imágenes del laboratorio del doctor Advento y que ahora vienen a mi recuerdo.

Os cuento: Fui un niño bastante inconsciente. Corría creyendo que el mundo estaba vacío de obstáculos que sortear. Mi cabeza tiene algunas cicatrices de esos obstáculos; podría ser el mismísimo Hamba Gahle, personaje sudafricano de ficción que siempre estaba al borde de la muerte.

Según me contó mi tía, un día me llevó a un parque de atracciones, que es como entendemos de pequeños el mundo y, en una de mis aceleradas acciones, pasé corriendo delante de una barca que se columpiaba. Yo, que pisaba en tierra firme, vi volar una barca extraviada del mar que dirigía la proa hacia mi frágil cabeza. El impacto debió de ser brutal, pues perdí el conocimiento y el recuerdo de todo lo que ocurrió después. Sabía, a través de mi tía, que un hombre mayor con acento extranjero se acercó para curarme. Hasta ahí los hechos que ya conocía, lo que viene ahora es la continuación que mi memoria ha recuperado.

Para situaros geográficamente os diré que el parque de atracciones está en la montaña del Tibidabo, en la parte noroeste de Barcelona. Era un lugar al que íbamos a menudo con mis padres y mi hermana por la proximidad de dónde vivíamos. La urbanización de la montaña se debe al impulso del filántropo farmacéutico doctor Salvador Andreu Grau, así como la construcción del parque de atracciones inaugurado en 1899, aunque su nombre es mucho más conocido por las famosas pastillas para la tos del “Doctor Andreu”.

Es necesario hacer un breve recorrido por la historia del doctor



Andreu, pues como hilo de Ariadna nos conducirá de regreso al inicio de mi recuerdo.

Salvador Andreu vivió en el siglo de los grandes descubrimientos, era un hombre de su época, inventor y empresario, que consolidó una gran fortuna gracias a la tos. Hoy en día las industrias farmacéuticas se enriquecen con la gripe que es una evolución de los síntomas de la tos.

Pues bien, los laboratorios del doctor Andreu están ubicados en la ladera del Tibidabo, cerca del parque de atracciones donde tuve aquel terrible accidente. Yo tendría unos cuatro años cuando ocurrió. Fue en 1959, año en el que los laboratorios ANDREU crearon la asociación de vitaminas B1, B6 y B12 (BETRIIPLE). De esas vitaminas estaría yo bien saciado por la energía que derrochaba.

Y en ese punto retomo el hilo cual Teseo en el laberinto.

100 | El hombre mayor con acento extranjero que me auxilió, trabajaba en aquellos laboratorios y decidió tomarse una pausa en su trabajo de investigación para pasear por el parque. Al verme en el suelo inconsciente y sangrando se acercó para tomarme en brazos y me llevó hasta el edificio del doctor Andreu. Mi tía le acompañó aterrada y sollozando.

Hoy recuerdo aquellos momentos que se nublaron entonces. Veo con claridad una sala enorme y muy luminosa. En ella, unos cubos de cristal que servían de laboratorio, ocupados cada uno de ellos por cuatro individuos uniformados con ajustados trajes de buzo. También tenían aparatos parecidos a los equipos electrónicos actuales y maquinaria con brazos articulados robotizados, así como pantallas del grosor de una lámina de acetato donde aparecían imágenes y gráficos como si fueran los resultados de un escáner. Estoy oyendo la música que sonaba en aquel espacio acristalado, luminoso y aséptico, eran los *Ricercare* de la Ofrenda Musical de J. S. Bach que tanto he escuchado después.

En ese entorno exento de alma humana (a excepción de la música), donde la arquitectura se mostraba con tanta tecnología y sofisticación, los ojos de un niño medio inconsciente, asustado y herido, no podían entender aquel espacio si no como una atracción más del parque donde había ido a jugar. Ahora sé que aquellos científicos

estaban creando la moneda del futuro. Ni el oro podía ya competir con las fórmulas magistrales que con el tiempo se convertirían en el Tamiflu que produciría Hoffman-La Roche, laboratorios que en 1978 adquirieron la marca del doctor Andreu.

El doctor Advento, que así se llamaba mi sanador, me acomodó en un cilindro parecido a un escáner que emitía ondas cicatrizantes y regenerativas y sonidos parecidos al zumbido de las abejas que me producían una sensación de placer y confort. Aquel aparato apareció públicamente en 1963, cuatro años más tarde, aunque su inventor, Rudolf Hell, era en realidad el doctor Advento y sus aplicaciones no tenían nada que ver con las que se utilizaron conmigo.

El secretismo de aquella industria es un misterio para mí, pero ahora ya nunca olvidaré aquellas imágenes de una tecnología que se avanzaba al futuro. Advento me acompañó hasta donde me esperaba mi tía con estas palabras: «El mundo futuro será de los tecnócratas». No tenía sentido una advertencia de esas características a un niño de cuatro años, pero él sabía que en el futuro la recordaría. Era el año que en España influyentes personajes llevaban las riendas de lo que se llamó el Desarrollismo o plan de Estabilización.

Advento tenía razón.



EL ASESINATO
DE Mr.  LOG

EL ASESINATO DE Mr. BLOG

El comisario se reúne con los sospechosos en un interrogatorio *online*. Uno de ellos, o en complicidad con alguno más, puede ser el asesino de Mr. Blog.

—Soy el comisario Esco, mis saludos a todos los presentes. Los nombraré pidiéndoles que amplíen su identidad, quisiera complementar algunos datos que ya tengo sobre ustedes y que me confirmen que su conexión a Internet funciona correctamente ¿Mon Ra River?

—Le escucho y veo bien, señor. Soy monje budista, imparto clases de relajación urbana.

—¿Quiere decir que alivia el estrés de la gente en la ciudad?

—Si quiere llamarlo así... Aunque mi método no disminuye la tensión, sino que la evita.

—Bien, quizá nos sea útil su método en esta reunión, pues el caso que nos ocupa puede crear mucha tensión en algunos de los presentes. ¿Mar-él Bird?

—Le escucho, comisario...

—Curioso nombre, ¿señor, señora?

—Mujer. Para aclarar su curiosidad le diré que mi madre era árabe y mi padre norteamericano. Fue ella quien escogió mi nombre. Recientemente he descubierto que pertenecía a una amante que tuvo. Soy escritora.

—Término muy amplio para definirse —apunta el comisario—. ¿No quiere especificar más?

—Soy lesbiana, ¿es suficiente definición? —le dice con ironía.

—Puede serme útil para atar «cabos sueltos», en mi pueblo así se les llama a los amantes del mismo sexo —contesta el comisario, ralentizando sus palabras—. ¿Se encuentra en la reunión Stal-keél?

—Aquí estoy —responde una voz grave y firme—. Le aseguro señor Esco que tengo una enorme curiosidad para ver cómo hilvanará esa madeja cual plato de espaguetis, además de «atar cabos sueltos», por supuesto.

—Señor Stal-keél, las ironías las aceptaré después de su presentación, si no tiene inconveniente.

—Ninguno en absoluto. Soy aprendiz de búfalo.

—¿Cómo?! —exclama el comisario—. Bien, bien, no hace falta que me conteste, sé de su finura con las palabras. Sabrá usted que el búfalo es un animal cordial y paciente, pero corre el peligro de

ser considerado algo excéntrico. Un animal tranquilo hasta que se enfada, entonces demuestra su agresividad interior. ¿Es ese su caso señor, Stal-keél?

—Es una certeza insinuada poderosamente, señor Esco—le responde—, pero le recuerdo que solo soy un aprendiz.

—Pues yo llevo muchos años en este oficio y le aseguro que durante mi experiencia me he encontrado con todo tipo de animales, asesinos salvajes que demostraban cierta tranquilidad ante los interrogatorios con total frialdad. Luego le pondré a prueba con ciertos datos que le incriminan en el asesinato de Mr. Blog, señor Stal-keél. El siguiente de mi lista creo que demostrará mucha más pasión que usted. ¿Susan de Palma?

—Vaya, no me gusta que me dejen la última comisario —responde con impaciencia.

—¿Qué le hace pensar que es usted la última?

Ella se lleva el cigarrillo a los labios esperando encontrar una respuesta adecuada.

—Quizá me he apresurado, entonces me halaga no ser la última.

—Yo diría que todo empieza por usted —contesta el comisario—. Pero antes quisiera saber cómo se definiría.

—Soy periodista. Indago información que descubra las falsedades de este mundo.

—Muy loable actitud, señorita de Palma. ¿Me ayudará a descubrir las que aquí se digan?

—Ese es su trabajo, comisario, no el mío.

—Vaya, veo que es buena defensora de sus amigos. ¿Pero acaso no lo era Mr. Blog?

Una vez más el cigarrillo ayuda a Susan a pensar en la respuesta y le dice:

—Así lo creí.

—¿Y qué le hizo cambiar de opinión? ¿Podría ser más explícita?

—Tuvimos una relación sentimental de la que salí dolida y decepcionada. De su entrega inicial fue alejándose progresivamente. Ese cambio fue el que hizo disminuir mi afecto y amistad hacia él.

—¿Fue ese el único motivo? ¿Conocía usted la relación que mantenía Mr. Blog con una de sus mejores amigas?

—¿Relación? ¿Qué tipo de relación? ¿Qué amiga? —exclama Susan.

Hay un silencio incómodo aunque intencionado por parte de Esco.

—¿Comisario? —pregunta Susan.

—Tendremos tiempo de conocer los detalles y a otros implicados en este asunto, señorita. Según mis datos —continúa el comisario—, trabajan todos en el mismo lugar en que se encontró el cuerpo de Mr. Blog el 26 de octubre. ¿Podrían decirme dónde se encontraba cada uno de ustedes el día 25 entre las 19 y 20 horas, tiempo en el que la autopsia certifica su muerte?

—Como sabrá, señor comisario —se apresura Mon Ra River—, mi tarea es seleccionar el material con el que fabricamos las letras...

—Un momento —interfiere Esco— ¿alguien podría explicarme a qué se dedica la empresa concretamente?

—Yo misma —dice Susan—. Somos un grupo de emprendedores con formaciones diversas. Hace cinco años nos juntamos para crear un proyecto innovador. La empresa produce letras para rotular aforismos que aparecen en las calles de nuestra ciudad. Mi trabajo consiste en decidir qué aforismos ofrecemos, es el primero de la cadena de producción. Los realizamos con diferentes materiales que, como ha dicho Mon Ra, se encarga de seleccionar.

—Un taller de letras muy especial —dice el comisario—. Pero prosiga, señor Mon Ra River. ¿Podría informarme qué hacía y dónde se encontraba el día y la hora que nos ocupa?

—Como le decía, señor comisario, yo selecciono el material y a esa hora, una vez hemos terminado la producción del día, ordeno y clasifico el material que me llega. En nuestro centro de datos queda reflejado cada minuto de las operaciones que hacemos, ello le demostrará que estaba ocupado cuando alguien lo asesinó.

—¿Asesinó o asesinaron? —pregunta el comisario, desconfiado—. ¿Tan seguro está que fue uno solo? El cuerpo de Mr. Blog lo encontró la mujer de la limpieza a la mañana siguiente. Tenía fuertes golpes en la cabeza y contusiones por todo el cuerpo, de tal magnitud, que parece improbable la acción individual. En el cuerpo de Mr. Blog hemos encontrado restos de los materiales que usted, señor Mon Ra River, selecciona en la producción de las letras, ¿tiene algo más que añadir?

Mon Ra olvida por unos momentos sus técnicas antiestrés, mostrándose impaciente y presuroso en contestar al comisario.

—Yo no soy responsable de la muerte de Mr. Blog. Todos tenemos contacto con los materiales con los que fabricamos las letras. Además, ¿por qué habría que desear su muerte?

El comisario, tras un corto silencio interrumpido por el tecleo de sus dedos, les envía, vía correo electrónico, un texto en el que Mon Ra decía odiar a los “tibios”, refiriéndose a una autodefinición del propio Mr. Blog, en la que describía su templanza como una “alma tibia”. En ese momento Susan de Palma explota colérica en defensa de su compañero.

—No me puedo creer que un comentario irónico pueda considerarse motivo de acusación. Mon Ra siempre se muestra respetuoso con nosotros. Es incapaz de desear mal a ninguno ni a nadie en este mundo.

—Señorita Susan —le dice Esco—, ya no puedo dudar de su determinante defensa hacia sus amigos. ¿Sabría hacerlo por usted misma? ¿Dónde se encontraba y qué hacía mientras Mr. Blog se despedía para siempre de su taller?

Nuevamente el silencio se hace notar. Con la voz afectada por la emoción, Susan responde a la pregunta del comisario.

—Disculpe, los recuerdos me Bien, a esas horas mi trabajo ya ha finalizado. He revisado todas las frases, sus posibles errores, he rechazado las que no servirán y doy por terminada la producción en cadena. Luego se envían a una sala donde se empaquetan.

En ese momento, Mar-él Bird la interrumpe.

—Querida Susu, quiero que sepas una cosa. Mr. Blog me propuso diseñar unas letras comestibles que pudieran acompañar a sopas y caldos caseros, donde los aforismos aparecieran flotando en los platos de los niños para concienciarlos de las cosas más importantes de este mundo. En aquel momento, me pareció que su idea banalizaba nuestra producción, así que, como responsable del diseño y edición de letras, le dije que no me parecía oportuna. Creo que eso le afectó muchísimo. Me pidió que os lo comentara, pero no lo hice. Creyó que le ignorabais al no recibir vuestra opinión. Quizá eso le alejó en cierta manera de ti y también de nosotros. Señor Esco, ¿no cree que está usted en el camino equivocado? ¿Que debería indagar fuera del mismo taller? ¿Qué motivos podríamos tener para querer asesinar a Mr. Blog?

—Señorita Mar-él, las preguntas las hago yo, le ruego que se calme. Ahora le toca a usted decirme qué coartada tiene para que descarte su participación en el suceso.

—Es usted abominable —le responde dolida Mar-él Bird—. No tiene

ni un mínimo de consideración hacia nuestros sentimientos. Si usted fuese una letra, sería un modelo del que huir para todos los que diseñamos con corazón.

—¡Basta ya! —grita Stal-keél—, dejemos esta farsa. Les voy a contar lo que sucedió.

—Espléndido —dice el comisario, orgulloso—, ahí quería llegar. Usted tiene la clave de mis sospechas. Por lo que sé, su trabajo en el taller consiste en el lijado y pulido de las letras. ¿Podrá ahora desbatar de lo ocurrido aquellos hechos que nos confunden, para hacer relucir la verdad de lo que pasó?

—Por supuesto, comisario —le responde con seriedad—. Mr. Blog apareció en la empresa no hace mucho tiempo, como nuevo director de producción. Le veía a menudo presenciando cómo se empaquetaban las letras que caían de cierta altura directas a las cajas. Ese día no se mantuvo a la distancia adecuada. Ignoro si por descuido o por voluntad propia. El hecho es que era tanta su obsesión de control, que todas cayeron sobre él dejándole mal herido. Se alejó tambaleando y le perdí de vista. Nunca imaginé que aquella temeridad le produjera la muerte. ¿Somos culpables de producir las letras que causaron su muerte, señor Esco?

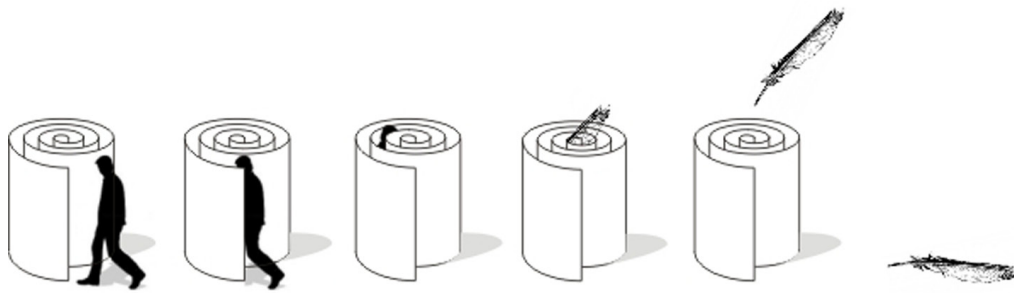
—Lo que sé —contesta el comisario—, es que es muy peligroso acercarse con pasión a las letras que ustedes hacen. Nunca sabremos si fue un suicidio o una temeridad. Lo que sí podemos certificar es una muerte violenta, causada por la tecnología y la inconsciencia humana. Supe desde un principio de la inocencia de todos ustedes, pero quería conocer su nivel de implicación en el desenlace y provocar la autocrítica en ustedes mismos. Gracias por su presencia. Les dejo para que sigan creando letras de aforismos urbanos. Por cierto, ¿tienen alguno especial para este suceso? Yo sí: «*En esta vida algunos hombres nacen mediocres, otros logran mediocridad y a otros la mediocridad les cae encima*», de Joseph Heller.

LA ESPIRAL

«**T**eléfonos inteligentes, televisores inteligentes; los aparatos electrónicos están quitando el espacio pensante a los seres humanos». Ese pensamiento daba vueltas en el cerebro de Roberto, como si el suyo fuera superior al tecnológico, pero no se daba cuenta de que su reflexión permanecía encerrada en los pliegues de un músculo cada vez más atrofiado. Su supuesta salvación era entregarse al servicio que le ofrecía la nueva tecnología llamada: No Pensante. Pero no olvidemos que detrás de esas máquinas hay seres humanos que las piensan. Detrás de la opresión, la esclavitud social, hay seres humanos que las organizan. Roberto no se daba cuenta de que hay una lucha entre los humanos mayor que entre los animales, pues estos últimos no persisten más allá de unas simples necesidades. El hombre imagina necesidades que compiten con las imaginadas por otros.

108 | Roberto, abatido y desilusionado, decidió formar parte de una nueva tecnología llamada «Habitáculo Cuántico», en la que la ciencia había estado trabajando al finalizar la tercera guerra mundial. Ya se disponían de centenares de miles de ellos colocados en las calles de las ciudades. De forma tubular, medían unos seis metros de diámetro y dos de altura. Durante el día no los veías, era a la noche cuando emergían del suelo urbano y las gentes bajaban de sus casas para introducirse en ellos. Su interior tenía un recorrido en espiral y a medida que ibas entrando un escáner te despojaba de parte de tus pensamientos, aquellos considerados peligrosos o dañinos para tu estabilidad social. Al final de la espiral el cuerpo había sufrido tal mutación y levedad que te permitía salir por la parte superior del aparato como si fueras tan liviano como una pluma. Luego caías suavemente sobre el asfalto y nuevamente te reincorporabas a tu camino de vuelta a casa.

Así, Roberto podía conciliar el sueño, sin pensamientos, sin preocupaciones, sin dormir. «Enterrado» sería la expresión más adecuada, pues en la muerte de las ideas no existe ningún despertar.



EL MÉTODO SUICIDA

Me han pedido que recomiende un método de suicidio en el que no se sienta dolor. El que voy a proponer suele ser eficaz, con la ventaja de que mientras lo ponemos en práctica se sigue aprovechando aquellos momentos en los que aún vale la pena vivir.

Empezaremos el día levantándonos mucho antes de lo que nos gustaría para llegar pronto a un lugar que odiamos. Rodeados de zombis que ya practican el sistema de suicidio más común y al que ahora hacemos referencia, tendremos en quien orientarnos. De ellos aprenderemos el método, quizás con la esperanza de acortar la duración de nuestro intento.

Una vez preparados para mostrarnos en sociedad —limpios y aseados, bien vestidos, en definitiva: amortajados— podemos tomar el medio de transporte más adecuado para sentir intensamente y reafirmar nuestro impulso mortal en dejar de ser.

110 | El transporte público es el que mayor aglomeración de zombis nos ofrece. Abunda en expresiones faciales de amargura, tristeza, resignación y demás máscaras del drama humano del que queremos huir. Será el más apropiado para aumentar nuestro desasosiego, evitando cualquier señal de arrepentimiento.

Nos habremos despedido de nuestra pareja como si ya no nos volviéramos a ver más, que tomará otro medio de transporte, como el coche, quizás porque su lugar de trabajo está en las afueras de la localidad. Es muy recomendable disponer de un coche para permanecer largas horas en caravana a la entrada o salida de las ciudades, nos reafirma en nuestra intención de suicidarnos.

Aconsejamos tener una pareja inapropiada, con la que discutir habitualmente y a la que podamos culpabilizar de todas nuestras frustraciones. Ese ser antagónico que un día creímos que nos haría olvidar nuestras intenciones más radicales de la existencia: no existir.

Habremos de evitar tener hijos, pues pueden traer motivos de alegría y distraernos de nuestras más profundas convicciones nihilistas. Tampoco muy buenos amigos a los que envidiemos por su entusiasta alegría de vivir, a no ser que abandonemos nuestra intención suicida y queramos tener el confort de un hombre amable y cariñoso. Pero

esos adjetivos, que ya hemos olvidado por ser inexistentes en nuestro ámbito laboral, pertenecen a otros sectores de la sociedad en los que el porcentaje de suicidios es nulo. El nuestro es un ámbito hostil, propicio para ver las lentas desapariciones de cualquier vestigio humano. Sólo uno se mantiene, ese al que queremos acceder cada mañana amortajados hacia la incineración del alma. Porque el suicidio es una señal de la humanidad insatisfecha.

Una vez llegados a nuestro destino diario, aumentaremos nuestro deseo de dejarlo todo al observar los comportamientos de nuestros congéneres los zombis, en los que apreciaremos las ingestas de venenos y narcóticos, sean en forma de cuchicheo, envidias, rencillas o las crónicas de los programas televisivos de la noche anterior, el partido de fútbol u otros mensajes estimuladores de la idiotez innata del ser humano, que al no pensar, deja de existir –como nos recordaba Shakespeare.

Imitaremos al máximo los comportamientos de nuestros maestros, algunos con una larga trayectoria laboral, incluso agradeceremos el ver cómo nuestros sueldos van retrocediendo para dejar paso al Bartleby resignado que hay en el suicida. De todo ello saldremos reforzados, convencidos, directos al cadalso que perseguíamos.

Y si llegamos a la jubilación, se nos recompensará con una pensión por el esfuerzo a la perseverancia en el suicidio constante. Pero mientras eso no suceda, seguiremos con nuestro método de la gota china. De vuelta a casa, hogar dulce hogar, nos tomaremos los tranquilizantes que nos recetan los medios de comunicación: Analgesinet o Paracetalvisión, por ejemplo.

Nada de ir al cine, a un concierto o al teatro. Tampoco las exposiciones de arte están recomendadas, reconoceríamos el trabajo del artista y este ya no tendría los mismos deseos de suicidarse que si lo ignoráramos. No estoy equiparando ambos suicidios: el vuestro, profesional, se remunera cada mes, mientras que el del artista es una decisión altruista.

Pero sobre todo, nos alejaremos de la filosofía, pues son ellos, los filósofos, los más adheridos a la causa de la existencia y si alguna vez se suicidan, como en el caso de Sócrates, es por desesperación

de los magistrados y legisladores: leales defensores de los poderes establecidos, gestores de potenciales suicidas, creadores en parte del método que estamos impartiendo.

Y un último consejo, cuando leamos, que sean libros de autoayuda, como este.

Descansad en paz.

112 |



ANIMALES O MASCOTAS

Como no soy partidario de tener animales urbanos, los llamados “de compañía”, domésticos o peor aún, mascotas, y comprobar que la mayoría de mis amistades sí lo son, he decidido investigar los motivos de esa discrepancia.

En un primer momento pensé en hacer una encuesta a los dueños de los animales, pero desconfío mucho de ese tipo de estadística, pues pocos son los que responden con sinceridad, más bien dicen lo que se espera que digan. Si pudiera espiarlos día y noche en su relación con el animal, seguramente descubriría las auténticas razones de la adopción, pero costearme una agencia de detectives privados sería excesivo para mi empeño. Hasta que se me encendió la lucecita del ingenio, ¡claro!, qué mejor espía que el propio animal. Quién mejor que él puede conocer las razones que intento encontrar.

114 | Me decidí por el perro, pues es el que, por mayoría, ocupa las casas de los ciudadanos. Me costó un montón encontrarlo —no porque no hablara mi idioma, pues suelen ser bilingües, hablan el suyo y el universal: la expresión corporal—, sino porque ninguno tenía el más mínimo interés en enemistarse con sus propietarios por sus declaraciones.

Por fin encontré a una perra, ya mayor, a la que no le importaba, a su edad, decir lo que pensaba. Me gustó esa sabiduría adquirida con el paso del tiempo que auguraba buenos resultados. Tuve que pedir permiso a la pareja que la llevaba atada con una correa y que estaban sentados en una terraza tomando unas cervezas. Me dijeron que era su hora del paseo, la de la perra, pero más bien debía de ser la hora de la cañita, la de ellos. Pero a su edad, la de la perra, tampoco le importaba demasiado correr, porque en el *pipican* al que habían ido, ya había hecho sus necesidades, que era lo importante.

Les dejé mi carné de identidad rogándoles que me permitieran pasearla un *ratito*. Me dijeron que me tomara tooodo el tiempo que quisiera; al parecer les caí muy bien, pues no me explico tanta confianza.

Lo primero que le pregunté cuando nos alejamos fue por el nombre que le pusieron.

—Pulgarcita —me dijo con expresión resignada—, por lo pequeña

que era. Pero al poco tiempo ya me llamaban “Pulga”, es el problema de tener nombres largos. Al menos podían haberme llamado “Púlgar”, la medida científica de una micro. Ahí empezó mi preocupación. Me di cuenta de que no me tenían en consideración. Más bien se encapricharon de alguien con quien compartir sus aburridos tiempos de ocio. Desde entonces no he podido deshacerme del diminutivo, tampoco de los pequeños insectos del mismo nombre —decía esto rascándose bajo la oreja con insistencia.

—¿Estás a gusto con ellos?

—Bueno, no puedo quejarme, pero la comida es cada vez más sintética, igual que los programas de televisión, que con el tiempo me he acostumbrado a mirar, lo que ha producido un alejamiento de las caricias entre ellos y hacia mí. Que a mis doce años esté tirada en el suelo durmiéndome ante el televisor es comprensible, pero ellos con treinta y siete deberían tener más actividad: salir, jugar, leer, besarse, en fin, todo aquello que yo nunca pude hacer cuando era joven si ellos no lo decidían. Lo de leer, con el tiempo lo he ido aprendiendo, me costó, pues lo hice de forma autodidacta. Me ayudaron los subtítulos en los programas de televisión ya que el hijo de ellos es sordo. Mario, se llama. Él fue la causa de que me adoptaran, pensaron que favorecería sus estímulos de comunicación. Cuando llegué, Mario tenía siete años. Fue un martirio para mí, pues tuve que aguantar todas sus travesuras, aunque compensaba cuando me acariciaba. Ahora, adolescente total, está con su música, sus novias y el fútbol; por cierto, debo decir que soy de los pocos perros que nunca ha ido detrás de una pelota, me quedaba quieta cuando la lanzaban esperando a que fuera tras ella.

—Parece que eso de ser perro no lo llevas muy bien.

—Envidia a los lobos, de los que descendemos todos, los perros, quiero decir. Su mirada no es tan triste como la nuestra, aún conservan ese estado salvaje que les une más con la naturaleza. Nosotros nos hemos vuelto muy cómodos. No tenemos que buscarnos la vida, pero también somos más infelices.

»Francamente, de joven me hubiera gustado correr por el monte, ser salvaje, fuerte, mejorar mis genes. Debe de ser por eso que nos castran, porque nuestra descendencia no merece la pena. Algunos

países africanos, lo sé por la tele, tienen la costumbre de mutilar los genitales femeninos, dicen que por razones religiosas. Eso a mis amos no les parece bien, pero conmigo no fueron tan solidarios. No poder disfrutar de la sexualidad cuando eres joven es muy triste. Tampoco les gusta ver esclavos con cadenas, pero encuentran normal que las lleve yo. La correa que me ata es para que no nos peleemos con otros animales o atacemos a los niños. Yo de pequeña aprendí que eso no se debía hacer, sin embargo, insisten en ello. Me sorprende en cambio que me dejen mear en la calle, cuando ellos no pueden hacerlo, o dejar mis “muñequitos” en el suelo, aunque luego tengan que recogerlos. Los humanos sois muy limpios, tanto como los gatos, en eso también os parecéis, egoístas ambos.

—¿Crees que los humanos desaprovechamos vuestras capacidades?

—Los hay que utilizan al perro para competir en luchas caninas o hacer carreras tras un conejo de trapo. Hay que ver en que nos han convertido. De ser depredadores de ovejas, a vigilarlas y mantenerlas unidas. Nos imponéis vuestras propias conductas, no habéis respetado nuestra evolución como especie animal. Somos una herramienta más de vuestra propia evolución. Os ayudamos a encontrar supervivientes, perseguir delincuentes, cazar vuestros trofeos, entreteneros en los circos, acompañamos a los ciegos. Al menos en algunas de esas funciones es el perro el que lleva al hombre.

—Pero en la mayoría de los casos vivís mejor que muchos millones de nosotros.

—Ahí está la cuestión, preferiría que nos dejarais libres y os ocuparais más de vuestros semejantes. Aunque me complace saber que he hecho feliz a Mario y sus padres, en eso los perros no somos nada egoístas.

—Sabes, Púlgar, definitivamente me niego a tener animales en casa, aunque he de reconocer que te he cogido cariño y echaré en falta tu compañía.

Después de mi confesión no pude seguir con el interrogatorio. Me miró con esa cara entre triste y suplicatoria y un trasfondo de gratitud. Le quité la correa y la dejé marchar. Regresó con sus amos y se echó a su lado, sin que ellos percibieran su presencia, pues estaban absortos con sus *smartphone*, los llamados teléfonos inteligentes. A su lado tenían un sabio animal.



¿UNA VEZ FUI MILITAR?

¿Puede quedar algo positivo después de dieciocho meses de servicio militar obligatorio para un chico de veinte años? Si conociéramos mejor las preferencias de ese joven interesado en leer filosofía, que amaba el arte y descubría la música de Thelonius Monk, entonces sacaríamos una única conclusión: ¡Qué pérdida de tiempo! Ese joven era yo.

En aquella época, un año después de la muerte del dictador Francisco Franco, aumentaban los objetores de conciencia. Eran detenidos y la cárcel era su “servicio militar”. Pero gracias a ellos, hoy ya no es obligatorio. O quizás los papás de clase alta ya no querían pagar más sobornos para que sus hijos evitaran el paso por tan “servicial” cumplimiento. O tal vez el coste económico que suponía para el estado mantener a tanto *soldadito* ya no compensaba. Quién sabe qué pudo más. Prefiero pensar que fueron los valientes defensores de la libertad de conciencia.

118 |

Pues bien, después de tres meses de instrucción patriótica en Cartagena, donde formaban a los futuros marineros, un compañero me aconsejó que solicitara hacer un curso de sonar en el siguiente destino. Eso me evitaría ir directamente a un barco, seguramente para lustrar la cubierta. Así que llegué a San Fernando, Cádiz, a una especie de chalet gestionado por unos pocos militares. Centro de Adiestramiento, lo llamaban, como si fuéramos perros amaestrados. Al final del curso hacían un examen que permitía a los mejores escoger el siguiente destino. El más solicitado era quedarse como ayudante del instructor.

Cosas del azar, o la divina providencia, el caso es que me dieron un cuestionario en el que, de un listado de preguntas con varias opciones, se apreciaban cruces que habían sido borradas. Coincidían en las respuestas correctas, pues en muchas concordaban con las que yo ya me sabía. Ni corto ni perezoso, más bien tramposo y aprovechado, empecé a señalar cada una de las marcas fantasmas del cuestionario, con la intención de sacar la máxima puntuación y escoger mi nuevo destino. Siempre me quedará la duda de si alguien conscientemente me facilitó aquel documento manipulado o si fue fruto de algún despiste.



| 119



¡Sobresaliente! ¡10 sobre 10!

Los comandos de aquel Centro creyeron que estaban delante de un experto en “tecnología de localización acústica subacuática”. Así que decidieron ignorar mi petición de traslado a El Ferrol, La Coruña, el único lugar que no conocía de los destinos disponibles. Lo que no sabía es que seguramente me esperaba un dragaminas viejo y desahuciado, fondeado permanentemente en un muelle pestilente. Permanecí en el cuartel y me asignaron como ayudante del teniente instructor. El resto del servicio militar lo pasé en aquella pequeña y tranquila ciudad. Alquilé un apartamento junto a otros compañeros y cada tarde me iba allí, donde pintaba o leía algunos libros que sacaba de la biblioteca municipal, entre otras diversiones propias de jóvenes ávidos de otras jóvenes.

Si habéis llegado hasta aquí, permitidme un par de líneas más para profundizar en la respuesta a mi primera pregunta. Los mandos militares de aquel lugar me encargaron el cuidado de la pequeña biblioteca que tenían para uso de todo aquel que quisiera instruirse, principalmente en cuestiones militares. Cuál fue mi sorpresa al encontrarme con una gran cantidad de ejemplares de la revista Triunfo, una publicación que encarnaba las ideas y la cultura de la izquierda de esa época y que fue símbolo de la resistencia intelectual al franquismo. Me gustaban las imágenes a color que contenían, eran muy sugerentes para un espíritu creador como el mío. Así que empecé a recortar las páginas de esas revistas en mi tiempo libre, que era mucho, y realicé una serie de *collage* en las estancias del cuartel. Menudo conservador bibliotecario había sido al dejar aquel material en jirones para futuras consultas.

Conclusión: ni fui un buen soldado, ni un experto sonarista, ni un cuidadoso bibliotecario. Pero de esos dieciocho meses de cautiverio tengo un material artístico que aquí os presento y también representa mi “Triunfo personal” ante el intento uniformador de aquel gobierno militar.



JUICIO A UNA MAESTRA

En el año 1963 comenzó uno de los juicios más atípicos en la historia de la jurisprudencia.

Se juzgaba un delito de abandono de tutela docente: que comete el que deja de cumplir, pudiendo hacerlo, los deberes legales de asistencia inherentes a la educación escolar. Con el agravante de apropiación y destrucción de bienes ajenos.

La reo era la maestra de una escuela de primaria de los cursos primero y segundo.

El demandante un niño de 8 años, llamado Jota Peeme, que cursaba con ella los estudios.

El pequeño Jota tenía la afición de escribir historias, cuentos, narraciones. Categorías que el mismo no sabría diferenciar.

Esos escritos formaban parte de su distracción y también la de sus compañeros de clase, ya que al salir al patio, en la hora del recreo, se sentaban junto a él para escuchar la lectura que hacía de sus invenciones literarias, inspiradas en el suspense o el terror: casas encantadas, lugares misteriosos, ventanas que chirrían.

Los oyentes quedaban absortos, cogidos de las manos para protegerse del miedo que les producían aquellas historias.

Un día, al regresar a la clase tras la narración literaria a sus compañeros, sintió la necesidad de seguir escribiendo aquel relato que tanto había gustado a su auditorio y que le estimulaba para continuar con su imaginación de escritor.

En ese momento la maestra decidió hacer su ronda por los pasillos que formaban los pupitres. Se detuvo junto a Peeme para observar qué estaba haciendo. Lo miró y con actitud enfadada le preguntó qué era aquello que escribía. El niño escritor se sintió intimidado sin saber qué responder.

La mujer le arrancó los papeles escritos que Jota tenía sobre el pupitre, advirtiéndole que no era momento para hacer aquello y los desgarró.

Así se sintió el muchacho, fracturado, destrozado, cabizbajo, observando de reojo el lápiz que yacía en el suelo tras la brutal actitud de aquel ser inhumano, insensible y cruel, que no se merece llamarla maestra, ni persona, ni mujer.

Aquel niño dejó de escribir. Pasaron seis años para volver a hacerlo con un relato sobre la fuga de unos prisioneros. El cuento se titulaba «Hégira». Liberándose de aquella castración.

Pero antes que esto ocurriera, sus padres interpusieron una demanda contra la maestra, que con aquel acto, quebró en aquel niño el comienzo de una trayectoria como escritor y destruyó aquellos escritos que se han perdido para siempre.

El juicio finalizó ayer, sesenta años después, cuando el juez pronunció la frase tan esperada: «Visto para sentencia».

Esta mañana la expectación ha sido notoria. ¿Qué decisión tomará el jurado? Se preguntaban todos. Esta es el acta de conclusiones y su dictamen:

Después de un proceso de deliveración riguroso y minucioso, el jurado ha llegado a una decisión unánime sobre la obra premiada. Anunciamos el ganador del prestigioso Concurso «Juicio Literario»:

Jota Peeme ha sido galardonado con el primer premio por su obra titulada “Fobos y Alexandru”. El jurado ha destacado la claridad de la escritura, la originalidad del tema, manteniendo la atención en toda la lectura y consiguiendo emocionar en el desenlace final de la obra. También queremos subrayar el compromiso de su autor contra los abusos a menores.

El Concurso Literario «Juicio Literario» se enorgullece en reconocer el talento excepcional de Jota Peeme y destaca su contribución significativa a la comunidad literaria.



LA CÁMARA, EL LADRÓN Y UNA CHICA

La cámara: —Una jornada más, sin descanso, observando todo el día, con la mirada fija, como los caballos con sus anteojeras que no pueden ver más allá de una imagen frontal. Viendo entrar y salir a la gente y unas pocas luces en la calle, sin más. Ahora ya es la hora de los “sin techo”, que entran para dormir. No sé cómo es de grande la recepción o si hay más cajeros al lado, pero por lo que puedo intuir no tiene que ser muy espaciosa, más bien minúscula, pues cuando accede uno de estos marginados sociales ya no entra ninguno más. Se sitúan en un lateral que ya no puedo ver, apenas solo los pies y el cartón que les hace de cama.

¡Hey!, este parece uno de ellos. Es nuevo, no lo había visto nunca. Acostumbran a ser los mismos cada noche, pero este parece que viene menos preparado que los otros. Lleva un cartón, no muy grande, y una manta, sin nada más, ni bolsas, ni mochila, ni ningún perro para protegerlo, ni siquiera el tetrabrik de vino en la mano, solo algo que parece un bocadillo estrecho y largo. Es muy temprano y ya se ha hecho con su lugar.

126 |

El ladrón: —Este cajero puede servir para mi propósito, es pequeño y discreto. Todavía no ha llegado ninguno de los mendigos de la zona. Espero que su estrechez no intimide a ningún cliente a entrar. Tengo el atrezo necesario: el cartón, la manta y la paciencia. ¡Hostia!, que frío está el suelo, me habría ido bien traer una botella de vino para entrar en calor. Ahora a esperar. ¿Y si solo saco veinte euros? ¿Merecerá la pena? Esto es como jugárselo todo a una sola carta. Silbaré un poco. Me hará pasar los nervios y la impaciencia.

La chica: —Cada día hay menos cajeros y a estas horas de la noche no me hace mucha gracia dar vueltas por estas calles tan oscuras. ¡Mira!, allá hay uno, corre, corre, que no entre nadie. Vaya, lo que faltaba, un tipo durmiendo en el suelo. ¿Qué hago? ¿Olerá mal? Seguro. ¡Qué asco! Pero dónde puedo encontrar otro cajero que no esté ocupado por uno de estos vagabundos. Venga, sé valiente, aguanta la respiración y ve rápida. *Alea jacta est.*



La cámara: —Parece que entra el primer cliente, una chica. Se lo piensa. Está claro, le da miedo el desgraciado que duerme aquí. Sí, sí, está pasando la tarjeta para abrir la puerta. Ya está dentro. Lo mira con desconfianza. Venga, hazme cosquillas en el teclado y no te entretengas demasiado, que todavía despertarás al chico.

El ladrón: —¡Bien!, una chica, más fácil. Pero las mujeres siempre sacan lo mínimo. Si pudiera ver lo que teclea. Pero da igual, observaré lo que coge del cajero y tomaré una decisión.

La chica: —Este hombre debe de estar muy dormido, no se mueve ni un milímetro y tampoco huele tan mal como imaginaba. Creo que con ochenta tendré bastante.

La cámara: —Qué peinado más estrafalario lleva esta chica. Este es uno de los aspectos que veo con más detalle desde esta perspectiva cenital: rubias, morenas, cuatro pelos, calvos, en punta, de colores. Todos muy diferentes.

128 |

La chica: —Veinte, cuarenta, sesenta y ochenta. No se equivocan nunca estos cajeros.

El ladrón: —¿Ochenta? Merece la pena. ¡Manos a la obra!

La cámara: —¡Eh! ¿Qué pasa? Este hombre se le ha tirado encima. Ya no los veo. ¡Por favor! ¡Que venga alguien! ¿Dónde están? ¿Qué le estará haciendo? Ahora parece... han vuelto a desaparecer. No puedo hacer nada, no puedo avisar a nadie. De qué sirve que esté aquí todo el día si cuando hay una emergencia tengo que resignarme a mi silencio, a mi carencia de movimiento total.

La chica: —¡Ah! ¡Por Dios! ¿Qué hace? ¡Déjeme! ¡Ay! ¡Me hace daño! ¡No, por favor! ¡Necesito el dinero! ¡Es todo el que tengo! ...¡No me pegue! ¡No, por favor! ¡Por favor!

El ladrón: —No te resistas, mala puta, dámelos, no me obligues, no me obligues... ¡Hostia! ¡Ves lo que has conseguido! ¡No quería hacerte daño! Por tu culpa serán los últimos ochenta euros que habrás sacado en tu vida.

La cámara: —Ya lo vuelvo a ver, está contando el dinero. Tiene sangre en las manos. Y ella... ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado?... ¿Por qué me miras? ¡Cabrón!

El ladrón: —Bueno, no es la gorda de Navidad, pero para una buena comida y un poco de diversión ya me llegará. ¡Hey! ¡Si tenemos una cámara! ¿Qué, vigilando? ¡Chivata! ¡Delatora de mierda! ¿Te lo has pasado bien? Pues mira, yo también te grabaré. Tengo un ojo más potente que el tuyo con este móvil robado. ¡Claqueta! Dos cámaras que se miran, un poco de trávelin y... ¡Ecolecuá!, la chica en el suelo. Zum en la cabeza y la sangre que sale entre los cabellos. Música de película, ¡ning, ñing, ñing, ñing! Qué lástima. ¿Venías de la peluquería preciosa? ¿Es allí donde te has gastado este dinero que ahora necesitabas? ¡Coño! Se ha apagado el móvil, se habrá acabado la batería. Ahora que quería enseñártelo, cámara indiscreta. ¡Que de aquí no salga, eh! ¡Ja, ja, ja, ja! Adiós, Hall. ¡Ja, ja, ja!

La cámara: —Eres un psicópata, filmando tu agresión...¿Y ahora? ¿No tenías bastante con el dinero? ¿Te vas riendo? ¡Mal nacido! ¿Qué pasa? No veo nada, no hay luz...por favor, dejadme ver... ya vuelve. Veo... ha sido una subida de tensión. La calle está oscura. Otra vez se ha ido la luz. ¡No veo nada! ¡Ya no soy quien tengo que ser! ¡No soy! ¡¡No soy!!

La chica: —¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¿Quién es ésta que está en en el suelo?...¡Soy yo! ¡Dios mío! ¿Qué me ha pasado? ¡Despierta! ¡Por favor, despierta! ...¿Y esta luz, de donde viene? Me deslumbra, no veo nada. ¡¡Quiero volver!! ¡¡Quiero volver!!

EL 7

7 se le dice al roto que se produce en una tela, debido al parecido con el número. El protagonista de esta historia ostenta con orgullo el nombre del 7. Sabréis por qué y entenderéis el inicio de este relato.

El 7 fue un defensor de la justicia arrendataria. Oriundo de Olmedo, provincia de Valladolid: villa de 7 iglesias, 7 conventos, 7 caños, 7 arcos, 7 plazas, 7 castillos y 7 casas nobles. Le cabreaba el abuso en los alquileres y el precio de los pisos, que obligaba a su compañera (a quien amaba con locura) a hipotecarse para poder disponer de un espacio propio. Deseoso de que ella pudiera expresar su buen gusto en la decoración del hogar y disfrutar de una cocina amplia para deleitar el paladar de sus amigos, quiso combatir a los corruptos administradores de la vivienda: las constructoras y los agentes inmobiliarios, todos ellos practicantes de la avaricia, uno de los 7 pecados capitales.

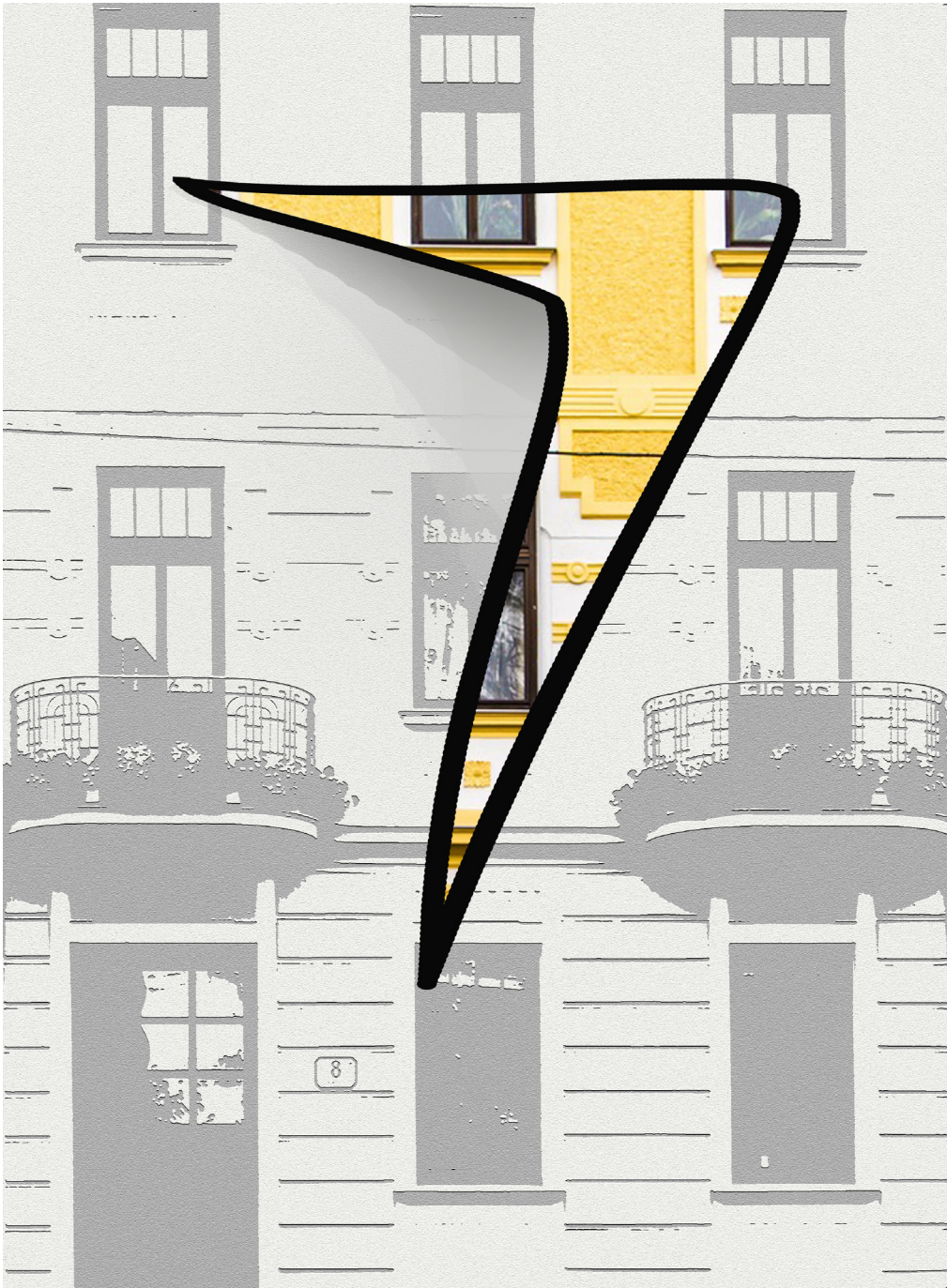
130 | Para ello se propuso obstaculizar todas las construcciones de edificios que especularan injustamente. Su marca y estandarte de guerra sería el 7, signo cabalístico de la luz *sefira neshá*, que simboliza el Triunfo o Carro del Sol Triunfante, representado por el 7º Arcano del Tarot.

Como los avariciosos empresarios querían esconder sus artimañas, cubrían sus edificaciones con ilustrados motivos que imitaban el aspecto del propio edificio. Nuestro héroe se ingenió un artilugio con varillas deslizantes que conseguía alcanzar largas distancias y en su extremo una afilada cuchilla dispuesta a seccionar la dermis que cubría los inmuebles. Cual signo del Zorro, otro luchador contra las injusticias, un gran 7 apareció en todas las fachadas protegidas por inmensas telas sujetas a los andamios.

El 7 es el cuarto número primo, vaya “primo” estaba hecho nuestro valiente defensor, en 7 noches rasgó las enormes cortinas de todos los edificios, sería el inicio de otras acciones de sabotaje. Las gentes que cada mañana llenaban las calles de la ciudad, se preguntaban asombradas quién osaría enfrentarse al gran poder del «especulador de ladrillos».

Como un torero, entregado a sus oraciones a la Virgen antes de salir al ruedo, El 7 invocó en los preliminares de cada acción a los

7 sabios de Grecia para que le infundieran sabiduría de tal forma que, al final, consiguiera su victoria y aparecieran en el horizonte de la ciudad los 7 colores que forman el arcoíris de la renovación, el puente que une el cielo y el suelo donde vivimos, el pacto de una vivienda justa para todos.



LA FOBIA DEL TENISTA

Quizás algún día se sepa lo que ocurrió realmente en la visita que hizo el tenista mejicano Pacheco a la ciudad Condal. Lo que yo puedo relatar es lo que me contó la mujer de la limpieza de un club de tenis de Barcelona. Por supuesto, podéis poner en duda mi relato, pero lo sucedido demuestra que los humanos tenemos muchas debilidades, como las fobias. Es el caso de Pacheco.

El tenista, considerado el número uno del mundo, también lo es por el tamaño de su pene, según dicen otros jugadores que compartieron vestuario con él. Muchas deben de ser las mujeres afortunadas en comprobarlo, y entre ellas, lo fue Maruxela, la mujer de limpieza del club catalán.

Según ella, el jugador decidió visitar las instalaciones del club de larga tradición deportiva, donde por cierto se dice que trabajó el escritor Josep Pla. Menuda crónica haría de los sucesos de ese día si aún ejerciera de contable, que era el cargo que tenía en el club cuando era joven.

Pacheco propuso un entreno a su preparador y luego un aperitivo en las amplias terrazas que disponía el club para relajarse ante las vistas de una ciudad que le encantaba. Lo que no se esperaba era encontrar a una mujer aún más encantadora que le haría pasar los momentos más agradables de su larga y exitosa vida sexual.

Llegados a este punto del relato, la impaciencia os debe excitar la libido, perdón, la curiosidad. Pues bien, según Maruxela, el mejicano entró en el vestuario para cambiarse. Ella lo observaba mientras hacía ver que barría. Llevaba una camiseta blanca, ceñida, que contorneaba su musculatura pectoral. Al quitársela mostró unos pezones marrones, muy varoniles, aunque con poco vello. Los cortos pantalones dejaban asomar, ahora sí, el vello bajo su ombligo y algo más, mucho más, cuando se los bajó del todo: una prominente verga rozaba casi sus rodillas.

Cuando se sentó en el banquillo para quitarse los calcetines, vio moverse algo en el suelo. «¡Aaaj!», gritó aterrorizado. Era una cucaracha. El insecto le causó tal pánico que lo paralizó. Justo tenía aquel bicho asqueroso a escasos milímetros del pene, que colgaba entre sus piernas. No podía ni levantarse para alejarse de la repelente

pero muy interesada cucaracha, que con sus antenas exploraba el objeto que presentía sobre ella. Pacheco notaba el cosquilleo de las antenas en el glande descubierto y sonrosado, cual bellota pigmentada. El grito del tenista alertó a Maruxella, que corrió asustada hacia él. Era una hora muy matinal, así que Pacheco era el primero y único cliente que allí se encontraba, pues su entrenador aún no había llegado.

Cuando Maruxela vio aquel semental inmóvil y asustado ante una simple pero asquerosa cucaracha, sus ojos hicieron el repaso más largo que jamás hubiera imaginado. De arriba abajo y vuelta a empezar. Menudo miembro gigante que como catarata del Niágara brotaba del musculoso y fibroso cuerpo del atleta.

«¡Pero haga algo, mujer!», exclamó el aterrado Pacheco.

Ambos estaban paralizados ante dos impactantes manifestaciones de la naturaleza.

Ya vuelta en sí, Maruxela cogió aquel espectacular miembro y lo levantó alejándolo de la cucaracha, la cual, creyéndose amenazada, se movió como un relámpago y huyó.

Por fin nuestro Priapo reaccionó subiéndose al banquillo, en tal posición, que la verga quedó a la altura de la cara de la mujer. Maruxela empezó a darse cuenta de que tenía ante sí a un atemorizado y sumiso hombre al cual podía manosear con lascivia. Era una ocasión única, que dada la escasez de oportunidades, no podía desaprovechar.

En un rápido reflejo maniobrero, gritó que la cucaracha se acercaba de nuevo y, con tal advertencia, agarró las voluptuosas nalgas del tenista y lo apartó hacia un lado, acercando su boca abierta sobre la polla colgante. Lo movía de un lado al otro haciéndole creer que le apartaba del insecto. Su boca seguía el vaivén del pene en cada movimiento, lo cual provocó una gran erección del miembro, pues nuestro atemorizado tenista ya no veía insecto alguno desde su altura sino unos pequeños pero redondeados pechos que le excitaron.

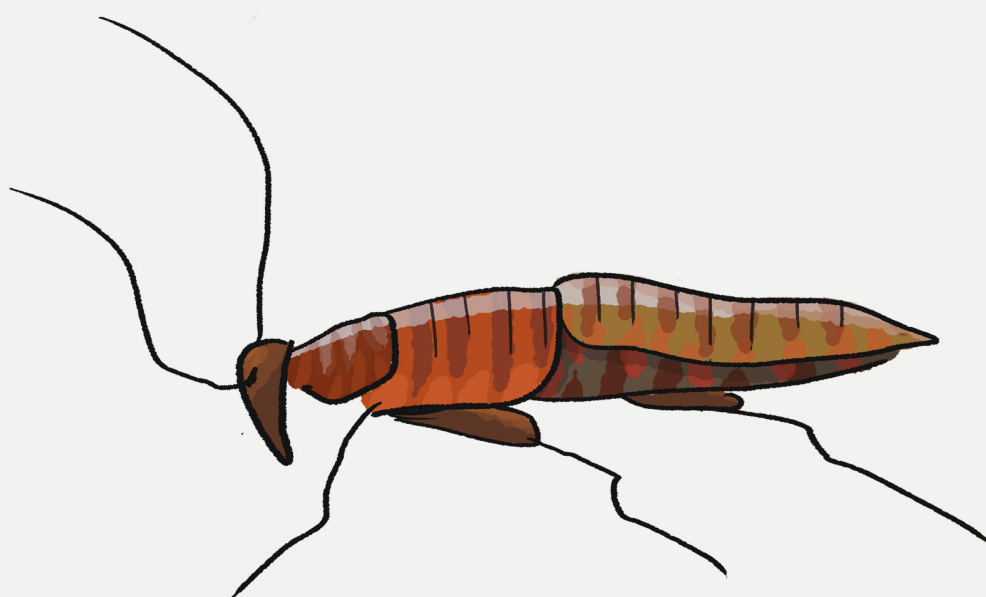
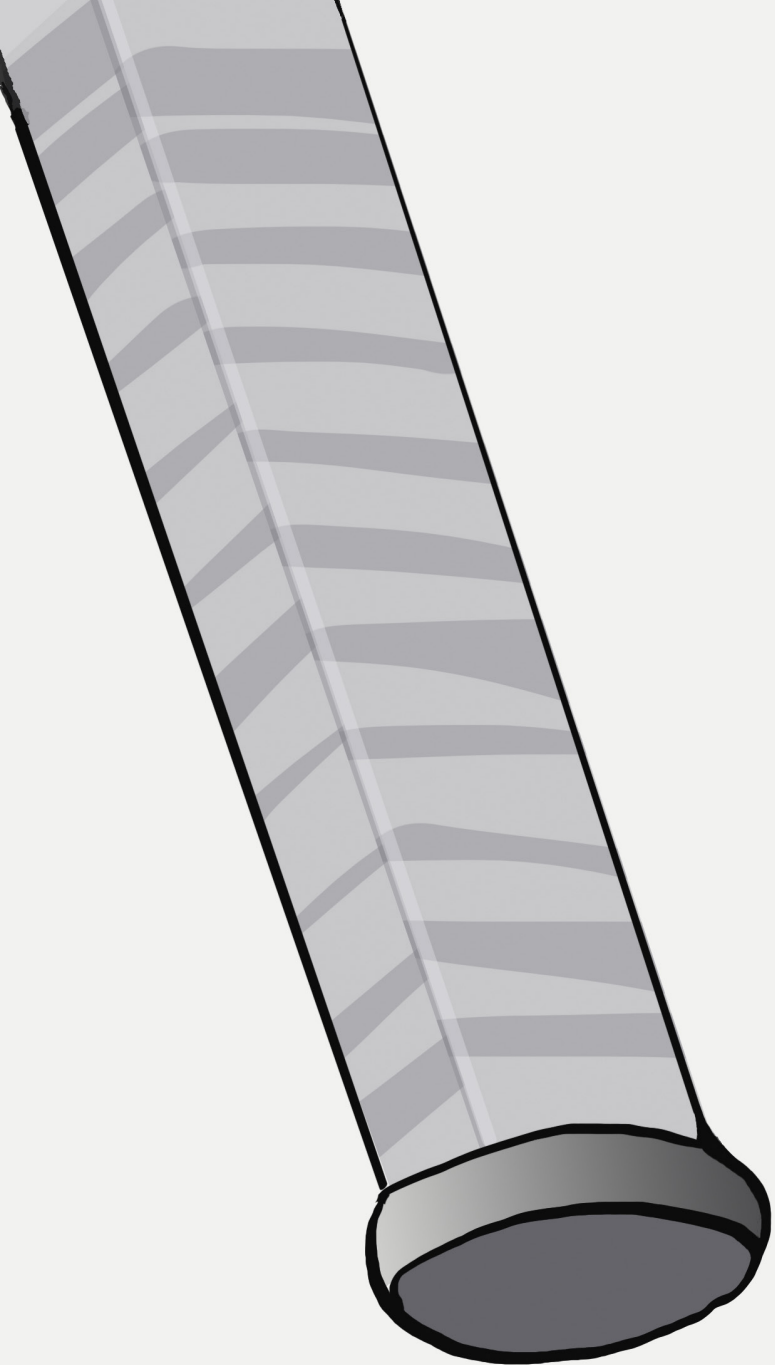
—Tranquilo, Pachito, que yo me encargo de ese bicho pequeño, luego me entretendré con el grande —le dijo la pícara Maruxela.

Se quitó los pantalones cortos y empezó a dar golpes sobre el suelo ahuyentando aquel insecto de cuerpo deprimido y aplanado.

Maruxela no solía llevar braguitas, así que su hermoso culo y el pubis negro triangular danzaban ante un Pachito que cada vez endurecía más su pene y lo elevaba como si levantara la raqueta para uno de sus veloces saques desde la línea. Tal fuerza y habilidad tenía aquel miembro erecto, que enganchó la camiseta que llevaba Maruxela y se la quitó de un revés de izquierda. Sin dudarlo, ella también se subió al banquillo ayudándose del portentoso mango al que cogió abrazándolo entre sus pechos. En continuadas flexiones de arriba abajo frotaba aquella carne gruesa y lubricada que no tardó en eyacular sobre ella.

En ese momento se oyó la voz del entrenador que entraba en el vestuario. Maruxela corrió hacia las duchas para esconderse y lavarse el esperma del tenista, que se cubría con una toalla.

—Pachi, ¿estás a punto para el entreno? —le preguntó su instructor.
—Creo que hoy no voy a resistir más juegos —le contestó un abatido Pacheco.





PASCUAL MORANT

